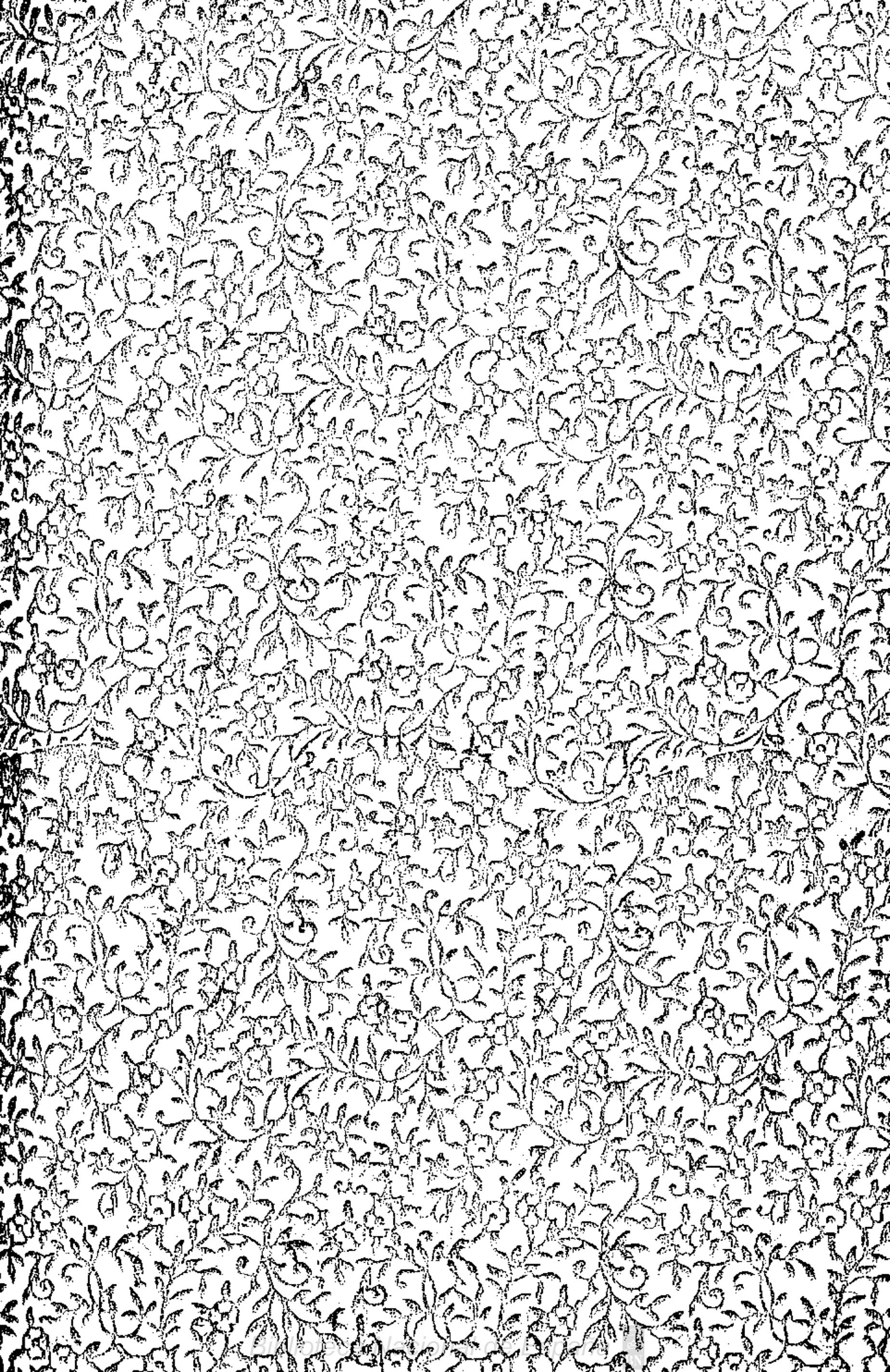
SCHEIDNAGEL

PASEOS POR EL MUNDO



BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO

# PASEOS POR EL MUNDO

POR

MANUEL SCHEIDNAGEL

AÑO 1878




MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
Campomanes, 8.

Sor D. Francisco Pi y Margall
respetuosa amistad y adhesión
sincera de su
afmo. correlig.rio
Manl Scheidnagel



# PASEOS POR EL MUNDO

Imprenta, plaza de la Armería, 3 duplicado.-Madrid

# PASEOS POR EL MUNDO

POR

MANUEL SCHEIDNAGEL



AÑO 1878



MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
Campomanes, 8.

SEÑOR DON FRANCISCO GINER

*¿Permite usted, querido amigo, que, ya que este pobre libro carece en absoluto de mérito alguno, lleve siquiera su nombre al frente?*

*Acéptelo usted como leve muestra del agradecimiento que le profesa*

El Autor

# PRIMERA PARTE

## A Manila.

### I

Una locomotora tuvo la galantería de trasladarme en veintiocho horas desde Madrid á Cádiz.

Abandoné aquel pueblo que cual madre cariñosa acoge á los huérfanos, extraños y desgraciados, y pisé la hermosa ciudad, que sólo recibe sonriente al que cuida de llevar allí su bolsa repleta.

El forastero pobre apénas puede darse cuenta de la gloriosa historia de Cádiz y las indudables bellezas que encierra, cuando los *gaditanos* le hacen comprender con verdadera gracia que un duro no tiene más que cuatro reales.

Figúrense ustedes la posicion del que como yo llegaba al mencionado punto sin capital y sin crédito, que era lo peor.

Tres pagas *adelantadas* bastaron apénas para satisfacer una cuenta cruel de veinte dias de hospedaje.

El dueño de la fonda nos confesó que era cosaco

y descendiente por varias líneas del cocinero de *Baltasar*.

¿No han estado ustedes en Cádiz?

¿Para qué hacer una mala descripcion de lo que buenamente conoce todo el mundo?

## II

La voluntad del que manda, y el cumplimiento de quien obedece, me instalaron en la fragata *Vénus*, buque de vela con capacidad de 900 toneladas, muy capaz de darme algun disgusto, y que por otra parte, debia conducirme á Manila, de cualquier modo ó manera.

Se trataba de que salváramos una pequeña distancia de 5.600 leguas.

Blondin hubiera tenido sus apuros, pero los *melitares* no se apuran nunca.

El fusil tiene muchas cosas, pero no tiene nervios.

¡Vénus! El nombre era bonito de veras; en cuanto á los detalles, eso ya era otra cosa.

¡Ay! ¡qué noche aquella en que nos dimos á la vela!

Surcar los mares.

Hé aquí un gran descubrimiento y un gran padecimiento. Apelo á los amantes de pisar tierra firme, y que no cambian su pollino por el *yacht* más veloz y gallardo.

Somos muchos los maniáticos en el globo terrestre.

Como éste da vueltas, resulta que naturalmente se padecen vértigos.

Se me va la cabeza, dicen algunos, y es que se les caen las ideas en el espacio, llegan al éter, y se disuelven.

Como tengo la costumbre de marearme con frecuencia, no pude faltar á ella el 29 de Marzo de 1871, fecha memorable para mí, en que abandoné las verdidoradas y alegres playas de la querida patria.

¿Irán estos apuntes, que parecen más bien esco-

petazos, llamando la atencion de algun curioso lector?

¿Será posible que éste adivine para más adelante algo que válga la pena?

*That's the question.*

III

Entre la bruma matinal, velados mis ojos por las lágrimas, é inclinado sobre la barandilla de popa, vi desaparecer poco á poco las confusas costas de España.

Mi corazon luchaba entre lo que perdia conocido y lo que anhelaba conocer.

Aquí el afecto real, la familia, el hogar, los amigos.

Allá, léjos, muy léjos, lo incierto, el límite de un deseo vago, fantasmas halagadoras del pensamiento, cuya posesion es un sueño: evaporaciones y nada más.

Hincháronse las blancas alas de la *Vénus* al soplo de un viento fresco, y al mediodía cruzábamos las aguas africanas.

Detras, el Mediterráneo, Europa, la inmensa vida del progreso.

Á la izquierda, la indolencia, la estabilidad de las falsas religiones, el dilatado silencio del desierto.

Delante, el Atlántico, mares sin fin.

En el fondo, el horizonte, término engañador de las esperanzas.

Abstraido por los recuerdos, permanecí largo tiempo contemplando tan sólo el cielo y el agua, hasta que al volver la vista al interior, pude darme cuenta de la casa y de sus inquilinos.

Diremos algo de la uno y de lo otro.

IV

El aspecto de la cubierta en nada se diferenciaba de las demas de su especie.

*Cables, calabrotes, cadenas, escotas,* todo ordenado

en aquella confusa disposicion que sólo comprende el marinero; despues, la *toldilla*, los *masteleros*, el *tinco* y *mangas*, chimeneas de tela con capucha, que se balancean, y cuyo destino es renovar el aire de las *cámaras*; el eterno y nauseabundo olor de la *brea*, el *puente*, y por último, sobre el puente, el capitan ó el segundo, con su gorro de viaje, generalmente encarnado, y mirando algo hacia donde uno mira y no ve nada.

Se nos habian dado los mejores informes de aquel buque respecto á sus cualidades marineras.

Estas cualidades redundan por lo comun en perjuicio de la confortabilidad del pasajero, porque dan á entender ligereza de movimientos, ó sea balance más pronunciado, es decir, más mareo.

Descendí á la cámara, compuesta de un mal llamado salon, cuyas paredes y techo ostentaban ese color de caoba oscuro y peculiar, que entristece mucho el espíritu, y en donde ocho puertecitas laterales comunicaban á los camarotes.

Penetré en el mio, é inmediatamente busqué un libro de geometría. Trataba de indagar cómo un cuerpo mayor podia contenerse en la capacidad menor que se le destinaba.

El ajuar lo constituia una estrechísima litera; sobre la litera un jergon cerdoso y completamente *náutico*, con sus *promontorios*, *bajos* y *escollos*; la almohada, que debia ser de zinc, y en un rincon la palangana; pero tan diminuta, que era preciso lavarse las manos por órden correlativo, ó sea una despues de la otra. Veíase debajo de la litera el saco de noche y varios objetos que pugnaban por salir de su prision; más arriba una ventanita en forma de elipse, y, por último, el suelo, que abarcaba seis piés cuadrados de extension, para poder pasear cómodamente.

Recordé cierto personaje que, por circunstancias extraordinarias, vióse encerrado en un reloj antiguo de pared, y que al ser sorprendido é interrogado sobre qué hacía allí dentro, exclamó azorado:

—*¿Yo?... Me estaba paseando.*

Por lo demas, el remedio de aquellos males lo te-

nía en la mano, pues me habia provisto de cuantos enseres útiles podria necesitar en aquella navegacion; esto es, de ninguno.

Pero yo era militar, nada debia preocuparme, y á falta de cosa mejor, dormiria aunque fuese en la punta de una lanza ó de un mástil, y con esta idea, propia del oficio, me consolé mucho.

Y, sobre todo, era preciso tener muy en cuenta que, para efectuar aquel largo viaje, existe la necesidad de equiparse con unos 2.000 rs. de ropa blanca; ropa que no se lava á bordo, y de la cual, al terminar el viaje, escasamente se conserva ni áun el recuerdo.

Dedíquese usted despues de tales despilfarros á los que pueda exigir la *comoditée* personal.

Componíase el pasaje de las personas siguientes:

El capitan, el segundo, un piloto, un mayordomo encargado de los víveres, distribucion equitativa de los mismos, etc., etc., un contramaestre de genio duro, con barbas de San Anton, 23 marineros y cuatro camareros.

Un jóven de la marina de guerra, un comerciante, un propietario, el capellan, un médico sin título, la mujer de un boticario de Manila y un servidor de ustedes.

Acomodados en las dependencias de proa iban dos muchachos en busca de fortuna, una robusta matrona, cuyo objeto era reunirse á su media naranja. Esta media naranja era un cabo de carabineros, licenciado, residente en Manila, y, por último, 190 artilleros, de los cuales tuve la honra de encargarme para procurar que estuviesen á bordo con el órden preciso, y que, como buenos soldados españoles, supieron cumplirlo á las mil maravillas, si se exceptúan algunas canciones un poco libres, y la lluvia de chuscos requiebros que caian de continuo sobre la carabinera, y áun sobre la boticaria.

Seamos, aunque concisos, un poco novelistas, y como es de cajon, retratemos, siquiera sea con ingredientes imperfectos, los personajes que me acompañaban.

El capitan Navarro era un sujeto muy grueso

y muy colorado; un verdadero marino, *cuadrado* por su base.

De carácter bonachon, habia sido negrero en sus mocedades, consideraba la *trata* un tráfico muy corriente, contaba 14 viajes *redondos* á Filipinas, y llegaba al extremo de contestar á la mayor parte de las preguntas que se le dirigian, lo que no era poco.

El segundo era el eco personificado del anterior hasta en su físico, y cuando paseaba solo por la cubierta envuelto en su negro capote de hule, exclamábamos todos admirados: ¡La sombra del capitan!

El piloto era de lo mejor de la clase.

D. Eduardo N..., jóven y simpático oficial de la Armada, de notable instruccion, fué desde los primeros momentos el amigo inseparable que reclama la inmensa soledad de los mares. Pronto se comunicaron las impresiones de uno y otro, y establecimos lazos de amistad, cuyo recuerdo aún subsiste en ambos.

Habia hecho una eleccion acertadísima.

D. Amadeo, propietario que viajaba por asuntos propios, era todo *un caballero particular*, y si hubiera llevado consigo una sobrina, de seguro pedimos billete para la funcion. Abdómen protuberante, piernas de corno inglés, gravitando sobre dos piés... de Búrgos, nariz roma y colorada, sosteniendo un par de lentes, que ni de campaña; calvo, cuello corto, ojos de túnel y voz de cañon de órgano. Agréguese un gaban de color de queso de bola, chaleco á grandes cuadros, con botones inconmensurables, corbata que hacía dudar si era pañuelo ó manta, foques que podria utilizar la fragata más adelante, y pantalon á lo *Tato*. Aquello era una verdadera fotografía de Escriu.

Observé que nos llevábamos uno, y dejábamos otro.

La boticaria era una señora gaditana *echáa pa lante*, muy celosa, segun decia, de su *jonra*, y la cual, habiendo tenido noticias, al parecer fidedignas, aunque extrajudiciales, de que una linda *mestiza* disfrutaba con verdadero escándalo de las ventajas posi-

tivas que proporciona en Manila la venta de drogas, marchaba resuelta á interponer su autoridad entre aquellos amorosos extremos, y evitar abusos depravados. Manifestaba sobre unos cuarenta años de edad, poseia un acento muy pronunciado de *la tierra*, oliendo algo y áun algos á regaliz, y pareciendo tener mucho azogue en el cuerpo. Estos y otros detalles semejantes constituian los encantos de aquel escogido trozo del bello sexo.

El capellan era un jóven que parecia viejo, y que supo captarse nuestras simpatías y nuestra natural consideracion.

El médico fué en otros tiempos mozo de café, y despertada su aficion á la medicina por un albéitar que concurria al establecimiento, pudo alcanzar el pináculo de sus deseos. Llegó á ser practicante de un hospital. Figúrense ustedes cómo se pondria al oirse llamar entónces nada ménos que doctor.

Su empeño era prepararnos bebidas *opiadas*, las cuales decia nos acostumbrarian al uso que de su agente se hacía en Filipinas, en donde llegaban los cocineros al extremo de mezclarlo con la sopa.

El buen hombre ignoraba que tan sólo los chinos toman el opio en el extremo Oriente.

El dependiente de comercio, D. Primo, era un español filipino (1), afeminado, frívolo y asaz charlatan. Diez años de residencia en Santander, despachando bacalao, no habian podido destruir su color de aceituna muy subido. Era jóven, y nada en él revelaba al hombre de negocios.

Por lo demas, hacía todo cuanto se le mandaba: cantar, bailar, etc.

El tipo de la carabinera, imagínenselo ustedes como gusten, que siempre estará bien.

Llevábamos, por último, á bordo un sér noble é inteligente, llamado Leon; hermoso perro de Terranova, cuyas dimensiones se acomodaban perfectamente con su nombre.

Más tarde, Leon y yo fuimos íntimos amigos.

---

(1) Hijo de españoles, nacido en las Islas.

## V

Aunque en los buques de vela no desaparece nunca de un modo completo el malestar del pasajero, al poco tiempo no se experimentan ya los efectos del mareo, y se comienza á preguntar, indagar lo que generalmente nada nos importa, y comunicarse con el resto de los desgraciados que ocupan aquella prision flotante, donde la fuga es imposible, caso de querer intentarla.

El tiempo era bonancible, y ligeras brisas intermitentes empujaban á la *Vénus* en direccion del Sur.

Eduardo y yo paseábamos de continuo por la cubierta, ejercicio que se hace difícil al principio, y tendíamos nuestra vista por la dilatada superficie azul que nos rodeaba, procurando encontrar algo que cambiase momentáneamente aquel vasto y monotono aspecto del mar, envuelto por la bóveda infinita del cielo.

Poco á poco divisamos en el lejano horizonte una pequeña faja oscura, que pronto hubo de desaparecer de nuevo. Allí estaba Tánger, donde debiera ondear el pabellon de España, cual premio á los sacrificios de la Patria en la gloriosa campaña de Africa, interrumpida en su más brillante é inmediato resultado por la diplomacia siempre egoista de los ingleses.

En aquellos dias llamaron mucho mi atencion cierta clase de peces, conocidos con el nombre de *balandras-portuguesas*, y á quienes los marinos aplican otro algo obsceno. Este pez nada por la superficie del agua, ostenta una aleta á modo de vela latina que le sirve de impulso, y que le asemeja mucho á una pequeña embarcacion contemplada á larga distancia.

—Tambien observé entónces con delicia la primera falanje de *toninas*, una de las especies de la *foca*, de gran tamaño, que saltaban fuera y se zambullian alternativamente en el agua, con movimientos rápi-

dos y graciosos, recreando nuestro ánimo contristado.

Las *toninas* se acercan con frecuencia á los buques, acompañándoles largas distancias y entreteniendo con sus cabriolas á la tripulacion, que se regocija con su presencia. La dimension de este animal varía comunmente entre uno y dos metros de longitud; su color es casi negro en el lomo y blanco por debajo, ancha cola, y la cabeza, en la que brillan ojos grandes y vivos, es redonda con boca oprimida.

En aquel entónces entabló D. Primo con el capitan algunos diálogos semejantes al siguiente:

—Dígame usted, capitan, ¿cuánto tardaremos en llegar á Manila?

—Eso depende de muchas cosas, amiguito, que usted entenderá difícilmente.

—Pero poco más ó ménos... ¿No podria usted calcular?...

—Desde tres hasta nueve meses, ó hasta nunca...

—¡Ay, calle usted por Dios! Eso sería horrible, atroz, y...

—Pero no el primer caso, hijo mio.

—Me hace usted temblar, capitan. Y dígame usted, ¿la fragata es buena, ofrece seguridad?

—Hay de todo, porque segun las circunstancias...

—¡Jesus qué pena! Cuando hice mi primer viaje á España era yo muy pequeñuelo, y casi nada recuerdo de él; así es que usted dispensará mi inocencia y mis preguntas. Yo jamas tengo lo que pudiera llamarse un miedo completo, pero temo siempre una desgracia ó un fracaso, y sus funestas consecuencias. Así era mi papá.

—Ya se conoce... la sangre...

—Sí, señor, mucho; pero...

El capitan se separaba de pronto de aquel heroico jóven, no sin dirigirnos ántes una expresiva sonrisa, fácil de traducir.

La manía general de todos los que viajan por el mar es hacerse amigos del capitan y dirigirle muchas preguntas, lo que comunmente produce el efecto contrario que se desea.

Los marinos son y han sido siempre enemigos de los impertinentes.

## Canarias.

### I

El dia 7 de Abril, á las nueve de la noche, llegamos á Canarias, dando fondo en sus aguas.

Al amanecer del siguiente, y á dos millas de distancia, descubríamos la ciudad de Santa Cruz y algunas costas.

El hermoso archipiélago de estas islas se compone de trece, de las cuales, las más importantes son: Tenerife, con su célebre pico de Teyde, monte-volcan que compite con los más elevados del mundo; La Gran Canaria, risueña, pintoresca y famosamente fértil, en cuya capital, Palma, reside la audiencia y el obispado; Lanzarote, la más cercana á España, cuya capital es Arrecife y Fuerteventura, notable por sus excelentes y numerosas reses vacunas; Gorrea, donde se detuvo para componer sus naves el inmortal Cristóbal Colon, año de 1492; Hierro, por la que las naciones de Europa hicieron pasar mucho tiempo el primer meridiano, y Palma, en la que el año 1558 se abrió un volcan, formando una nueva y elevada montaña. Las demas islas son pequeñas y casi del todo inhabitadas.

La vegetacion de estas islas es magnífica y ofrece una variedad de productos sin igual, que unido á su clima cálido y saludable, hubo sin duda de ser causa para que los antiguos, atendiendo á todas sus favorables condiciones, las llamaran *Islas Afortunadas*.

Suponian tambien que en ellas se encontraban los Campos Elíseos ó Paraiso de los gentiles.

En las Canarias se produce con abundancia el ñame y los plátanos, dátiles, cañas de azúcar excelentes, vinos, etc., etc., y la poblacion total es de cerca de 200.000 almas.

II

Algo más tarde se disipó la neblina, y nos encontramos con un panorama delicioso de montes y fértiles campiñas, por las que revoloteaban sin duda esos lindos pajarillos que dan nombre al Archipiélago, sirviéndole de remate y descollando majestuoso el Pico, que próximo á su cúspide se hallaba envuelto por algunas ligeras nubes que le daban el aspecto de un gigante con bufanda.

Aunque sólo debíamos detenernos pocas horas, el capitan tuvo la amabilidad de concedernos permiso á Eduardo, al capellan y á mí para que acompañáramos al segundo á tierra, y regresáramos con él.

La monotonía del viaje tuvo una interrupcion verdaderamente agradable.

Por desgracia, tales emociones debian escasear en lo sucesivo.

Antes de descender al bote que nos esperaba, recibí muchas cartas de los artilleros escritas á vuela pluma.

Un segundo adios á la novia, á la madre y á la patria.

¡Algunas las sentí mojadas con preciosas lágrimas!

III

Desembarcamos en Santa Cruz, y dejando al segundo en la capitanía del puerto, nos apresuramos á recorrer la poblacion.

Desde los primeros momentos, la animacion y vida que se notaba por todas partes, nos ponian de manifiesto que Santa Cruz tenía mayor importancia que la que generalmente se le atribuye. La concurrencia de extranjeros es grande y su comercio rico. La policía y aspecto de las calles da una buena idea de su administracion local.

El teatro que pudimos ver, aunque algo reducido, se halla muy bien decorado, y forma una herra-

2

dura airosa y elegante. Los templos son bastante notables y ricos, distinguiéndose Nuestra Señora de la Concepcion, formada por cinco elevadas naves, y en uno de cuyos altares vimos banderas inglesas, conquistadas gloriosamente á las tropas del almirante Nelson cuando en el bloqueo de Julio de 1797 trataron de asaltar la ciudad, cuyos habitantes los rechazaron con heroico valor, quedando el indicado almirante herido en aquella célebre jornada.

Los canarios nos dieron durante nuestra pequeña estancia verídicas pruebas de su carácter afable y cortés, así como de su cultura é instruccion.

La mayor parte de las mujeres ostentaban rostros bonitos, y hablaban con un acento semiandaluz y cubano, verdaderamente gracioso.

Comprendimos que aquella poblacion tenía mucho que admirar, lo que no nos era posible por falta de tiempo, sintiendo por mi parte no poder visitar los pintorescos alrededores, y sobre todo, hacer una excursion á la cumbre del Pico, ya verificada por muchos viajeros que la describen con datos muy curiosos.

Regresamos al puerto, donde ya nos esperaba el segundo, y á las tres de la tarde abandonaba la fragata las aguas de Canarias, llevando en nuestro corazon un rápido pero gratísimo recuerdo.

## El Atlántico.

### I

Empezamos desde entónces á surcar las olas del Océano, en toda su plenitud é imponente majestad.

Habíamos penetrado en el mar llamado vulgarmente Golfo de las Damas, por ser sus aguas tranquilas, y debíamos remontar á gran distancia las islas del Cabo-Verde, situadas dentro de los Trópicos.

A nuestra izquierda, 600 millas léjos, nos imaginábamos las costas de los Mauritanos y la Senegambia; y más allá el desierto de Sahara, el Nilo y sus

ignoradas fuentes, objeto de tantos estudios para la ciencia.

Acaso Livingstone ejecutaba en aquellos instantes alguna de sus asombrosas y temerarias investigaciones, que debian costarle la vida, no sin gloria para su nombre, ni fruto para sus sucesores.

Eduardo y yo, tendiendo nuestra mezquina mirada en direccion de aquel gran continente, le enviamos un saludo del alma, á traves de las ondas interminables.

Para distraer algun tanto la tristeza que reinaba á bordo, Ortiz me propuso nos impusiéramos un buen método de vida, que encerrase al mismo tiempo algunas obligaciones.

Acepté idea tan provechosa con el mayor gusto, é inmediatamente extendimos por escrito el programa, que, salvo circunstancias imprevistas, *temporales*, etc., debia reducirse á lo siguiente:

Levantarnos muy temprano para presenciar desde la toldilla el *baldeo* ó limpieza del barco, operacion animada que se verifica en todas las embarcaciones ántes de la salida del Sol, á favor del crepúsculo matutino, tomando nuestro desayuno, de mal café y peor galleta, sobre uno de los bancos de la cubierta.

Despues, á la sombra del palo trinquete, que nos la proporcionaba grata, estudiaríamos las lecciones que respectivamente debíamos tomarnos el uno al otro. El debia ser profesor de náutica; yo, de inglés. Ignoro si por serme aquel estudio algo penoso, hacía un discípulo bastante torpe, ínterin que él me enorgullecia en mi carácter de maestro con su disposicion y constancia. Cuando llegamos á Manila, hablaba y escribia el idioma de *Shakspeare* con bastante regularidad. Cuatro meses de estudio habian sido suficientes para su clara inteligencia.

A las diez, que comenzaban á sentirse los efectos calurosos del sol de los Trópicos, bajábamos á la cámara y tomábamos notas del viaje ó escribíamos largas cartas para España. A las suyas les daba mayor extension el sentimiento principal que embargaba su espíritu. El amor: esa quimera tan positiva,

alimento principal de todos los ensueños del hombre y necesidad sublime del alma; destello divino que le engrandece y le coloca casi en contacto con los ángeles del cielo, cuando se forma y se desarrolla sobre el pedestal de la virtud. ¡Amor! *Por tí crece en el lodo contento el vil gusano*, exclama Manuel del Palacio en una de sus inspiraciones poéticas, tan apreciadas en el mundo de las letras.

Seguidamente se almorzaba; operacion que, como todas las semejantes á bordo, era sólo una especie de tormento para el estómago.

Se nos habia ofrecido mucho en este importante ramo, y á los pocos dias ya nuestra existencia peligraba. Un observador curioso hubiera notado ó sorprendido entre los pasajeros algunas miradas siniestras; misterio horrible, cuya revelacion pone los cabellos de punta. Es el único caso en que á los calvos les sale alguno que otro pelo.

La cantidad carecia de volúmen.

La calidad, de calificacion.

Mi primo Eduardo, ¿quién no conoce á mi primo Eduardo? hubiera repetido la frase que con frecuencia dirigia á su asistente: ¡*Soberbia entrada! Quemadito, pegadito y ahumadito.* Pero tambien es cierto que un jefe que tuve allá, en mis buenos tiempos, exclamaba de continuo: *Estos militares jóvenes del dia no buscan más que gollerías*; y váyase lo uno por lo otro.

Despues del almuerzo, la siesta, que ningun español perdona, lo mismo en Madrid que en el Japon.

Cuando se duerme, no se siente ni siquiera el hambre.

El resto de la tarde debíamos dedicarlo á nuestros apreciables combarcanos, y recrear un poco el ánimo con las puerilidades de D. Primo y entretenidas sandeces de D. Amadeo.

Donde no reina el chiste entretienen los tontos; ¿quién sabe si yo estaré entreteniendo á mis lectores?

Si así fuese, no lo digan ustedes, y si lo dicen, que yo no lo sepa, y si lo sé, que no me importe.

De todos modos, existia una ventaja algo nota-

ble, y era que, si por cualquier circunstancia imprevista, encallaba la fragata y nos veíamos abandonados en alguna isla, semejante á la *misteriosa* de *Julio Verne*, nuestra vida ordinaria cambiaria muy poco, y quién sabe si aún saldríamos ventajosos.

Conversaciones, comentarios, risas y preguntas, debian terminar con el toque engañador de la campana cuando nos llamaba á comer.

Despues el tresillo, dominó, tertulia ó velada, sin un mal piano que pudiera darle algun colorido.

Más tarde, otro sorbo de café de Pinto ó té de la Alcarria; y por último, la cama, el reposo inquisitorial á que queda el cuerpo sujeto durante las horas de la noche.

Con ligeras alteraciones, el programa fué rigorosamente *respetado* y *cumplido*, palabras cuyo valor conocemos todos los hijos de Marte.

## II

—Le digo á usted que sí, y cuando lo digo, no debe usted dudarlo.

—Pues yo le repito que nada de eso recuerdo en mi viaje á España.

—Pero hombre, si usted dice que entónces sólo tenía cuatro ó cinco años...

—Es mucha verdad; pero mi papá tenía más, y algo me hubiera dicho...

—Repito que lo sé, que acaba de manifestármelo el *contramaestre*, y me extraña que usted no crea lo que yo me honro en comunicarle, porque...

—No se incomode usted, D. Amadeo, yo se lo suplico; pero comprenda usted que mi papá...

—¡Dale bola con su papá! ¿Qué culpa tengo yo que su papá de usted no sintiera la terrible emocion que se nos anuncia?

—¿Pero es cosa de peligro?

—¡Ahí es nada! ¡Un salto tan enorme, sin piés para ello, y sólo con la salida natural del barco! Aquel dia lo amarran todo, se ata y se sujeta hasta lo más insignificante, para evitar los choques y

pérdidas de objetos, que muchas veces caen al agua.

—¿Y si caemos nosotros, D. Amadeo?

—Haga usted lo que yo pienso hacer, D. Primo.

—¿Y qué es lo que usted piensa hacer?

—Cuando se acerque el momento crítico, amarraré con fuerza en la camareta mi saco de ropa sucia, que es bastante grande, y me zamparé dentro... Como sólo es cuestion de minutos...

Este diálogo, sostenido á voces en el salon de cámara, despertóme, haciéndome primero rabiar y despues reir, en la tarde del dia 30 de Abril. Comprendí que D. Amadeo y D. Primo eran víctimas de alguna broma que se les preparaba para el famoso paso de la *Línea*, nombre comun que se aplica por los marinos al *Ecuador ó Línea Equinoccial.*

En cuanto salí y me vieron, acosáronme ambos con mil preguntas referentes al objeto, y sólo despues de muchos esfuerzos pude convencerles de que la cosa no era tan peligrosa como suponian, y de que, aunque habia realmente necesidad de saltar algo, que la elevacion no era mucha, y muy raro el barco que sufria por ello accidentes serios.

¡Cuánta inocencia con barbas!

El calor era sofocante; nos aproximábamos al círculo máximo que atemorizaba tanto á D. Primo.

Teníamos enfrente, aunque á muy larga distancia, las costas del golfo de Guinea, y en él la isla de Fernando Póo, punto en donde ondea solitario el noble pabellon de España, tan perfectamente descrita por el vizconde de San Javier.

En aquellos mares se hacía, y se hace desgraciadamente todavía, el *tráfico negrero*, ese vil comercio del hombre, crímen y mancha sangrienta de los sentimientos humanos, que ni el tiempo ni la historia podrán borrar jamas.

En aquellas playas casi ignoradas se arrancan los hijos del seno de sus madres, se rompen los lazos que unen las familias, se depositan los esclavos en hediondas bodegas, donde algunas veces se desarrolla la peste, el hambre, por cualquier eventualidad de la navegacion, la imprescindible necesidad

de arrojar las víctimas al seno de los mares, para desocupar el buque que comienza á *hacer agua*, ó para disimular una persecucion que sabiamente imponen las leyes á los que compran un sér formado como nosotros, á semejanza de Dios, por el miserable precio de un fusil viejo ó algunos pedazos de tela encarnada, y el cual despues se vende á otro precio fabulosamente mayor, segun la estructura, dimension ó condiciones que reune.

El comerciante y el negrero son felices, y el interes del capital crece. Los sentimientos del esclavo, de un miserable negro, ¿qué importan?

Nunca olvidaré el dia que en las Cortes del año 1869 pronunció Castelar aquel magnífico discurso en favor de la *Abolicion de la esclavitud*, y en el cual, al terminar, amigos y enemigos políticos del gran orador, poseidos todos del mismo sentimiento de caridad, le confundieron en un estrecho abrazo fraternal, haciendo brotar lágrimas á raudales, que Dios sin duda bendeciría desde el cielo. ¡Ah! ¡Si fuera posible hacer brotar inspiraciones semejantes para todos los demas fines de los pueblos!...

Hace dos dias que reina la *calma*. El mar es una inmensa y brillante superficie de plata.

Sólo altera la perfecta quietud de las aguas alguno que otro chubasco propio de estas latitudes.

El *chubasco* consiste en una nube de agua y viento, que se aproxima, refresca por algunos momentos el ardor general que reina á bordo, imprime movimiento á lo estable y despues pasa, huye y desaparece.

## III

La dilatada superficie del Océano, cual espejo de la bóveda celeste, permanecia inmóvil en toda la extension que nuestra vista abarcaba.

El desierto del mar y el desierto del espacio.

El calor era sofocante, y cuando puse el termómetro al sol, señaló 38 grados Reaumur sobre cero.

Estábamos en el gran horno del globo, que eva-

pora las aguas destinadas á compensar su majestuoso nivel. Allí, como en todas partes, se revela la armonía perfecta y divina que infunde Dios á sus obras, y que el alma del hombre adivina, sin que el pensamiento las comprenda.

Durante el dia, la brillantez indefinible de los rayos solares, abarcando el infinito; y durante la noche, las estrellas, los planetas, los otros soles de otros espacios siempre infinitos.

¡Ah! El hombre no es mas que una sola letra del alfabeto con que habla la Naturaleza.

Habia un momento en que aquélla se manifestaba en todo su esplendor, conmoviendo los sentidos y extasiando nuestro espíritu. La puesta del sol.

Cuando ésta se verifica en aquellas latitudes, se presencia un panorama indescriptible. Ni la pluma lo revela, ni el pincel lo copia. Allí el arte es un sueño, un imposible, y sólo se sienten sensaciones que no se explican.

¡Qué belleza en aquellas extensas y caprichosas fajas del horizonte! El verde esmeralda, el azul celeste y el encendido carmin, multiplicándose en mil diversas formas entre las nubes del cielo y las aguas del mar.

En aquel inmenso cuadro aparecen todos los paisajes imaginables; allí, el bosque, el solitario castillo; allá, una legion de mamelucos con jaiques agitados por el aire en su veloz carrera; más arriba, un grandioso gigante, tendido sobre las nubes, y más léjos, en el centro, una fulminante hoguera, el foco encendido del sol, que se va entre aquel divino concierto de visibles fantasías.

Despues viene la oracion, el crepúsculo sucede á la luz en el misterioso silencio de aquel desierto; se escucha la voz del clérigo que, cual eco del temor mundano, parece elevarse hacia otras regiones é implorar á María, hermosa y dulcísima madre del Cristianismo. El corazon se oprime, algo desconocido invade nuestro ser, y entónces casi se ve á Dios, porque se tocan y se palpan mejor los efectos.

La cátedra del *escepticismo*, allí no conquistaria prosélitos.

En el mar, los metafísicos y los incrédulos se arrodillan.

## IV

Habían trascurrido tres dias en aquella calma completa, que llaman los marinos calma chicha.

Era la mañana del 3 de Mayo, el mes de las flores. Nosotros no debíamos verlas, porque aunque el mar las posee, las oculta entre sus abismos.

Acabábamos de *saltar* la Línea, sin que la fragata experimentara la menor oscilacion sensible. Don Amadeo y D. Primo, que habian tomado serias precauciones, al tener conocimiento de que habia pasado todo peligro, atribuyeron esta inesperada dicha á un verdadero milagro.

Apénas habia terminado nuestro desayuno, cuando sentimos gran algazara sobre la cubierta, y al poco rato descendió un grumete con rostro alegre á la cámara, para anunciarnos que la tripulacion nos esperaba ansiosa.

¿Qué podria ser? Cruzáronse mil rápidas conjeturas ínterin nos dispusimos á subir sobre la cubierta.

El espectáculo que se presentó á nuestra vista fué alegre y animado.

Circundaban la toldilla los artilleros en apretado cordon, saludando con frenéticos aplausos y gritos de regocijo á una comparsa de quince ó veinte individuos caprichosamente vestidos, tratando de revelar en su atavío lo que era muy difícil de comprender. Sin embargo, algunos personajes se adivinaban, cual acontecia con uno que, al parecer, representaba el principal, y que lucia sobre una larga cabellera de estopa mojada una corona imperial de carton; barba postiza, túnica encarnada, en la mano izquierda un cubo lleno de agua y en la derecha una lanza con un pez atravesado en la punta, completaban, sin duda, al dios Neptuno, rey de los mares. A su lado otro sujeto cubierto de humo de corcho con grandes labios colorados y llevando de la mano á un perro, á quien se habia puesto una cabe-

llera roja y un plumero idem en el extremo de la cola para figurar un leon, representaba, sin duda, el Africa. Otro, vestido de mujer con muchos lazos, era seguramente la Europa, y en cuanto á los demas, se hacía precisa la explicacion del grumete, que la daba amplia y completa de todo.

La fiesta improvisada consistia en lo siguiente: las cinco partes del mundo, acompañadas por sus ayudantes, que lo eran respectivamente España, Inglaterra, Francia, Estados-Unidos, Perú, Indostan, China, Marruecos, Guinea, etc., etc., demandaban con insistencia al dios Neptuno que les facilitara el paso del Ecuador, á lo cual éste se negaba obstinadamente. Viendo que sus discursos y razones no eran bastantes, trataron de recrear con bailes y canciones el ánimo de su majestad, pero todo inútilmente. Le brindaron con botellas de vino y mil ofertas y promesas que, cual suele decirse, oia Neptuno mejor que nadie *como quien oye llover*, hasta que, apurados ya todos los medios imaginables, se tropezó por fin con el deseo de aquel gran señor, que consistia sencillamente en que detendria nuestra navegacion ó nos hundiria en los abismos del Océano si no se le pagaba un tributo decente y pecuniario.

Cuando se oyó esta pretension, desapareció el contento que animaba el cuadro, pero se hizo mucho más cómico.

D. Primo cambió de color desde un rojo muy subido hasta el amarillo pálido, porque blanco no era posible. D. Amadeo trató de escabullirse, pero inútilmente, porque la retirada estaba cortada por todas partes. La boticaria quiso fingir un desmayo, y no pudo; y los demas calculábamos, ínterin sonreia el capitan Navarro, si nuestros exiguos capitales llegarian á satisfacer las exigencias metálicas del señor Neptuno.

Veinte reales por barba nos costó á los pasajeros de popa aquella broma, y muy cortas cantidades á los más humildes de proa.

Aquellos intereses que tan jocosamente se recaudaron, tuvieron el más digno destino. Aparte de un

pequeño gasto de vino y tabaco, el resto fué para un pobre marinero que se habia inutilizado para el trabajo en la *carga de Cádiz*.

¡Qué resultado tan bello tuvo aquella farsa tan grotesca!

Todos los medios son buenos si conducen á tales fines.

Al que no quiso pagar se le llevó ante el señor Neptuno, y éste le refrescó las ideas económicas con un buen cubazo de agua de mar, que no habia más que pedir.

D. Primo fué cubeado.

V

El 10 de Mayo caminábamos con rumbo casi directo al Sur y en direccion de la isla de Santa Helena, punto donde debíamos detenernos tambien breve tiempo, segun el capitan Navarro, que regía nuestros destinos.

Por entónces desaparecieron las calmas, y una ligera brisa imprimia á la fragata cuatro ó cinco millas de velocidad por hora, salvo error de la *corredera* (1).

Continuaba el tiempo siempre bonancible, sin llegar á sentir los tristes efectos de las tormentas y temporales propios de la zona que recorríamos.

—No hay que hacerse ilusiones: en el Cabo será otra cosa —exclamaba el capitan Navarro.

Por mi parte empecé á sentir verdadero rencor á ese Cabo, que sólo servia para cometer desatentados y asustar á la gente.

Observando, cual era nuestra costumbre invariable, el mar, y buscando siempre con la vista algo que á traves de aquella masa líquida indicase vida ó movimiento, habíamos ya contemplado diferentes veces, y cerca del barco, esas fieras del Océano que se llaman tiburones.

---

(1) Instrumento para medir la velocidad de la marcha.

Un hermano de mi amigo Eduardo fué víctima de ellos en la bahía de la Habana.

Calculen ustedes el cariño que tendria á tales animalitos. Así es que, al saber que cruzábamos una region propia de ellos y donde tanto abundaban, sin temor al sol y sus funestos resultados, se le veia siempre sentado sobre la barandilla de popa, sujetando entre sus manos una fuerte cuerda que se hallaba amarrada por un extremo al barco, y que en el otro tenía puesto el cebo propio para el tiburon, ó sea un pedazo de tocino de tres ó cuatro libras enganchado en un enorme anzuelo de hierro. Este anzuelo, sin embargo de su dimension y fuerza, lo rompe muchas veces el tiburon entre sus afilados dientes.

El tenaz empeño de mi querido amigo dió resultado positivo.

Inmediatamente que oíamos la voz de *¡cogido!* acudian los marineros á ayudarle y todos á presenciar aquella terrible pesca, que así podia llamarse.

En una de aquellas ocasiones el cebo fué mordido por una enorme *tintorera*, nombre que se aplica á la hembra del tiburon, generalmente de mayores dimensiones que éste, y más voraz. Cuando la maroma del anzuelo la hubo arrastrado cerca de la superficie del mar, hubo necesidad de arrojar un segundo calabrote para enlazarla por el cuerpo, pues su terrible fuerza, una vez fuera del agua, hubiera hecho pedazos la primera. Conseguido el objeto empezó la ascension, *cobrando* 40 ó 50 hombres que consiguieron atraerla hasta caer sobre la cubierta, dando las más violentas sacudidas y horribles coletazos, que nos imponian de veras y hacian retroceder á los tímidos. Acto seguido se introdujo por su enorme boca un *espeque*, el cual tronchó en dos partes; pero los hachazos, golpes y lanzadas la remataron por fin, no sin haber luchado cerca de una hora. Despues se la hizo pedazos, separando la cabeza, que por sí sola pesó más de dos arrobas. Toda ella midió próximamente 10 varas de largo, y en el centro sobre unos cinco piés de anchura. El corazon, puesto en un plato, conservó movimiento vital de

15 á 16 horas, y la mandíbula, que Eduardo reunió á las cinco ó seis que ya poseia, se componia de siete filas de agudísimos dientes.

En aquel mismo dia, y poco tiempo despues de la pesca del tiburon, se oyó la voz de *buque á estribor*.

La vista experimentada del contramaestre habia divisado un punto negro á larguísima distancia, y que yo apénas pude percibir con el *catalejo* en los primeros momentos.

Hacia el mediodía empezamos á distinguir perfectamente el objeto de nuestra curiosidad que, como puede suponerse, es siempre muy grande en aquel prolongado aislamiento. Era una fragata francesa.

El telégrafo de banderas pronto empezó á maniobrar entre ambos buques, y despues del saludo de costumbre, preguntó si éramos neutrales, pues como podrá recordarse, corria la época de la campaña franco-prusiana. Se le contestó afirmativamente, y volvió á interrogar acerca de si la guerra habia terminado; á lo cual se le contestó de nuevo que sí, pero que en Francia habia comenzado despues la guerra civil. Esto último debió llamar mucho la atencion del capitan; pues nos pidió inmediatamente si queríamos ponernos *al habla*, á lo que se accedió, ejecutando seguidamente las maniobras precisas.

Cuando las dos fragatas se hallaron muy cerca una de otra, la francesa echó un bote al agua, en el que se embarcaron seis ó siete personas. Aquello nos produjo una verdadera emocion de alegría, pues comprendimos que íbamos á recibir una visita á bordo, y esto era un acontecimiento muy notable.

Todos nos dispusimos á recibir dignamente á los franceses, haciendo preparativos propios del caso, y nombrándome el capitan su intérprete, cargo que acepté con verdadero orgullo, siquiera por ser útil para algo, en donde constituia un completo cero á la izquierda.

Aún no habrian trascurrido veinte minutos, cuando ya estrechábamos la mano del capitan de la *Gloire*, nombre de su buque; y el nuestro, el se-

gurdo, Eduardo, otros y yo nos trasladamos á la cámara, donde hicimos todos los esfuerzos posibles para obsequiar á nuestro digno huésped.

Allí se sostuvo conversacion grata y animada hasta cerca de la noche. Supimos que venía de Buenos-Aires, que se dirigia á Inglaterra con cargamento de lana, cuya direccion nos permitia volver á saludar nuestras familias por un nuevo correo inesperado. Hablóse largamente de la guerra, de cuyo desastroso resultado culpaba, no sin razon, el frances á Napoleon III; de la marina, de su viaje, del nuestro, etc., y despues de haber brindado él galantemente por nuestra querida España, y yo, en nombre de todos, por la paz y futura prosperidad de la Francia, se retiró á bordo de su fragata. saludaron las banderas, y muy pronto el viento y la noche se encargaron de poner fin á tan inesperado acontecimiento.

Al romper el dia á la mañana siguiente, nos hallábamos ya muy léjos los unos de los otros.

Si se hubiera guardado á bordo un poco más de consideracion, con el apetito que naturalmente despierta el aire saludable del mar, nuestro viaje se presentaba acariciado por la fortuna.

El hombre piensa poco en los azares del porvenir cuando el presente le brinda encantos que supone no deben concluir jamas.

Los sucesos que sobrevinieron despues, contestarán por mí.

El buen tiempo aún continuaba, é infundia en todos los pasajeros la confianza y alegría que ántes indiqué.

Las noches eran sobre todo deliciosas, y tanto mi buen amigo Eduardo como yo, permanecíamos sobre la cubierta hasta muy tarde.

En aquellas regiones nos extasiábamos en la contemplacion.

Allí, la encantadora luz de la luna goza de más brillo. Vénus vierte sus rayos más puros, las estrellas centellean con más intensidad, la Via-lactea es más blanca y diáfana, y la divina é inmensa cúpula del cielo se presenta más pura y más azul.

¡Cómo en aquel espacio sin fin se siente la sabia y poderosa mano del Hacedor!

¡Ah! ¡Que nunca se desate el lazo espiritual, pero sensible, que une á Dios con el hombre!

¿Quién osaría negar su omnipotencia encerrado en aquella frágil barquilla que se lanza entre los poderosos elementos de la naturaleza?

Nadie; porque Dios reside siempre en el pensamiento de quien le reconoce y de quien le niega, idea cuya formacion depende del don de pensar y comparar.

¿El ateo con qué sustituye la negacion de Dios?

Con un vacío que ni explica ni comprende.

Construir sin cimientos verdaderos castillos en el aire.

¿Cómo es posible no reconocer la sublime armonía que preside y regulariza el movimiento general de cuanto abarca el Universo?

Que no se me tache de pretencioso al verter aquí frases semejantes á las anteriores.

El reconocimiento, en peor ó mejor forma, de la verdad que se desprende en la esperanza del porvenir jamas ocupa lugar.

Las definiciones de cuanto pertenece al alma no es propiedad de los sabios, sino de todos los corazones.

El peligro de los mares, cuando se navega, desconcierta la *sabiduría humana.*

La luz de la filosofía brilla mucho ménos que la amparilla de la Vírgen.

La existencia de Dios se refleja en la partícula más insignificante de la naturaleza que lo pregona.

Los que niegan á Dios, ocultan, á no dudar, el terror que quizá les inspira su justicia.

¡Oh! En aquellas plácidas y hermosas noches de los Trópicos, brotaban pensamientos religiosos de nuestra mente, porque no podia ménos de suceder así.

Eduardo, como buen marino, era buen astrónomo, y yo me deleitaba escuchando su clara explicacion de los astros y constelaciones que forman el hemisferio austral.

Aquellas líneas imaginarias pero precisas, que daban forma á la brillante *Cruz del Sur*, á *Unicornio*, al *Ave del Paraiso*, el *Orion*, la *Ballena*, el *Lobo*, el *Altar*, el *Navío*, etc., etc.

Un número infinito de mundos en un espacio infinito tambien.

Siempre, eternamente, el más allá, y la imaginacion se ofusca, se debilita y se apaga.

## VI

Como expresé ántes, reinaba á bordo el mayor contento, y sin duda estimulados por este grato efecto en los sentidos, improvisaron los artilleros una funcion dramática, en que todos los actores nos parecieron de primer órden. A buen hambre... etc.

Representaron lo que, yo no sé por qué, ni he tratado de averiguarlo, representan siempre con preferencia todos los *aficionados*: *Flor de un dia.*

El aparato escénico, trajes y decoraciones no eran muy propios que digamos; pero estos defectos artísticos enmedio del Océano, crearon despues incidentes inesperados, que hacian más entretenido el conjunto.

*Lola*, papel que ejecutó maravillosamente el grumete que ya conocemos, parecia una monja novicia con ribetes de manola. *Don Diego* tuvo algo de tambor mayor; el *Marqués* expuso perfectamente los síntomas de la hidrofobia; los *convidados* salieron de uniforme, y en el escenario se contemplaban más garruchas, velas, barriles y calabrotes, que cuadros, cortinas, sillones y candelabros; pero como todo consiste en la ilusion que quiera formarse el espectador, ésta fué perfectamente agradable.

En las dependencias de proa quedó recuerdo por mucho tiempo de la comedia y de los comediantes.

La menor ocurrencia que se separa de la vida uniforme de á bordo, produce siempre el movimiento que excita la curiosidad y el deseo de oir ó contemplar algo nuevo.

Así hubo de verificarse en aquellos dias, con la presencia de una bandada enorme de *peces-voladores*,

á quienes perseguian con empeño otros de mayor tamaño, al parecer *atunes* y *doradas*. Algunos de los primeros, en sus cortos y rápidos vuelos, cayeron sobre la cubierta y proporcionaron mayor abundamiento de rancho para la trcpa y marinería.

Nosotros probamos tambien aquel pescado de gusto excelente.

El *pez-volador* tiene el tamaño próximo de un mediano *lenguado*, algo más grueso y con grandes nadaderas, que son las que utiliza para volar.

Tambien observamos en aquellos dias las *agujas*, especie que abunda fabulosamente en aquellos mares, y cuya forma es enteramente semejante al objeto comun que les da nombre. Su longitud ordinaria es de 25 á 30 centímetros.

Razon tienen sobrada los que, como Cook, Porter, Grey y hasta Julio Verne, han encontrado y supuesto en mayor escala el gran principio de vida y movimiento que se agita bajo la callada superficie del mar.

Aquellos ignotos y profundos abismos tienen su objeto, como todo en la naturaleza.

Mis pobres apuntes de aquel viaje eran muy ligeros y desordenados. Dos causas produjeron estos efectos. Mi escasa imaginacion, que no produce, y el hastío de aquella monotona navegacion.

Siempre el mar y el cielo.

La infalible continuidad de lo mismo con muy leves alteraciones.

¡Cuántas veces fué para mí una verdadera distraccion, un feliz paréntesis de aquel cansancio moral, los altercados que sostenian frecuentemente, y con formas algo inconvenientes, la boticaria y el médico, el médico y D. Primo, D. Primo y la boticaria, D. Amadeo y la carabinera, y por último, la carabinera y la boticaria.

Afortunadamente jamas llegó la sangre al mar.

A bordo de un buque mercante hay muchas cosas que molestan. Las cucarachas, que durante la noche tienen el descaro de convertir en festin las uñas, las yemas de los dedos y hasta la punta de la nariz del pobre pasajero. Como la mia era, y es to-

davía, algo desproporcionada, consolábame la idea de que me la redujeran algun tanto en favor de mi físico, que nunca tuvo nada de *Adonis*. Despues el calor, la estrechez, la suciedad, el mal servicio, cierto olor general é irresistible, al cual no se puede acostumbrar el olfato, lo tardío de la marcha, la exposicion, etc., etc.

## Santa Helena.

### I

El 17 de Mayo amanecimos en las aguas de la solitaria isla de Santa Helena.

A tres ó cuatro millas de distancia divisábamos aquel histórico y moderno sepulcro del Capitan del siglo.

Poco á poco nos fuimos acercando, y como á las once de la mañana dimos fondo próximo á su costa.

Santa Helena es una gran roca de vastas dimensiones, triste y árida, con una poblacion muy reducida.

Al contemplarla, parecia surgir de su alto promontorio y remontarse hacia las nubes la sombra fatídica de Napoleon, de aquel genio militar y colosal que quiso abarcar el mundo, y fué á morir solo y desterrado sobre aquel islote casi desconocido.

Aquella grandeza material, basada en los falsos principios de la ambicion y de la vanidad, pero que carecia de virtud, desplomóse, sin comprender, ofuscado por falsos esplendores, la causa que lo derribaba.

¡Cuánto debió sufrir y padecer aquella vasta imaginacion cuando, tendiendo su vista á Europa, pensara en los numerosos campos que habia regado con la sangre de tantos mártires de su caprichosa gloria!

¡Cómo en el silencio de su aislamiento llegarian á su oido los repetidos y crueles lamentos de tantas madres á quienes arrebató en provecho propio el precioso fruto de sus entrañas!

Los brillantes triunfos de Jena, Marengo y Austerlitz, comprenderia entónces que fueron harto estériles, y que nada le reservaron para contrarrestar el destino que le impuso la Providencia con las epopeyas de Zaragoza, Bailen y Waterlóo.

Sin embargo, la entidad de aquel hombre como militar es colosal, y nunca será posible disputarle el renombre de Gran Capitan, adquirido sobre los campos de batalla.

Al mediodía desembarcamos en *Long-Wood*, poblacion que valia poco, aunque sin carecer de algunos edificios notables, como el palacio del gobernador, los cuarteles, hospitales y tribunal de los negreros.

En el tribunal mencionado es donde se reune el Consejo que sentencia á los que delinquen en el repugnante oficio de la *trata*, y que son allí conducidos por los cruceros ingleses.

La isla de Santa Helena fué descubierta, como la mayor parte de las del Occidente de Africa, por los portugueses, y adquirida despues por los ingleses, que ignoro con qué objeto la fortificarian de un modo tan formidable.

Como era natural, pedimos licencia para ver la casa que fué habitada por Napoleon, y ésta nos fué concedida, proporcionándosenos al mismo tiempo un guía ó *cicerone*, que no abrió sus labios para pronunciar una sola palabra en todo el tiempo que nos acompañó, contentándose con señalar ó indicar los objetos. Unicamente al retirarnos de allí, y cuando puse en sus manos la oportuna gratificacion, pronunció con estoica impasibilidad la palabra *thanks*, que significa gracias.

La casa era pequeña y triste, dividida tan sólo en tres departamentos. En el mayor se hallaba la alcoba donde lanzó su postrer suspiro el émulo de César.

La crueldad que ejerció sir Hudson Lowe, gobernador de la isla, con el regio prisionero, fué causa de su pronta muerte; pero creo mucho más natural suponer que en aquella forzosa inaccion le precipitaron sus remordimientos.

Vimos su cama, que dicen era la misma que usó despues de la victoria de Marengo, su pequeño tocador, un estuche y varios muebles, que se conservaban en el más perfecto estado.

En el valle de los sauces, lugar que tambien visitamos, y donde fué primeramente enterrado bajo la sombra de uno de esos melancólicos árboles, existe una modesta tumba rodeada por una verja de hierro.

Sobre una losa blanca se lee esta inscripcion histórica: *Napoleon.*

Recogí, cual es costumbre de los viajeros, un poco de tierra de aquel lugar en que fué enterrado ántes de ser conducido á Francia, y una ramita de aquel sauce que se inclina triste sobre la tumba.

Ignoro por qué se apoderó de mi espíritu una honda tristeza, que nó pude disipar en mucho tiempo.

Aquella misma noche abandonamos Santa Helena, nombre que será imperecedero en el trascurso de los tiempos venideros.

## II

El viento de N. E. habia refrescado mucho y henchia el velámen, aunque sin agitar las olas.

Navegábamos con *viento-largo*, ó séase el más favorable, pues presentando el buque todo su *aparejo* y *casco* en direccion algo oblicua, la fuerza del aire gravita á un tiempo sobre todo el *trapo*, y el movimiento es, por consiguiente, más rápido y uniforme.

Nuestro rumbo era entónces en direccion del cabo de Buena-Esperanza, que, sin embargo, debiamos remontar á muy larga distancia.

Ese extremo en donde se extiende y penetra en el Continente la civilizacion inglesa, para unirse sin duda á las sublimes exploraciones del Norte é interior de Africa.

El *Nilo* y el *Níger*, sus fuentes y sus corrientes, los vestigios de los reinos negro-mahometanos, los notables descubrimientos de la civilizacion egipcia

el Tombouctou, el lago Stad, que refresca la ardiente atmósfera de aquellas regiones abrasadoras, la colonizacion de las costas que se introduce poco á poco por todos lados, aprisionando lo desconocido, son las causas que, reunidas á otras muchas que difícilmente puedo detallar, me hacen concebir la aproximacion del dia en que la planta del europeo hollará aquel formidable y rico continente, dejando impreso en su suelo el gérmen del progreso á que la humanidad entera tiende.

Todavía hay mucho que hacer y mucho que ver en este mundo, que algunos creen que se acaba.

Lo que existe es aún muy poco, comparado con lo que falta.

## III

Hacia fines de Mayo habíamos dejado muy atras el Trópico de Capricornio, y empezábamos á sentir el fresco de la nueva temperatura.

En el trascurso de nuestro largo viaje debíamos, por otra parte, experimentar casi todos los climas del mundo.

Temíamos que tan rápidos cambios atmosféricos, unidos á nuestras exiguas digestiones, pudieran producir funestos efectos en nuestro organismo; pero la abundancia de oxígeno que nos hacía aspirar el Océano, pudo más que todo.

Cuanto más repetidas eran las quejas, tanto más parecia que una vigorosa salud brotaba por todos nuestros poros.

## IV

Cuando me hallaba publicando en Manila estos apuntes, ocurrió un incidente que se explica en el siguiente capítulo, y que no he querido omitir.

### Un intermedio.

Ya sabrán ustedes que la publicacion de *El Oriente* hace algun tiempo cambió de dueño, pro-

longando ademas un poco su título, lo cual no tiene nada de particular; pero sí el que quedaran interrumpidos mis célebres *Paseos por el mundo*; y digo célebres, por no decir otra cosa más conveniente.

Dudo, y con sobrada razon, que aquellos imperfectos relatos é impresiones de escaso interes despertaran en lector alguno el deseo de conocer las sucesivas que debian ó deben brotar del mismo é imperfecto molde cerebral; pero como los gustos son muchos y hasta los hay rarísimos, vaya usted á adivinar.

El director de *La Ilustracion*, fino y galante hasta el extremo con este mísero pretendiente de *escritor*, permite y tolera su continuacion, que no es poco lo uno ni lo otro; y yo echo mano de un sencillo *Intermedio* para explicar la cosa.

Réstame concluir la digresion con una advertencia muy útil, y es que, habiendo oido atribuir mis pobres trabajos á persona que me hallo léjos de poder imitar, dejo desde hoy el pseudónimo y me atengo á mi nombre, que, por lo desconocido en el ramo de que se trata, y por las letras que lo componen, viene casi á ser lo mismo.

*Voilá tout.*

Ahora prosigamos.

## Los mares del Cabo.

### I.

Nos aproximábamos al inmenso lugar que Vasco de Gama dió á conocer al mundo.

Lugar de las olas gigantescas y de las grandes tempestades, y que sólo puede apreciar el que de cerca las contempla y escucha.

Los *chubascos* se repetian más amenudo, y al contrario de la regla general de las cosas, conforme aumentaba en número, aumentaba tambien la fuerza aislada de cada uno.

Aquello me hacía poca gracia, especialmente durante la noche, que despertaba sobresaltado por la

algarabía de voces, ruidos y movimientos precipitados á que los susodichos daban lugar.

Experimentaba una sensacion parecidísima al miedo.

Cuando cesaba la gritería y la maniobra, se oia entónces silbar el viento, crujir los mastiles, rechinar las vergas y agitarse las olas.

Algunas veces el accidente era pasajero, pero otras prolongaba demasiado la angustia natural del que ignora si se halla ó no cerca del peligro.

De cuándo en cuándo oíamos los ecos repetidos del trueno, y aquel fatídico sonido parecia anunciar lo desconocido, aprisionando el espíritu entre nuevas sensaciones difíciles de explicar.

Don Primo no ocultaba su pánico y su terror, que producia en su escuálido semblante los fenómenos más notables. Tan pronto se hallaba cubierto de la más densa palidez, color de ceniza subido, como ponia á un tiempo de manifiesto todos los del arco íris. Sus ojos, y hasta la nariz, parecian á veces cambiar de lugar, presentándose la fisonomía tan pronto en forma de piton como de un poliedro. Sus preguntas, llenas de la más cruel ansiedad, se multiplicaban de un modo asombroso, y se dirigian al capitan, á Eduardo, al segundo, á los marineros ó á mí.

El capitan no le hacía ya caso, los demas se reian de él, y yo tenía bastante conmigo mismo, aunque disimulaba un poco mejor aquellos efectos.

—¿Será pósible que no vuelva á verme mi papá?—exclamaba muchas veces D. Primo en el tono más lastimero.

—No perderia gran cosa,—solia contestar D. Amadeo, siempre imperturbable entre sus barbas de San Anton.

## II

Durante aquellos dias se habian observado, aunque á muy larga distancia, algunas ballenas; esos enormes cetáceos que tanto nos impresionan de niños cuando nos hacen su descripcion en la escuela

ó empezamos á conocerle en nuestros primeros estudios de historia natural.

Nos hallábamos entónces á la altura del mar que en el Pacífico denominan los americanos el *Campo de ballenas*, seguramente de igual especie que la nombrada por *ballena del Cabo*, y que se reconocen como las de mayor magnitud.

Mi curiosidad se hallaba muy excitada cuando el dia 31 de Mayo pude satisfacerla ampliamente y áun más allá de lo que abarcaba el deseo.

El vasto y trasparente piélago que eternamente nos circundaba, habia amanecido gozando de majestuosa calma, reflejando sobre su superficie con mil formas caprichosas la brillante luz de Febo.

Cubierta la *Vénus* con todas sus velas, incluso las *alas* y *arrastraderas*, marchaba lenta y suavemente imprimida por una ligera brisa que apénas ondulaba las aguas. La quietud del barco, adecuada al objeto, me habia hecho aprovechar aquellas horas para la continuacion de un pequeño dibujo de Santa Helena, cuyo perfil y primer bosquejo habia copiado del natural, cuando oí fuertes voces del capitan y Eduardo que me llamaban con insistencia.

Inmediatamente me precipité por la escotilla, y al llegar sobre la cubierta y contemplar el motivo que causó los gritos de mis amigos, quedéme extasiado y perplejo ante el grandioso espectáculo que se presentaba.

En los primeros momentos me habia sido imposible dar cuenta de lo que mis ojos vieron; me sentí alucinado, sin comprender y sin oir ni las preguntas que se me dirigian, ni el inmenso alboroto que reinaba á bordo.

¡Cuadro sublime y magnífico, cual sólo los presenta la poderosa mano de Dios, digno de su grandeza y que tanto nos empequeñecen!

A la corta distancia de 50 á 60 brazas á barlovento de la fragata, se agitaba, aparecia, se sumergia y volvia á aparecer de nuevo, imponente, grandioso y divinamente extraordinario, el cetáceo mamífero que se titula «Rey de los mares».

Su color enteramente negro, sus enormes dimen-

siones y su deprimida y fabulosa cabeza, indicaban que teníamos delante de nosotros á la ballena austral, de que ya hicimos mencion.

El monstruo medía cuando ménos de 24 á 26 varas de longitud próximamente, pues era difícil de apreciar con todo rigor, en atencion á que nunca presentaba sobre las aguas más de medio cuerpo; unas veces el perteneciente á la cabeza y otras el de la cola.

Vímosla lanzar por los orificios sus altas columnas de agua, y no de vapor como han supuesto algunos naturalistas que seguramente no han podido hacer sus observaciones tan próximos á la realidad; pues lo que parece tal á larga distancia, es sólo la blanca espuma producida por la vigorosa fuerza con que despide la ballena aquellos gruesos chorros que vienen á experimentar en su cúspide los mismos efectos, ó parecidos, que las olas entre los arrecifes.

El capitan Navarro, con la sencillez práctica del marino, nos dió una explicacion bastante natural de este fenómeno; pues decia que la ballena, en el acto de sumergirse, abre su inmensa boca, llenándola de agua que suele contener casi siempre los peces de que se alimenta, sube despues á la superficie y la desocupa por los orificios para no interrumpir la respiracion, y porque de ese modo quedan detenidos los indicados peces en el interior entre sus numerosos dientes.

¡Qué exuberancia de vida animal!

Su pesca representa una gran riqueza, y como no ignoran mis lectores, se ejecuta con fuertes *arpones* adheridos á largos *calabrotes*, para que, una vez clavados los primeros, permitir que se aleje la presa sin perderla y para que pierda su fuerza, se desangre, y por último, muera.

Esta operacion, que llevan á cabo en pequeñas embarcaciones marinos diestros, es bastante peligrosa, y registra numerosas y sensibles desgracias, que, sin embargo, no impiden al hombre que subyugue las ballenas al poder de su ingenio, como todos los demas séres de la naturaleza.

La ballena, el ballenato y cachalote, todos de una especie semejante, ofrecen para utilidad del comercio y de la industria la grasa ó aceite de donde se extrae la *estearina*, las barbas con que se fabrican paraguas, bastones, corsés, etc., y los dientes, á los cuales se da el mismo valor del marfil, que suelen tener de dos á cinco piés de largo.

Nunca podré olvidar aquel espectáculo, que duró cerca de dos horas, que tantó impresionó mis sentidos, y que me hizo olvidar por completo todas las molestias sufridas hasta entónces.

Comenzábamos á sentir verdadero frio

Los pasajeros cambiaban su traje de algodon por otro de paño ó de lana.

Don Amadeo, con bata de listas rojas, pantuflas turcas y gorro con orejeras, estaba admirable, y se asemejaba bastante á un rey de Persia, en las comedias de magia.

—Me parece usted otro, le decia la boticaria; y dados los antecedentes de repulsion que sabemos existian entre ambos, es fácil adivinar que la metamorfosis habia sido completa.

La indicada señora se hallaba entónces sujeta á un régimen simpático y homeopático al mismo tiempo, impuesto por la inconmensurable ciencia médica del mozo de café elevado á la categoría de *doctor*, con objeto de curarle unos tres mil sabañones como nueces, que cubrian sus tersas y delicadas manos (seguramente de almirez).

Recorríamos el *paralelo* 42, y nos encontrábamos á ménos de 500 leguas distantes del círculo polar-antártico, que nos enviaba de cuando en cuando, entre ráfagas glaciales, saludos cuya contestacion por parte nuestra no podia ser más desatenta, consistiendo en encasquetar mejor el sombrero y subir el cuello (de la levita se entiende), porque en cuanto al idem físico, lo encogíamos casi hasta lo invisible.

El viento, deseoso de entrar en calor haciendo un poco de ejercicio, arreciaba de veras, y las olas, siempre obedientes á aquel fatal impulso, convertíanse en montañas movibles, que parecian querer

sumergir á la fragata en algun pozo, de donde habia poca esperanza de volver á salir.

¡Qué bromas tan pesadas son las del mar!

Anticipadamente, habíase desprovisto á la *Vénus* de todo el alto aparejo, que en aquellas latitudes se considera peligroso, y con sólo la vela baja de *trinquete* recogida en *rizos*, nos deslizábamos cual dicen los marinos *á palo seco* por aquel inmenso, frio, árido y líquido desierto, que no interrumpe por mucho tiempo el placer del Oásis.

El Oásis del Océano se encuentra sólo en el pensamiento que se eleva hasta Dios, en la esperanza de su misericordia y en el consuelo de la oracion. Los que otra cosa dicen, ni piensan, ni sienten, ni le conocen.

Los momentos empleados en la mesa, eran silenciosos y tristes. Nuestro apetito iba desapareciendo por completo, lo cual no dejaba de causar regocijo á D. Amadeo, que, siempre impasible, engullia por tres ó cuatro, repitiendo aquello de... *La del pobre, primero reventar que sobre.*

Entretanto crujian horriblemente los *masteleros*, y los fuertes golpes de aquel mar embravecido hacian estremecer la obra del barco, como á mí tambien.

Tenía los nervios y el sistema moral muy afectados.

Eduardo, como buen marino, reíase de mis impresiones y temores, sobre todo cuando, como aconteció algunas veces, me hallaba sentado cerca del timonel, abrazando al pobre Leon, que tambien fijaba su vista en el mar, y parecia participar algo de mis impresiones.

Aquel enorme y hermoso perro, valiente cual ninguno y dócil y cariñoso cual un niño, colocábase entre mis rodillas buscando la sujecion á que le obligaban los *balances*, á la par que yo, con igual objeto, me aferraba á algun *calabrote* próximo.

Grande fué la simpatía que se estableció entre ambos.

Yo le hablaba de los peligros que nos rodeaban, y él lamia mis manos, aproximaba su noble cabeza

á mi pecho, ejecutando los movimientos más expresivos de su mudo lenguaje para enterarme de su adhesion desinteresada.

¡Pobre Leon! ¡Nunca te olvidaré!

La noche aumentaba aquella pena que me era imposible desechar, miéntras que los imponentes rugidos del Océano me mantenian desvelado.

Los que lean estos pobres renglones y hayan venido á Filipinas por el Cabo en un barco de vela, comprenderán perfectamente aquellos dolores y aquellas angustias.

Navegábamos por entónces con fabulosa rapidez, y las *singladuras* (distancia que se recorre durante las veinticuatro horas del dia) señalaban de 5 á 6 grados, ó sea de 300 á 360 millas.

Habia momentos de inusitado estrépito, en que los fuertes balances abrian impetuosamente las puertas de los camarotes, lanzando baules, maletas y otros efectos al centro del salon de cámara, donde chocaban y se destrozaban los unos á los otros.

Excusado es manifestar que en tales casos, el que no contaba con un fuerte punto de apoyo, sufria la suerte de los objetos indicados, ó por lo ménos, ejecutaba involuntariamente algunas cabriolas grotescas.

A un soldado, sobre el que se abalanzó una tina de hierro, desprendida de los garfios que la sujetaban, fué preciso amputarle un dedo, como resultado de aquel terrible golpe. Operacion que milagrosamente pudo llevar á cabo el doctor con nuestra cooperacion, para evitar la muerte de aquel desgraciado defensor de la patria, en cuyo dedo se habia declarado el *tétano*.

Por mi parte, aún conservo en la frente un triste recuerdo de aquellas inesperadas sacudidas.

¿Quién sabe si aquel choque directo sobre el cajon de las ideas ha influido despues en la pésima redaccion de estas cuartillas?

¿Será otra la causa principal?

Imitaré al personaje de *El dominó azul*, y diré:

—*Queda á juicio del lector.*

## La borrasca.

I

El 5 de Junio, y hacia las cuatro de la tarde, arreció el viento de un modo furioso, doblando los masteleros hasta formar una curva tan gronunciada, que parecia imposible no se tronchasen. El horizonte presentaba una extensa faja negra que nos rodeaba por todas partes; los golpes de mar eran cada vez más intensos y repetidos; las turbulentas y espumosas olas rompíanse contra ambos costados de la fragata, y sus aguas barrian algunas veces la cubierta.

El barómetro descendia con notable celeridad, y nuestra vista se fijaba con insistencia en el capitan y el segundo, tratando de leer en su rostro el valor de la inquietud que parecian mostrar.

Se aproximaba la borrasca, y por consiguiente, el peligro.

Horrorosa situacion es en tales circunstancias la del pobre pasajero, ente completamente inútil para luchar con los poderosos elementos que le amenazan y asustan, porque ni conoce la extension de sus efectos, ni comprende nada de cuanto le rodea.

Entónces más que nunca se establece la corriente misteriosa del espíritu entre el cielo y el hombre.

Procuraba no separarme de mi amigo Eduardo, que se mantenia sobre el puente, y desde allí contemplaba la maniobra en la cubierta y la fatídica y oscura bruma que envolvia á la *Vénus*.

Asido á su mano, que oprimia con presion febril, procuraba inútilmente adivinar sus pensamientos.

De pronto una inmensa oleada inclinó tan bruscamente á la fragata, que perdí el equilibrio y caimos confundidos.

Oyóse un grito general de espanto, y la potente voz del capitan, que, dominando el tumulto, exclamó:

—¡Todo el mundo á la cámara y cerrar las escotillas!

Efectuóse así, aunque por mi parte no quise separarme de mi buen amigo en aquellos instantes, que yo no podia ménos de considerar supremos.

El dia declinaba, y su escasa luz, al desaparecer, parecia arrastrar consigo nuestra última esperanza.

Con la aproximacion de la noche, desencadenóse la tempestad con furia más creciente, colocándonos enfrente del temible canal de Mozambique, á la altura de la isla de Telémaco.

Allí se confunden sus rápidas corrientes con tres Océanos que se encuentran: el Atlántico, el Indico y el Austral.

Allí se forman y desarrollan las tempestades más imponentes del mundo.

## II

Bajé á la cámara y encontré, como era natural, el pasaje consternado, y sin apénas poder guardar la posicion que cada uno habia tomado alrededor de la mesa.

Todo se balanceaba allí de un modo convulsivo, incluso los objetos inanimados, como la cristalería y las lámparas, que se suspenden en los buques con aparatos que impiden su rotura.

La noche, los horribles golpes de mar que se sucedian con escaso intervalo y cuya vibracion se percibia allí con más intensidad, el ruido atronador, confuso y gigantesco del huracan, los chirridos y desquebrajamientos de las maderas y trabazones, las sacudidas violentas que experimentaban los masteleros y las vergas, el silbido continuo y estridente del viento, el terror que se reflejaba en el semblante de todos á la pálida y opaca luz de la lámpara, y los sollozos comprimidos de las mujeres, formaban un cuadro tan tétrico y tan desolador, que me es imposible pintar con sus colores reales.

Nadie hablaba, el corazon latia con la mayor violencia, prolongándose aquella cruel incertidumbre,

que sólo revelaba á nuestra excitada imaginacion las probabilidades de un fin desastroso.

En aquellos instantes sin medida, y en el que cada uno representa siglos interminables, se oyó sobre cubierta una voz que con prolongado y fatídico eco repitió dos ó tres veces esta espantosa frase: «¡Hombre al agua... a!...»

Cuando en las borrascas del Cabo se oye esa voz, la víctima que indica no tiene ya salvacion posible.

Aquellas dolorosas palabras son la losa funeraria y el último rumor del hombre que llega á sus oidos.

Abrióse poco despues la escotilla, y oí al capitan Navarro pedir con precipitacion una bocina.

Cual impulsado por un resorte corrí á su camarote, y á los pocos segundos la depositaba entre sus manos.

Desapareció; nada dijo, y volvióse á cerrar la escotilla, cuya abertura me habia parecido durante aquellos breves instantes la boca de un inmenso y negro abismo.

Comprendimos con espanto que aquello iba mal, y sentia una angustia indefinible.

Ademas temia por Eduardo, que habia permanecido arriba luchando con los desenfrenados elementos. Aquella voz de *hombre al agua*, que aún resonaba en mis oidos, ¿podia incumbirle?

El terror y la duda me despedazaban sin piedad.

¡Ah! ¡La tierra, tierra bendita, cuán bella eres! Tu lecho de muerte nunca ofrece tal tortura, sino el eterno reposo de las penas.

Si al hombre moribundo le falta una madre, un hijo ó un hermano que le presten dulce consuelo en el último instante de la vida, no puede al ménos carecer del árbol que le cobije, de la flor que perfume su postrer suspiro, de algun recuerdo que le sonria.

La muerte del mar, es la muerte en el cáos, es el abandono de nuestra existencia entre un elemento al cual no pertenecemos.

El mar no fué creado para sepultar al hombre mas que como castigo de la Providencia.

III

Las horas, cual acontece en tales casos, se sucedian con penosa lentitud, y nos parecia casi milagroso que el buque pudiera seguir resistiendo por tanto tiempo á los impetuosos elementos que amenazaban destruirnos ó hacernos pedazos.

De cuando en cuando, el piloto descendia momentáneamente á la cámara para hacer rápidas observaciones en el barómetro, y dar inmediato conocimiento de su estado al capitan.

Veíamosle cruzar ante nosotros y ninguno osaba hacerle pregunta alguna, porque su fisonomía indicaba claramente la continuacion del peligro.

En el trascurso de aquellas inolvidables emociones, hube de averiguar dónde se hallaba mi amigo Ortiz, y supe que el capitan le habia confiado el timon, para cuyo manejo le auxiliaban dos marineros.

El espanto reinaba en la cámara; pero el espanto silencioso y roedor de la desesperacion.

De pronto exhalamos un grito de terror, porque vimos subir al contramaestre y un grumete de la bodega conduciendo varias *hachas*.

Aquellas *hachas* revelaban el último recurso á que se apela en alta mar. Es el último resto de esperanza. Se iba á desarbolar la fragata y quedar á completa merced de las olas.

En aquellos momentos bajó el capitan Navarro, y todos se abalanzaron á él para interrogarle; él sólo contestó indicando el silencio, entrando en su camarote y volviendo á salir rápidamente, exclamando:

—¡Qué piloto! ¡Qué piloto! El miedo le ha hecho ver visiones.

En breves palabras nos dió á entender que el piloto le habia dado conocimiento de un descenso enorme que no existia en el barómetro, y que tuviéramos confianza.

Aquello prestó algunas fuerzas al ánimo de los

pasajeros, pero yo desgraciadamente comprendí que aunque la equivocacion del piloto era cierta, y que el capitan se habia considerado ya perdido, sin embargo, el peligro no habia desaparecido.

La impasibilidad del capitan Navarro fué admirable.

Los marinos son los verdaderos héroes del mundo.

Nada existe semejante á la lucha titánica que sostienen con el huracan, y en la que, sea cual fuera el peligro, se ve obligado á mantenerse impasible y levantar la frente ante el espectro de la muerte, que le amenaza y le acosa por todas partes.

Hacia la medianoche, un espantoso golpe sobre nuestras cabezas nos llenó de nuevo espanto, creyendo que el barco acababa de sufrir alguna irremediable avería.

Aquella consternacion tuvo un desengaño; pero desengaño cruel y triste. Otro marinero, desde las vergas más altas, habia caido, empujado por la violencia del viento, sobre la toldilla, y como es de suponer, se le dió por cadáver.

Dos hombres lo bajaron á la cámara y nos entregaron aquel funesto despojo.

Inmediatamente el cura, el médico, yo y todos, olvidamos el mar y sus efectos, para prestar nuestros auxilios á aquel infeliz, que aún respiraba. Brotábale sangre por la boca y los oidos y permanecia completamente insensible.

El médico y yo le aplicamos los primeros remedios que exigia su fatal estado. Habia caido de espalda, y como consecuencia de aquel enorme choque, tenía sin duda alguna lesion y derrame interior, ademas de las diferentes fracturas de los brazos y los hombros.

Al cabo de un largo rato, aunque no podia articular una palabra, pareció entender lo que se le decia. Comprendimos que habia llegado el momento que debia aprovechar la religion, y miéntras el cura, sosteniendo con evangélica dulzura la cabeza del moribundo, preparaba aquella alma que fué mártir del deber para volar á la region del Señor, nos-

otros, apartados en silencioso respeto, orábamos con fervor implorando la gracia y divina misericordia, para aquel desgraciado.

Luégo, el cura, con algun esfuerzo, consiguió sacar el cáliz y la sagrada forma; se pudo encender una vela, oyóse el tañido de la humilde campanilla que anuncia la presencia de Dios, todos posternados ante El inclinamos la frente y nos identificamos con su santa y omnipotente voluntad.

El pobre marinero espiró.

Poco despues calmaba la borrasca.

Nuestras plegarias llegaron al cielo.

## IV

Al amanecer del siguiente dia, conservábase aún la mar *muy gruesa*, y el viento, aunque favorable, era duro y violento.

Surcábamos las aguas del norte del Océano Austral, á merced de la *Monzon* reinante del S. O. que, como se sabe, conserva direccion fija durante los seis meses que anteceden á los *Equinoccíones*, y otros seis despues del N. E.

Nuestro rumbo era hacia las islas de Amsterdam y San Pablo.

Los fuertes balances continuaban, pero sin causarnos en realidad los efectos anteriores; porque, como la necesidad obliga, nos habíamos convertido en verdaderos acróbatas.

Era de ver cómo sosteníamos con la mano un plato lleno de sopa, sin que perdiéramos la más mínima parte de su contenido; cómo ejecutábamos los más famosos equilibrios, siempre en pro de la conservacion individual.

Sólo D. Amadeo era siempre torpe, dando soberbios y repetidos tumbos que provocaban la mayor hilaridad.

Los duelos con pan son ménos.

En cierta ocasion fué tan formidable el traspié de aquel santo varon en la escala del puente, que vino á caer con todo su enorme peso de gravedad sobre

la interesante boticaria, que á la sazon se hallaba sentada de espaldas al peligro. Ambos lucharon algunos minutos para deshacer el nudo gordiano y original que formaron dos cuerpos, yo no sé cuánto, piés y brazos entre inoportunos pliegues de ropas exhibiendo un cuadro divino y digno de la inimitable y festiva pluma de Paul de Kock.

Vimos hasta donde no es enteramente lícito el ver.

D. Primo hizo demasiadas preguntas detalladas sobre aquel incidente, y siempre con la más cándida de las sonrisas, á traves de sus labios anchos é incoloros.

Dos dias despues de aquella cruel borrasca, que costó la vida á dos pobres marineros, *amainó* el tiempo y se despejó el cielo.

Sentíamos aún bastante frio, pero la temperatura era ya mucho más agradable y podíamos permanecer horas enteras sobre la cubierta, contemplando aquel mar de nueva fisonomía, siempre dilatado é inmenso, pero melancólico. El cielo y el agua se presentaban confundidos en un color gris opaco, sobre el cual los rayos solares no producian brillantez alguna.

Aquella palidez era un vasto reflejo del árido Polo, que nos permitia adivinar el gran desierto de los témpanos y los hielos.

## V

Cerca ya de las costas de la isla de San Pablo hubo de sorprendernos un nuevo acontecimiento, que lo fué la aparicion de muchos pájaros de distintas clases.

Mi atencion se fijó principalmente en los *camoranes* ó *cuervos del mar*, de tamaño colosal, y color pardoscuro; en los *carneros,* que alcanzaban asimismo algunos las dimensiones del águila de los Alpes, midiendo próximamente dos metros desde un extremo al otro de sus alas tendidas, tambien de color pardo los unos, y de ceniza los demas. Todos

en su garra y pico revelaban la especie del ave de rapiña ó carnívora; y por último en los hermosos *tableros*, mucho más pequeños, cual *patos-silvestres*, con su bellísimo plumaje negro y blanco, formando en la espalda cuadritos regulares, que motivan indudablemente su nombre. Su pico comprimido y sus gritos estridentes, hiciéronme suponer que pertenecen á la familia de las aves *Palmípedas*.

Nada es tan sencillo como hacer buena caza en aquella numerosa falanje que sigue el movimiento de la embarcacion; basta colocar hilos con pequeños cebos que floten sobre la superficie de la estela para obtener muchos prisioneros.

Los marinos utilizan la pluma de los tableros para construir excelentes *catavientos*, á lo cual se presta admirablemente la finura y ligereza de su pluma.

Durante aquellos dias volviéronse á ver muchas ballenas, siempre á larga distancia, como tambien algunos *cachalotes*, que observamos parecian perseguir á las primeras.

Cuando una bandada de *ballenas* sufre el ataque de otra de *cachalotes*, su enemigo constante, por más que ambos cetáceos pertenecen á la misma especie, y llegan á luchar, el Océano es entónces teatro de una gigantesca batalla, en que los detalles son fabulosos y colosales.

Entónces se verifica algo grande, fantástico y titánico, imposible de comprender mas que por el que llega á tener la fortuna de presenciarlo.

## El mar de las Indias.

### I

La *Monzon* nos hizo pronto penetrar de nuevo en la Zona Tórrida, experimentando otro rápido cambio de clima casi vertiginoso.

Otra vez, y ya para siempre, desaparecieron las bufandas, las mantas y toda clase de abrigos.

D. Amadeo se acomodó en un traje que tenía algo de encantador, dibujando y realzando maravillosamente sus formas monumentales. Consistia sencillamente en un pantalon de jareta muy ancho y trasparente, babuchas de moro sin calcetines y ligerísima camiseta de fino algodon.

Convirtióse casi en un recuerdo mitológico.

La boticaria hubo de protestar de aquella especie de retroceso hacia los tiempos de Adan.

Sus quejas, desgraciadamente, no fueron oidas, y D. Primo tuvo ocasion de hacernos picarescas observaciones que entretenian nuestro tiempo.

A bordo se hablaba ya mucho, y principalmente acerca de Filipinas.

Entónces escuché relaciones que, aunque interesantes, no cito por dos motivos. El primero, porque eran inciertas y tan equivocadas como suelen ser, por lo general, todas las noticias que se han dado de aquel hermoso país, y despues, porque la materia pertenece á la segunda parte de este pobre libro.

Habíase fijado entónces nuestro rumbo en direccion á la isla de Java, donde debíamos hacer alto y renovar las provisiones.

Los *carneros*. *camoranes* y *tableros* habian desaparecido, y nos visitaban, en cambio, muchos otros pájaros que provenian de algunas islas próximas á la costa de Australia. La mayor parte eran grandes gaviotas, que lanzaban agudos silbidos cerniéndose sobre la estela del barco y lanzándose con las alas plegadas hacia los peces que se aproximaban á la superficie, para ser víctimas de su insaciable apetito. Vimos tambien varios *albatros*, ó que á lo ménos lo parecian, por sus alas enormes y color azulado claro.

La distancia no me permitió distinguir bien su configuracion. El *albatro* es ave viajera y atraviesa los grandes Océanos. Lo más notable para mí fueron unos pequeños pájaros rojos, de tamaño algo mayor que gorriones, y que, separándose muy poco del nivel del mar, descansaban en la superficie con las alas levantadas, á semejanza de diminutas em-

barcaciones. ¿Cómo se llamaban y de dónde procedian? Lo ignoro, y nadie á bordo supo darme razon.

Uno de esos pajaritos cayó sobre la cubierta y fué cogido por los artilleros, que tuvieron la amabilidad de regalármelo, lo cual les agradecí mucho. El plumaje, como tengo dicho, era rojo. y blanco, bajo las alas, con el pico algo más largo y puntiagudo que el del gorrion.

Hice notables esfuerzos para cuidarle y conservarle, pero todo fué en vano. La falta de libertad privó de la vida al infeliz encarcelado.

II

El 18 de Mayo habian reaparecido las calmas del Ecuador, hacia el que volvíamos á aproximarnos, y con ellas los chubascos, el calor sofocante, la luz deslumbradora del Sol, cuyo resplandor ninguna sombra interrumpe, las plácidas y majestuosas noches, y con ellas la observacion de un nuevo y admirable espectáculo: la fosforescencia de las aguas en los mares intertropicales de las Indias.

El capitan Navarro nos mostraba aquel fenómeno que conocia, pero que siempre le sorprendia.

El mar era una llanura sin límites que por todas partes ofrecia una caprichosa, movible, brillante y fantástica iluminacion.

A veces parecíanos que largas serpientes se deslizaban por la superficie, chocaban y se cruzaban formando los más raros é indefinibles dibujos.

Díjonos el capitan que los viajeros que pasan por el canal de Suez para dirigirse á las Indias, atribuyen al golfo de Bengala la mayor grandiosidad de este fenómeno; pero que tal afirmacion no era cierta, como nos sería fácil comprender si algun dia regresábamos á la patria por aquella vía.

En una de esas noches rodearon la fragata innumerables *delfines*, cuyos movimientos y saltos producian nuevas y notables configuraciones de la fosforescencia.

A dos causas se atribuye generalmente aquel

brillo extraordinario. A multiplicados millones de insectos de luz, ó á propiedades fosfóricas del mar en ciertos parajes. Lo último parece lo más probable.

No debe confundirse nunca este reflejo con el que se observa comunmente en las estelas de los barcos y diversos movimientos del mar en otros puntos, que difieren completamente, por más que obedezcan á un mismo principio.

Apropósito de los *delfines* ó *golfines*, pues ambos nombres recibe este pez de grandes dimensiones, contaré lo que nos aseguraba la gente marinera.

Decian que estos animales son completamente inofensivos, y que cuando cae un hombre al agua en sitio donde se hallan reunidos, se sostienen unos y otros á flor de agua para evitar que se ahogue, y áun lo empujan hacia la playa más cercana.

El contramaestre aseguró que su padre fué salvado de un naufragio por este milagroso procedimiento.

En cuanto á las mujeres, no pueden contar jamas con este inesperado auxilio, porque los delfines las abandonan á su triste suerte.

El delfin, pez mamífero, produce un grito muy semejante al de la voz humana, y esto y lo anteriormente narrado ha dado ocasion á la supuesta existencia de la *sirena* y su *canto*; fábula semejante á la creada por algunos ignorantes con respecto á la *serpiente de mar*, que ciertamente existe, pero cuyas dimensiones son poco notables y menores que las de muchos reptiles de la tierra.

En aquellos dias vimos algunos *rabijuncos*, hermosas y grandes aves blancas, que reciben dicho nombre á causa de su estrecha y larga cola. Estos pájaros me anunciaban la proximidad del archipiélago, es decir, de la tierra, que tanto tiempo hacía que no contemplábamos.

Bendecí con el alma aquellos elegantes y bellísimos mensajeros.

No me engañaron, pues á las pocas horas divisé las costas de la isla de Natividad, situada al S-C. de Java.

Esta isla, cuya extension es próximamente de tres leguas, se supone deshabitada, y su elevacion sobre el nivel del mar es muy escasa. Aunque de un modo confuso, se adivinaba una gran vegetacion.

Al aspecto de la tierra, el pasaje, olvidando penas y sinsabores, recobraba natural alegría, hasta el punto de que D. Amadeo, llevado de su afan de discutir y disputar con D. Primo, en un rasgo de entusiasmo y ardor bélico, empezó á blandir un plato cual reluciente espada, y sin advertir los efectos de su elocuencia, arrojó sobre aquel jóven el contenido, inundándole de potaje de habichuelas.

D. Primo se levanta rápido á pedir explicaciones de la ofensa, tropieza con el muchacho de cámara, y ambos caen envueltos entre una enorme fuente de bacalado en salsa.

Las risotadas de D. Amadeo se oyeron en Europa.

## Java.

### I

El 15 de Junio nos hallábamos próximos á la costa de Java, y poco distantes de la embocadura de los estrechos llamados generalmente de *La Sonda*.

El aspecto que presentaba la isla era el de un país encantador, favorecido por la más asombrosa vegetacion.

En aquellos bosques vírgenes que se elevan sobre el mar cual gigantescos ramilletes de plantas, se anidan las mayores culebras del mundo, excediendo su tamaño al de las boas africanas, y midiendo algunas de 20 á 25 metros de longitud.

Allí se alberga tambien la famosa pantera de Java, de color enteramente negro y la más fiera de su especie.

La isla pertenece á los holandeses, y la pueblan un millon y medio de habitantes, ocupando una ex-

tension próximamente de 800 leguas cuadradas. El interior es muy montuoso y el clima bastante insalubre. La capital es Batavia, una de las poblaciones más enfermizas del Asia, y lugar principal del comercio de los holandeses en Oriente; con más de 300.000 almas, de las cuales 10 ó 12.000 son europeos y cerca de 100.000 chinos. Las ciudades más importantes son Cheribon, Surabaya, Samarang y Sarakarta. Sus principales productos el café y el azúcar, ademas de otros muchos, pues la colonia es notablemente rica.

A las pocas horas penetrábamos en los pintorescos estrechos que separan á Java de la isla de Sumatra, una de las mayores de la Oceanía, que á su vez se halla separada de la península Malaca por el estrecho del mismo nombre. Es tambien montuosa, y existen en ella algunos volcanes. Su fertilidad es grande, y produce abundancia de canela, alcanfor y pimienta. Los puntos más notables son Achin y Palembaug, establecimientos holandeses.

Nada es comparable á la navegacion por entre aquellas cercanas costas, en donde la naturaleza se reviste de todo su esplendor.

Por ambos lados nuestra vista se embriagaba con aquel delicioso panorama, que representaba para nosotros un nuevo y desconocido mundo.

Si, como repetia el capitan Navarro, Filipinas superaba lo que teníamos delante, el término de aquel largo viaje era alcanzar un paraíso.

Volvia á reinar la más completa calma; el velámen se plegaba sobre los mástiles por su propio peso, y sólo de tarde en tarde levísimas rachas de brisa que partia de la tierra nos permitian adelantar algunos pasos. Pero entónces aquella lentitud proporcionaba el placer de observar despacio lo mucho que habia que admirar y que me es imposible definir.

Aquello era un conjunto de belleza, de grandiosidad, que obligaba á la contemplacion, pero sin formas definibles, sin detalles explicables para el que sólo sabe sentir, pero no relatar.

En las zonas templadas nos extasiamos ante un

árbol frondoso que se destaca en el paisaje que nos rodea; sus perfiles nos dan una idea completa del objeto, y despues, si cambiamos de direccion tendiendo nuestra vista más allá, encontramos otro cuyas diferentes condiciones analizamos y comparamos con el primero.

Pues bien, ante los dilatados bosques de los Trópicos, imaginad su indescriptible é infinita aglomeracion, y esto podrá dar una leve idea de la perspectiva.

Brillante pero suave claridad iluminaba el horizonte, reflejándose sobre aquellos montes de eternos y variados verdores, que se dilatan y se elevan como para besar el límpido cielo que los cobija.

El oro y la púrpura envuelven todo el cuadro.

Sólo el ruido que producíamos á bordo interrumpia el silencio de aquellos parajes de encanto, y alguna vez el vago murmullo de las palmeras, levemente agitadas por la tenue brisa.

## II

El 18 dábamos fondo delante de Anger, situado sobre la orilla central de una preciosísima bahía, circundada de *plátanos* y *cocoteros*.

Hacia un extremo se elevaba la elegante Torre de la Farola, guía permanente del rumbo de las naves; despues veíase una *batería* de forma moderna, sobre la cual ondeaba un elevado pabellon de Holanda; luégo un precioso muelle, en donde reinaba la agitacion y el movimiento, y en segunda línea, entre el espeso ramaje de aquella rica vegetacion, se destacaban numerosas casitas separadas las unas de las otras, cuya elevacion era muy escasa. Ligeras *canoas*, largas y estrechas, se deslizaban por las aguas, impulsadas con las palas de que hacen uso los naturales, dirigiéndose unas hacia los buques, y tornando otras á la pintoresca playa.

Teníamos anclados á nuestro alrededor un pequeño vapor, dós fragatas americanas, otra inglesa, una corbeta española y varias embarcaciones menores, sin duda de cabotaje.

Al terminar el estrépito que produce el soltar las anclas, nos vimos pronto rodeados de aquellas canoas que los indios llaman *bancas*, construidas del tronco de los árboles, y generalmente de una sola pieza. La popa y proa eran enteramente iguales, y el *timon* lo constituye el mismo *remo* ó *pala*.

La cubierta de la fragata fué invadida por los *malayos*, que nos demostraron su aficion al comercio, ofreciéndonos con insistencia sus mercancías, consistentes en gran variedad de *petates*, nombre que se aplica á una especie de esterillas que sirven de cama en estos países; *sombreros* de palma de diferentes tejidos perfectamente ejecutados; *tabaco* que me pareció muy malo, sobre todo una especie de pastillas negras y repugnantes que compraban los marineros para mascar; muchas clases de pájaros, entre los que figuraban *cotorras* famosas de siete colores, sobresaliendo el encarnado y azul; los *coletos* negros con una especie de cresta tumbada, que cantan muy bien é imitan la voz humana como las *cotorras* y *papagayos*; magníficas *catalas* blancas de gran tamaño con penachos amarillos y colorados, y pequeñas *mayas* de diversos matices, *ardillas* de muchas clases y *monos* de todas dimensiones. Tambien nos ofrecieron y adquirimos algunas frutas exquisitas, como el *mangustan*, *piñas excelentes*. *cocos* y *plátanos*.

Vendian sus objetos á precios muy económicos, y preferian á la moneda efectos de ropa, cambios que verificábamos con notable y risueña algazara.

El traje de estas buenas gentes abrazaba todas las fases con que puede revelarse la moda, principiando por la que fundó nuestro padre Adan, y concluyendo con algunos vestidos enciclopédicos de todos los trapos habidos y por haber.

Allí se recordaba al hombre primitivo, pero paseándose por el *Rastro*.

El lenguaje de aquellos indios, ó mejor dicho *moros*, me hacía el efecto de una continuidad de cadencias musicales que producian alternativamente las notas más agudas y las más graves.

## III

Debíamos permanecer tres ó cuatro dias en Auger para abastecer de víveres á la *Vénus*, que buena falta le hacía, y por consiguiente nos apresuramos para saltar en tierra; en la cual apénas puse mi planta, cuando movido por yo no sé qué extraña impresion, partí corriendo como un loco y sin tomar aliento, hasta que me faltó la respiracion, y brotaban verdaderos rios de sudor por todos los poros de mi cuerpo.

El capellan me imitó, sin duda atraido por una fuerza irresistible, y aún sobrepujó los límites de mi acelerada carrera, con sotana y todo.

Los demas, si no corrian, saltaban y brincaban.

Nuestro objeto era andar, andar por todas partes, y sin salir de un pequeño círculo en que nos empujábamos y arremolinábamos; inocente juego de niños que hizo las delicias de los malayos, y que sólo Dios sabe qué pensarian de nosotros.

La voz estentórea y acañonada de D. Amadeo pronunció una frase que nos hizo entrar en razon instantáneamente.

—¡A la fonda!—dijo; y cual sedientos vampiros, nos lanzamos en direccion de nuestra entónces halagadora y risueña esperanza.

Al fin comeríamos *beefsteak*, *fricando*, *chuletas*, huevos con tomate, pan. ¡Oh! Aún me sonríe aquel almuerzo que nunca fué tan ansiado ni tan bien pagado.

Satisfecho ya nuestro estómago con esa principal é irremediable necesidad del género humano, salimos más tranquilos á visitar la ciudad.

Desde los primeros momentos, aquella bellísima localidad cautivó nuestra atencion.

El muelle, su esbelto *Pantalan*, el puente colgante, todo pequeño y guardando la más perfecta proporcion, así como la Aduana y otros edificios de construccion ligera, se hallaban, sin ocultarse á la vista, metódicamente cobijados por la fresca sombra de un hermoso arbolado.

Cruzamos anchas, limpias y espaciosas alamedas formadas por corpulentos árboles, cuyas altas copas se cruzaban, constituyendo deliciosos paseos, y cuyo suelo era de grava cuidadosamente apisonada.

De cuando en cuando, y en dos ó tres de las avenidas principales, entre aquel lujoso ramaje, aparecian lindísimas casas de los europeos rodeadas de caprichosos jardines, en donde la profusion de infinitas flores embalsamaban, con el más exquisito perfume, aquella atmósfera embriagadora.

Los edificios del Estado eran una notabilidad por su construccion tan perfectamente adaptada á las condiciones del clima, por su aseo y por su elegancia. Como militar, quedé encantado del cuartel, que nada dejaba que desear.

Componia esta dependencia una gran plaza rodeada de magníficos jardines, en donde, debidamente separados é independientes, se hallaban cinco cuerpos de edificio: el cuartel de la tropa, los pabellones de oficiales, la enfermería con pabellon del médico y buena botica, el parque y el almacen: los dos últimos montados de un modo admirable. Las armas de moderno modelo, municiones, su órden y su colocacion, el esmero que se revelaba en todos los extremos, y cuanto hasta entónces habíamos admirado, nos ponian claramente de manifiesto que con razon se supone á los holandeses los primeros colonizadores del mundo.

La casa del gobernador, que lo era un capitan, podia considerarse un verdadero palacio, con todos los atractivos necesarios para hacer la vida llevadera en aquellas calurosas regiones; la administracion de Correos, la de Hacienda, la casa de los ingenieros, todo es bello, minucioso, capaz y ordenado.

Y sin embargo, aquel lujo del Estado sólo servia para acomodar un gobernador, dos oficiales, un ayudante, un teniente de ingenieros, dos médicos, un boticario, 36 hombres de guarnicion, tres empleados de administracion, uno de Aduanas y uno de Correos.

Pero Anger, con 20.000 almas escasas, cubiertos todos los gastos del gobierno, remite anualmente á

Batavia como líquido producto á favor del Estado de 145 á 150.000 pesos, habiendo satisfecho todas las necesidades de los ramos civiles y de guerra.

¿Cuándo llegaremos nosotros á poseer este verdadero don administrativo, tan útil y fecundo?

Trajes, habitaciones, muebles, todo obedece allí en los europeos al invariable principio de las necesidades del país.

El señor gobernador y todos los empleados nos recibieron y obsequiaron con la más exquisita galantería. El primero me dió una idea de Batavia, diciéndome que multiplicara Anger por veinte, y que despues le añadiera algunos edificios grandiosos, jardin botánico, zoológico, teatros y cuanto es inherente á una gran capital.

Hablamos largamente de España, á la cual profesaba particular aficion desde que hacía algunos años tuvo ocasion de visitarla, y se expresaba en castellano con suma facilidad.

Todos los oficiales y empleados lo entendian algo, poseyendo ademas el inglés y el frances.

Era preciso formar ante ellos una idea muy elevada de la Holanda.

El oficial de ingenieros Sr. Schmid, que inspiraba las mayores simpatías, nos invitó para que dispusiéramos de su casa, y con tanto empeño, á Ortiz y á mí, que no pudimos negarnos á aceptar su bondadoso ofrecimiento.

Se constituyó en el más distinguido de los *cicerones*, y no escaseó medios de que pudiéramos satisfacer nuestra curiosidad hasta el último extremo.

Con él visitamos aquella tarde el castillo y las baterías, las escuelas, museo, el templo cristiano y la mezquita de los indígenas, la cual consistia en un edificio grande con paredes de ladrillo y techo de palma, pero sin un solo arabesco ni nada que en ese género la clasificase como tal, aparte de los atributos esenciales de la religion mahometana. El cementerio que la rodeaba valía tambien muy poco.

Por donde quiera que nos dirigíamos, el teniente Schmid era objeto de unánimes y cariñosas demostraciones por parte de los *naturales*. Este ya nos ha-

bia manifestado que los *malayos* guardaban un profundo respeto á los europeos, apesar de la rigurosa justicia que con ellos se empleaba, en cuanto se referia á la moral y órden público.

La falta de respeto ó insulto á cualquier holandes, se castiga en Java con la pena inmediata de muerte, lo cual no excluye que las autoridades ejerzan la más rigurosa vigilancia para evitar el menor abuso de los blancos, que en tal caso son inmediatamente encausados y remitidos á Europa para sufrir allí la pena que hayan merecido; pero estas satisfacciones ni las conocen ni las presencian los naturales.

La asistencia á las escuelas no es obligatoría, pero los niños que descuellan por su aplicacion é inteligencia, reciben amparo directo del gobierno, y pueden emprender en Holanda cualquier carrera, ménos la de militar y la de magistrado.

Se les tolera su culto y todas sus costumbres privadas ó públicas que no contravengan las leyes de órden y moral.

Como casi todos los malayos comprenden algo el inglés, traté de indagar particulramente la realidad de lo que se nos aseguraba, y á cuantos me dirigí, sin excepcion alguna, diéronme á entender claramente su sincero cariño á los holandeses.

La complexion, fisonomía y costumbres de aquel pueblo mostraba que su orígen era puramente árabe. Comparaba yo algunos con los moros del Riff, á quienes he conocido muy de cerca, y encontré una notabilísima semejanza en sus posturas, gestos, costumbres y áun en sus exclamaciones.

El malayo está obligado á trabajar despues de los 15 años de edad y satisface la contribucion de la Hacienda en proporcion de su riqueza, bien en dinero ó especie. Ningun otro cargo se le impone. Las obras públicas se llevan á cabo por medio de pública subasta, con contratas tan perfectamente estudiadas, que siempre redundan en beneficio del gobierno y de los particulares.

Las construcciones militares las llevan á cabo los *presidios*, que dependen exclusivamente del ramo de Guerra.

## IV

Despues de hacer los honores á la excelente comida con que nos obsequió el señor Schmid, nos trasladamos á la casa del gobernador, y allí saboreamos una taza de soberbio café y fumamos *tabacos* de los que tuve el gusto de regalarle algunos que aún conservaba de España, y que me agradeció infinito, no encontrando, segun decia, nada comparable con aquel delicioso aroma.

Este señor nos reservaba una sorpresa que nos distrajo admirablemente. Terminado el café, nos invitó á que le acompañáramos todos, y fuimos conducidos á una espaciosa casa de la mejor apariencia, que pertenecia á un malayo, comerciante, rico, ilustrado y muy afable.

Penetramos en el salon principal, profusamente iluminado y ocupado á la sazon por una numerosa concurrencia, que saludó nuestra entrada, y sobre todo la del gobernador, con las mayores muestras de regocijo y deferencia. Allí presenciamos el baile de los indígenas, de variadas figuras, con dificultosos y extraños movimientos. La orquesta la componian tamborcillos, una especie de lira, flautas y varios instrumentos *campanólogos*. Aunque el conjunto era discordante, en la suavidad con que tocaban se distinguia una armonía inexplicable, pero lánguida y poética. Recordé el canto monotono, triste y melancólico, pero siempre dulce, del *moro*. Aquella música no me era extraña.

A los acordes de un piano se bailaron tambien dos ó tres polkas con bastante imperfeccion, y sin que tomara parte ningun europeo.

Despues, lo que encontramos sumamente curioso, fué que en el extremo del salon, donde se habia construido una especie de teatrito aislado, salieron á representar varios muñecos de la más admirable construccion; los movimientos de los piés, brazos y manos, en una palabra, de todas las articulaciones, no podia ser más perfecto.

Aquellas figuras eran una exacta copia de los *naturales* en todo, y podian apreciarse como una verdadera obra de arte. El mecanismo, que se ocultaba completamente á la vista del espectador, debia ser muy complicado.

Excuso manifestar que toda la noche circularon exquisitas pastas, dulces y bebidas.

Desde allí, y despues de haber acompañado al señor gobernador á su residencia, nos retiramos á descansar en casa del teniente Schmid, que por un lado nos ofrecia anchas y cómodas camas en las salas, y por el otro *hamacas* suspendidas en una fresca y hermosa galería.

Optamos por lo último, y aseguro á usted que no tuvimos por qué arrepentirnos, si se exceptúa que, habiendo oido, cuando ya me disponia á dormir, que Ortiz y Schmid trataban de una cacería de panteras, tuve pesadilla y soñé que, encerrado en un círculo de matorrales sin salida posible, se asomaban por cima de aquellos varios tigres y leones, que unas veces me lanzaban miradas feroces y otras parecian reirse de mi terror. Afortunadamente un fuerte picotazo de mosquito, que entónces bendije, ahuyentó aquel espantoso sueño, y pude gozar el resto de la noche del más agradable reposo.

No hay mal que por bien no venga.

## V

Al amanecer del siguiente dia desperté sobresaltado por los gritos que proferia mi querido amigo Ortiz.

—¡Ea, pronto, arriba, date prisa!

—¿Pero qué ocurre?

—Schmid nos espera; debemos desayunar en el camino, lo cual es mucho más agradable, y...

—¿Pero de qué se trata?

—Pues qué, ¿no sabes que Schmid lo tiene todo ya dispuesto para que asistamos á una magnífica cacería de panteras? Vamos, no te detengas; los instantes son preciosos.

Quedé aterrado; mi pesadilla debia convertirse quizá en horrible realidad. Pero yo era militar, y los militares contraemos la obligacion de no tener miedo; y si lo tenemos, de disimularlo. Procuré, pues, disimular el mio, y me dispuse con ellos á correr aquélla aventura, no sin que reservadamente le dijese á Ortiz que estaba loco, y que si tanta aficion demostraba, podíamos haber comprado un par de pieles de pantera, que allí se venden tan baratas, y haber hecho público en cualquier parte del mundo que sus contenidos habian sido víctimas de nuestra destreza y valor.

Ortiz se reia, pero no hacía caso de mi juicioso raciocinio.

El Sr. Schmid entró y colocó entre mis manos una hermosa carabina, diciéndome que tuviera en ella completa confianza por sus buenas condiciones y su precision.

¡Precision! La precision se hacía necesaria; luego existia peligro.

¡Aquello era horroroso!

Empuñé la carabina, fingiendo una audacia que se hallaba muy léjos de mi espíritu, y salí con mis compañeros, pensando en un antiguo capitan que tuve en España, y que repetia amenudo que todo en el mundo eran extrañas coincidencias.

Miéntras un tigre no coincidiera conmigo ó con mis amigos, me consideraria hombre feliz.

## VI

Una *piragua* con varios *malayos* armados y otros dos oficiales de la guarnicion, nos esperaba en la playa. Embarcamos en ella, y entónces cobré bastante ánimo, porque comprendí que si las panteras no eran muchas, el aparato de guerra que se hallaba á mi vista era verdaderamente formidable.

Doce remos empleados con vigor nos trasladaron en poco tiempo á la costa de una isla próxima que estaba deshabitada, pero que sin embargo abrigaba temibles y fieros inquilinos.

Allí debíamos tomar parte en un combate original, de imponentes atractivos, digno del temple del hombre, pero que yo no podia ménos de considerar completamente innecesario.

La hora habia llegado, y era imposible volverse atras y mucho ménos ante aquellos oficiales extranjeros, que confiaban mucho en mi valor, y estaban en la persuasion de proporcionarme el más grato de los espectáculos y placeres.

La expedicion se componia del teniente Schmid, que la dirigia en todas sus partes, de los dos oficiales, Ortiz, yo y unos veinte indígenas.

Emprendimos la marcha, y al poco rato penetramos en un espeso bosque, adonde no llegaban los rayos solares. Entónces se verificó una division, pues los dos oficiales ántes mencionados y cuatro ó seis malayos se separaron para emprender otra ruta que la que nosotros debíamos seguir.

—Más adelante nos reuniremos todos,—dijo Schmid.—Carguen ustedes su arma con todo cuidado, y desde ahora no la abandonen de la mano, y síganme ustedes sin separarse de mi lado.

Yo no hubiera necesitado tal advertencia, porque habia formado el firme propósito de lo mismo.

Aquello se ponia muy grave.

Apénas habíamos caminado con bastante dificultad por entre aquel profundo follaje y espesa maleza, durante el espacio de diez minutos, cuando ordenó el alto en una pintoresca plazoleta, donde los malayos nos sirvieron el exquisito desayuno, que prestó nuevas fuerzas á mi abatido ánimo.

Ortiz era un héroe; su impaciencia y su alegría ponian de manifiesto el placer que experimentaba, lo cual me complacia mucho, porque contaba así con la seguridad de que, á lo ménos por su parte, quedaria, como decimos los militares, el *pabellon bien puesto*.

El que no se consuela en las aflicciones de la vida, es porque no quiere.

Emprendióse de nuevo la marcha, y esta vez con las mayores precauciones.

Delante caminaban dos guías, despues un ma-

layo de formas atléticas que nunca se alejaba de Schmid, á continuacion éste con Ortiz y yo, cerrando los demas la retaguardia. Se nos habia impuesto el más absoluto silencio.

Yo no sé si mi continuo tacto, al parecer inadvertido, molestaria al Sr. Schmid; en cuanto á Ortiz, tenía muchas veces que hacerle señas para que no se alejara.

Pensaba yo mucho en *Gerart*, el famoso cazador de los leones, y en los terribles incidentes que describe en sus cacerías.

Habríamos avanzado como media legua entre aquel laberinto de espesura, cuando hallamos nuestro paso interceptado por un pequeño riachuelo, en cuya opuesta orilla se notaba una explanada circular.

Los malayos se extendieron y ocultaron por derecha é izquierda, y Schmid nos señaló nuestro puesto, que era Ortiz á un lado y yo al otro, colocándose él en el centro y cerca de nosotros.

Mi emocion fué muy grande en aquellos momentos; sentia palpitaciones violentas del corazon, y todo mi sistema nervioso señalaba muchos grados sobre el estado natural.

Aquello duró un cuarto de hora interminable, que por lo ménos me pareció un lustro, cuando de repente vi á un malayo atravesar rápidamente la explanada haciendo señas que no comprendia, y desapareciendo despues entre la maleza. Seguramente allí estaba el otro peloton de cazadores.

De pronto sentí un horrible rugido. Oí confusamente la voz de Schmid y de otros que gritaron y algunos tiros.

Instantes despues, y á los llamamientos de Ortiz, salí de mi escondrijo, y me encontré con él, Schmid, los oficiales, todos, en fin, que, atravesando el riachuelo, se dirigian á la explanada, apareciendo allí tendida una enorme pantera negra, agitándose en las convulsiones de la muerte y que espiró á los pocos instantes.

Apénas podia darme cuenta de aquel suceso extraordinario, que ni comprendia ni casi habia visto.

El teniente Schmid entónces se acercó á la fiera para observar las heridas que habian causado los tiradores.

—¡Bravo, Sr. Scheidnagel!—me dijo.—Usted ha enviado la bala de gracia á este poderoso animal.

—¿Yo?—le respondí.—Perdone usted, Sr. Schmid; aquí hay una equivocacion, porque yo no he disparado mi carabina.

—Es usted demasiado modesto,—me dijo.

Y cogió mi carabina sonriendo, mostrándola á los demas con los dos cañones descargados.

Aquello era admirable, incomprensible, y me quedé estupefacto.

Habia disparado dos tiros nada ménos, sin siquiera apercibirme.

Recibí los plácemes de todos, y en premio de mi acertada puntería se me adjudicó por unanimidad la hermosa piel de la pantera, que aún conservo.

Habia representado perfectamente el papel del *Héroe por fuerza.*

Cuando, más adelante, le referia á Ortiz lo que me habia acontecido, nunca me dió crédito, y siempre lo atribuyó á modestia ó broma, y hasta se ofendia de mi natural insistencia.

¿Qué les parece á ustedes?

## VII

Habíamos regresado de nuestra famosa cacería y nos hallábamos de nuevo en casa del Sr. Schmid, cuando recibimos un recado del capitan Navarro, anunciando que nos hariamos á la vela en la mae drugada del dia siguiente. Era preciso, por lo tanto dormir á bordo, y nos apresuramos á despedirno, del señor gobernador, que me felicitó por la célebre cacería, y de los demas oficiales y empleados, que ss empeñaron en acompañarnos hasta la fragata.

Así lo verificaron.

Yo volví á temblar, y esta vez Ortiz tambien, pensando en D. Amadeo y sus cosas.

Por fin, y despues de beber algunas copas de Je-

rez, nos separamos quizá para siempre de aquellas amables y excelentes personas, que se volvieron á tierra.

Al alejarse, Ortiz y yo respiramos con la más honda satisfaccion.

Don Amadeo, no sólo no hizo ninguna barbaridad, sino que hasta estuvo fino y atento en alto grado.

*Parece mentira, pero no lo es.*

## El mar de China.

### I

El 21 nos deslizábamos de nuevo por aquel delicioso y estrecho canal, aunque muy paulatinamente por continuar las calmas.

Esta circunstancia, que desesperaba al capitan y á todo el resto del Equipaje, me complacia á mí de veras, aunque no se lo manifestaba á nadie.

Un hombre en cada costado de proa iba continuamente sondando, y el capitan y el segundo haciendo observaciones y apreciaciones para la *Carta*.

La navegacion por aquellos estrechos, aunque no ofrece peligro personal, lo hay siempre para las embarcaciones, que fácilmente pueden embarrancar ó tropezar con los infinitos bajos y escollos que existen. Se hacía preciso el mayor cuidado, y en su consecuencia sólo navegábamos de dia.

La fértil y hermosa costa de Java continuaba recreando nuestra vista, que se deleitaba recorriendo aquellas faldas cubiertas de verdores variados, desde las cimas de los montes hasta las orillas del mar.

En aquel trayecto, apénas bajábamos Ortiz ni yo á la cámara, permaneciendo de dia en la cubierta, bajo la tolda de lona que se habia dispuesto al efecto, y de noche bajo la más hermosa de aquel cielo que nunca olvido y que lo resumia todo.

En el centro del canal encontramos aquella ma-

ñana dos buques embarrancados, el uno sobre un *bajo*, y el otro, con la proa destrozada y la popa sumergida, se apoyaba en un escollo, causa de su avería.

Ambos eran ingleses.

Los ingleses, que no puede negarse son excelentes marinos, sufren relativamente mayor número de percances ó desgracias en el mar que las demas naciones, generalmente por su poca precaucion ó prudencia.

A los dos dias perdimos de vista la costa de Java, pero no la de Sumatra, aunque lejana y confusa, del mismo modo que contemplamos más adelante la de Borneo.

A la altura media de esta isla, volvimos á cruzar el Ecuador, sin que este hecho motivara á bordo nuevos impuestos.

Borneo, cuyo litoral es bajo, pantanoso y enfermizo, está habitada por hombres feroces, algunos de los cuales son *antropófagos*. Es poco conocida aún de los europeos, y sólo existen en ella dos ó tres establecimientos que pertenecen á los ingleses y holandeses. Dícese que la riqueza es inmensa en el interior y la produccion principal es el diamante. La ciudad más notable es Borneo, poblada con unos 20.000 habitantes.

## II

El 29 del mismo mes concluyeron las calmas, los estrechos, la vista de tierra, y entramos de lleno en el borrascoso mar de China, que, una vez agitado por los vientos, ofrece á los marineros el inconveniente de su poco fondo.

Llamó mucho entónces nuestra atencion hacia la altura de las islas Natunas, pequeño archipiélago donde más adelante debia ocurrir el siniestro del *Gloria*, en el cual iban embarcados mis queridos amigos el general Daban y el intrépido Llanos, el color pardo de las aguas y una especie de capas terrosas de ocre, que parecian flotar por la superficie.

Pregunté y nadie supo darme razon de aquel fenómeno, que dejó de mostrarse á las cinco ó seis horas de nuestra entónces rápida navegacion.

La corbeta española que se hallaba anclada en la bahía de Anger cuando nosotros llegamos á aquel punto, seguia entónces nuestro rumbo, y parecia desear que le enseñáramos el camino, sosteniéndose siempre en la misma direccion y á igual distancia.

Al penetrar en el mar de China, lo primero que se viene á la imaginacion son, naturalmente, los chinos y el afan de ver sus extrañas embarcaciones.

El año 1851 habia yo visitado en Lóndres un *yunk*, como le llaman los ingleses, y conservaba recuerdos vagos de aquel barco, de la marinería, de los raros objetos que encerraba, y, sobre todo, del elegante *mandarin* que llevaba á bordo, exhibiéndose al público por la módica cantidad de un *dollard* por cada persona.

El capitan Navarro daba á los barcos chinos el nombre de *champanes*.

Me extrañó mucho encontrar otra vez ballenas en aquel mar, poco propio para ellas, si bien es cierto que las dos ó tres que vimos pertenecian á la especie más pequeña, y que se conocen por ballenatos.

Cerca de la costa de una pequeña isla, cuyo nombre no recuerdo, observamos tambien varias tortugas del más fabuloso tamaño.

Las tortugas depositaban sus huevos sobre las playas, en hendiduras de arena, y á la sombra de alguna roca aislada.

En el mar de China abundan los tiburones, y en sus costas los *caimanes* de enormes dimensiones, que se remontan por la embocadura de los grandes rios hasta muy larga distancia hacia el interior.

El dia 30 nos sorprendió un Tifon, ó sea un fuertísimo viento arremolinado que se combina generalmente con crecida lluvia.

Jamas hubiera concebido posible que las nubes llegaran á descargar tal cantidad de agua y por tanto tiempo. Fué un extenso torrente que nos cubria por todas partes, lo cual era, sin embargo, una for-

tuna, pues la lluvia aplacó el viento y las olas, disminuyendo el peligro que ofrece el Tifon.

Desde el mes de Agosto hasta fin de Noviembre tienen lugar en esta region los impetuosos huracanes, que reciben el nombre de *Baguíos*.

Consiste el *Baguío* en un furioso viento que se desarrolla generalmente al Oeste, y que recorre los cuatro cuadrantes durante el espacio de 24 horas. Campos, arbolado, caserío, buques, todo lo devasta y destruye en la zona que se verifica.

III

Terminado el Tifon, volvimos á quedar en completa calma, y esto era tanto más sensible, cuanto nos acercábamos ya al término de nuestro viaje.

Aquel estado de inmovilidad duró muchos dias, causando á todos el más profundo hastío. Nada es comparable al tedio, aburrimiento y tristeza que se siente en casos semejantes, despues de los disgustos y azares anexos á tan larga navegacion.

Procuraba, sin embargo, distraer mi espíritu, lo cual no conseguia, y llegué á experimentar entónces un verdadero *spleen*, más propio de los melancólicos ingleses que de los festivos españoles, que cuando se aburren, á lo ménos, cantan ó riñen.

Mi único anhelo, el compendio de todas mis aspiraciones, lo resumia entónces un poco de aire.

La contemplacion de todas las obras más sublimes del arte, las armonías divinas de la música, la lectura más escogida, y áun la posible satisfaccion de los ensueños más bellos y apasionados, hubieran merecido probablemente mi completo desprecio é indiferencia.

¡Cuánto ansiaba llegar pronto al verjel que con sus frondosas praderas, cristalinos y murmuradores arroyos, y bajo la sombra de frondosos bananos y cocoteros, debia, entre dichas flores, placeres y sonrisas, hacernos aspirar las delicias orientales, más halagadoras que las pudiera habe pin tado Teócrito ó Virgilio!

Gracias al abastecimiento de Anger, la comida habia mejorado algo á bordo; pero precisamento gozábamos de esta notable ventaja cuando ningun valor tenía ya para nosotros.

Aquel retardo intempestivo fué cruel.

Levísimos soplos de una brisa casi imperceptible hacía qüe avanzáramos muy poco â poco.

Disfrutábamos de una atmósfera abrasadora, que ni áun la noche contribuia á refrescar.

La luna se levantaba en el horizonte, siempre brumoso, y las estrellas no aparecian con el fulgor que tanto nos deslumbró en el golfo de las Damas y en el Océano Indico.

Sólo recuerdo que se interrumpiera aquella indefinible estabilidad con un suceso que nada tenía de notable, pero que entónces distrajo singularmente mi imaginacion. Consistió en vernos repentınamente rodeados por numerosos *atunes* que brincaban continuamente fuera del agua, persiguiendo á una inmensidad de sardinas y peces voladores, miéntras que al mismo tiempo otra bandada de gaviotas blancas y cenicientas se cernia sobre las aguas en que se verificaba aquella confusa persecucion, aprovechando á cada instante los descuidos de los atunes, para lanzarse y hacer presa en su pico de las pobres sardinas.

Tuve lástima de las últimas por dos razones. La primera, porque eran las más débiles, y la segunda, porque me gustan mucho, y aquella voracidad continuada presagiaba una desaparicion acaso próxima de tan excelente manjar.

Yo no sabía entónces que las sardinas de estos mares no valian la pena de que existiesen, y excuso decir que el resto de toda la familia acuática en el mar de China se halla en idénticas circunstancias.

Así pasaban las horas y los dias.

D. Amadeo no hacía más que comer y dormir, pero sin pronunciar ni una palabra.

El capitan Navarre y el segundo ya no constituian un individuo y su sombra, sino el signo *Géminis*.

La boticaria soñaba en voz alta, y oíamos las palabras *infame*, *desvergonzada*, *puñal* y *chinela*.

La carabinera se habia identificado con el cuerpo de artillería.

Por último, D. Primo, ni hacía preguntas ni nombraba á su papá.

En cuanto á mí, daré conocimiento de mi estado moral de entónces con sólo referir una de las abstracciones mentales que sufrí en aquellos dias.

Hallábame perezosamente recostado sobre un banco de la toldilla; mis ojos cerráronse á impulso de la somnolencia que imprimia la atmósfera sofocante que nos abrasaba, y el pensamiento fijóse confuso y adormecido en los encantos con que Manila debia premiar los martirios sufridos para llegar hasta ella.

Pensé en el bullicio de aquel gran centro comercial y heterogéneo, de cerca de 400.000 almas, que titulan sus hijos la perla de la Oceanía, en los adelantos de la civilizacion, trasladados á aquel bellísimo verjel, donde la hermosura del paisaje haria resaltar más la bondad y perfeccion de todos los objetos.

Veia ascender la blanca espiral de las locomotoras hasta las copas de aquellos corpulentos y frondosos árboles, ínterin que bajo su fresco ramaje veia deslizarse los trenes por deliciosas vías, meciéndome feliz en la hamaca que, colgada caprichosamente en una galería llena de flores y hermosas aves, extasiaban mis sentidos, las unas con sus exquisitos y fragantes perfumes, y los otros con la entonacion variada de sus risueños cantos.

El aprovechamiento de aquel emporio de riqueza hacía llegar hasta mí el ruido constante de la industria fabril, y el más poderoso que alimentaba el comercio en los extensos muelles, cargando y descargando, así como en los docks, innumerables embarcaciones procedentes de todos los ámbitos de la tierra.

Luégo venía la serena noche de los Trópicos; al ruido del movimiento sucedian los ecos de la orquesta y canto en los teatros al aire libre, estableci-

dos sobre magníficos jardines, mezclándose con los infinitos goces que hacíame experimentar la contemplacion de tantas y tantas bellezas, hijas legítimas de donde el arte aprovecha la inmensidad de poesía que le brinda la Naturaleza.

De pronto, sentí que me llamaban con fuerza y se desvaneció el letargo.

**¡Tierra!**

¡Tierra! Este grito retumbó con inaudita expresion de júbilo sobre la cubierta de la *Vénus*.

La tierra prometida, el término feliz de las angustias, estaba allí ante nuestra vista.

Me sentí feliz cual nunca, y con toda la fuerza de mis pulmones entoné la cancion divina de Florino:

*Son pescatore di questo mare...*

Sin olvidar aquello de

*Los dos á la par bogamos*
*Y la barca empieza á andar.*

Me reanimé por completo.

Allá en el horizonte, confundida con las nubes, se divisaba la costa de Filipinas, semejando una oscura bruma.

La *Vénus* hendia las ondas abriendo sus blancas alas, que, merced á una fresca brisa, nos aproximaban al puerto tan anhelado.

Poco tiempo despues penetrábamos ya en la extensa bahía de Manila.

A nuestra izquierda se presentaba la costa del *Corregidor*, sobre cuyas alturas se destacaba la elevada torre del telégrafo aéreo que, por medio de sus banderolas y señales, empezó á dirigirnos mil preguntas.

Casi al frente, y no muy distante, se distinguia un aislado peñasco que ofrecia la singularidad de parecer su parte superior una cabeza con capucha.

Aquel promontorio se conoce entre los marinos con el nombre de *El Fraile*.

No me extrañó aquella especi de muestra de los muchos que habíamos de ver despues en el país.

En la misma direccion, mucho más léjos, aparecia *Cavite*, capital de la provincia del mismo nombre, apostadero de la Armada y residencia del comandante general de Marina, que lo era entónces el dignísimo y anciano general *Mac-kroon*..

Cavite es plaza fuerte de poca importancia y no carece de algunos edificios públicos de regular construccion, como la casa-gobierno, la comandancia de la marina, el arsenal, cuartel y algunos templos. La poblacion es animada y alegre, con buen paseo, casino, teatro y otros sitios de recreo. La localidad es pequeña y puramente oficial, pues el número de sus habitantes apénas llega á 5.000. Los indígenas de Cavite se titulan á sí propios *andaluces de Filipinas*.

El panorama que aparecia ante nosotros, revelaba en todos sus detalles y contornos la floreciente vegetacion de los Trópicos, y no carecia ciertamente de la belleza majestuosa con que se revisten los países situados en la indicada zona. Montes, colinas, faldas y llanuras cubiertas de perpetuo verdor. Sin embargo, noté algo que lo hacía ménos magnífico que lo gigantesco y pronunciadas tintas del de Java. Acaso más adelante podria establecer mejor las comparaciones.

Preciso era tener asimismo en cuenta la diferencia de grados de latitud ó menor proximidad á la línea ecuatorial.

En el fondo y último término del paisaje se vislumbraban una porcion de cúpulas y torrecillas que paulatinamente iban marcando más claros sus perfiles.

—¡Manila! ¡Manila!—exclamaban el capitan Navarro y otros, extendiendo el brazo en aquella direccion.

—Vean ustedes San Agustin, San Pedro, Santo Domingo, San Juan, San Francisco, San Sebastian, las obras de la catedral, la elevada torre de la igle-

sia de Binondo, Santa Cruz, San Miguel, Santo Tomás, etc., etc.—Y aquellos buenos señores enumeraban todos los santos del Almanaque.

Temí mucho entónces lo que despues vino á ser realidad, ó sea que en la capital de Filipinas apénas existian otros edificios públicos que los templos.

Nadie señaló el palacio de la primera autoridad, el observatorio, el museo de tal ó cual, el liceo, el gran teatro, ni siquiera la plaza de toros.

Cuando dimos fondo, el viento, que ya no nos era necesario, habia desaparecido.

La tarde era deliciosa, y el mar se presentaba tranquilo cual un lago de Suiza encerrado entre sus montañas.

El sol resplandeciente de los Trópicos reverberaba sobre todos los objetos de la dilatada costa que nos circuia; aquella costa querida, que yo debia habitar despues mucho tiempo, y amar mucho tambien, porque en ella brotaron despues mis más tiernos afectos.

Teníamos la capital á dos millas distantes por babor.

D. Primo nos obligaba á mirar una cosa invisible. La casa de su papá.

El aspecto general de la poblacion y el puerto parecióme triste y sombrío.

Pocas horas despues habian terminado las despedidas, las seguridades del futuro recuerdo y afecto de los combarcanos, y conducido por una lancha empujada por ocho ó diez remos que manejaban con destreza otros tantos indios, desembarqué en el muelle de la Aduana, que lo era un espacioso camarin de caña y nipa.

¿Qué sería de mí? ¿Qué clase de país era aquél?

Ya lo veremos más adelante, porque allí terminaban todos los accidentes de este largo y primer paseo por el mundo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

# SEGUNDA PARTE

# MANILA

---

## EXPLICACIONES

Mi pobre pluma vacila al tener que ocuparse de las islas Filipinas, si me pongo á reflexionar que la carencia de poesía en la redaccion irá notablemente revestida de aridez en las descripciones, que quisiera hacer gratas y entretenidas; así como temo al mismo tiempo que lo mucho que se ha contado y escrito respecto al país de que voy á tratar por personas más autorizadas que yo, total y merecidamente desconocido de mis lectores, influya con lógica y aparente fuerza de razon en hacer inapreciable la única condicion que algo vale y que prometo encierra mi relato: la veracidad más estricta, de la que no me he separado ni separaré en el resto del libro.

No debo, sin embargo, desmayar en mis propósitos, y continúo mi trabajo contando siempre con la indulgencia de todos.

### Manila.

I

El dia 8 de Junio de 1871, y á las siete de la tarde, desembarqué en esta capital, y despues de sufrir una larguísima detencion, completamente innecesaria, en la aduana, con motivo de los equipajes

que, sin embargo, no pudieron tener entrada hasta la mañana siguiente, penetramos ya de noche en aquella ciudad, circundada de sombrías y negras murallas.

El silencio de sus desiertas calles, aquellos edificios de rara y extraña construccion, la desigualdad de sus casas, herméticamente cerradas por todas partes á las nueve de la noche, la completa ausencia de luz, de jardines, ni nada semejante, impresionaron fuertemente mi ánimo, lleno hasta entónces de halagadoras ilusiones.

Creí pisar algo como un vasto cementerio en donde habíanse sepultado las infinitas bellezas tan propias de aquel clima, y que tanto cautivaron en *Anger* mi pobre imaginacion soñadora

Sin embargo, aquello fué sólo la primera impresion.

Restábame aún mucho que ver y mucho que sentir.

## II

Se me condujo á una casa grande y oscura, cuyo inmenso portal ó *zaguan* en nada se diferenciaba de los antiguos de España.

Subí su ancha escalera de ladrillo con enormes barandillas de madera, y sin cruzar puerta alguna me encontré en una especie de antesala inmensa que se llama en el país *la caida*, alumbrada por dos enormes faroles de vidrio blanco y forma cilíndrica, suspendidos por triples cadenitas, en cuyo interior descansaban dos vasos de luz, mantenida con aceite de coco, el cual produce un olor bastante desagradable. Aquellos faroles, cuyas dimensiones se hallan tan léjos de guardar relacion con la escasa utilidad que prestan, se denominan con bastante propiedad *globos*.

Varias sillas de tosca y pesada construccion, una larguísima mesa, un gran armario de comedor, conocido allí por el *aparador-platero*; varios cuadros representando en pésimos grabados la historia de

*Matilde ó las Cruzadas* y cuatro ó seis macetas con plantas raquíticas, que parecian escarnecer la privilegiada naturaleza de aquel suelo, constituian todo el ajuar.

Lo que particularmente llamó mi atencion fueron las magníficas tablas, largas, anchas y relucientes, de que estaba formado el piso. El brillo de éste se produce haciendo la operacion doméstica que en Filipinas llaman *lampacear*, y que consiste en frotar las tablas con un rollo de hojas de plátano.

Poco despues de penetrar en la *caida*, salió á recibirme la dueña, que era francesa, y despues de entendernos respecto á mis deseos de instalarme en aquella fonda, porque aquello era una fonda, y precisamente la mejor de Manila, guióme al cuarto que me destinaba, notando, por mi parte, con la mayor sorpresa, desde el primer momento, que la habitacion se hallaba completamente desnuda y sin muebles de ningun género.

Pregunté la causa, como era natural, y me dijo que así era la costumbre, pues una vez alquilado el cuarto, los inquilinos compraban por su cuenta los muebles que necesitasen. Viendo, sin embargo, mis apuros, me prometió por aquella noche tan sólo, y en calidad de préstamo, un catre con mantas, *petate*, almohadas y *abrazadores*.

Me quedé estupefacto de admiracion. ¿Para qué eran las mantas, si hacía un calor sofocante? ¿En qué consistian el *petate*, y sobre todo los *abrazadores*?

Todo aquello fué verdaderamente incomprensible para mí.

En Filipinas debe tenerse mucho cuidado con los nombres de las cosas, generalmente invertidos ó mal aplicados.

Allí suele decirse *que todo va errado ménos los caballos*, lo cual es un axioma.

Poco despues supe que el *catre* era una especie de inmenso sofá cuadrado con el asiento de rejilla de *bejuco* (enredadera del país), sostenido por cuatro columnas monumentales y arquitectónicas, que á su vez soportaban una especie de pórtico ó galería rodeando la ancha tela encarnada que servia, digá-

moslo así, de tapadera á todo aquel intrincado aparato. Aquella cama colosal tenía mucha semejanza con un grandioso carro fúnebre.

El *petate* era una esterilla delgada que debia servirme de colchon; las *mantas*, sábanas muy finas, y en cuanto á los *abrazadores*, almohadones largos y bastante duros, que tenian el objeto de poderse abrazar á ellos en diferentes posturas, segun las exigencias que la temperatura imprime al cuerpo.

—Duerma usted vestido,—me dijo aquella patrona,—y no apague usted la luz, pues como usted es *vago*...

—¿Eh?

—Que comó usted es muy *vago*... y podria haber temblor...

Mi confusion empezaba ya á no tener límites. ¿Conque yo era un vago y podia causar temblores?

—Ahora le daré á usted su *tinola*, y despues podrá usted descansar hasta que mi *bata* le despierte mañana. Creo que el *tinsin* podrá durar toda la noche, y tenga usted cuidado en no acercarlo demasiado á las *conchas*, que ahora hay muchas *quemas*.

¡Aquello era horrible! Empecé á sentir vértigos. ¡El *tinsin* que no debia acercar á ninguna *concha* hasta despues que se marchase *tinola* y me despertase la *bata* de mi patrona, evitando así las quemaduras!

¿Pero qué me importaba á mí que *tinsin* se acercase á quien le diese la gana, ni que me enviasen á *tinola*, que sería probablemente alguna doméstica feroz, ni qué tenía yo que ver con la *bata* de aquella señora?

¿Han oido ustedes jamas tanto desatino? Pues sin embargo, todo se reducia á lo siguiente:

La *tinola* era un plato compuesto de gallina cocida con calabacin, que se acostumbra á tomar en Filipinas en la cena. El *tinsin* era la mecha de la luz; las *conchas*, ventanas; el *bata*, un criado jóven; el *temblor*, terremoto, y las *quemas*, incendios.

Todo esto lo supe más tarde; y por consiguiente, entre aquellas dudas, incertidumbres, sustos, picadas de mosquito; una especie de canto de perdiz

que sentia en el techo, que no era otro que el que allí producen las lagartijas; en el exterior el eco sonoro de una voz de bajo que estuvo horas enteras llamando á *Cha-con*, y que pertenecia tambien á un reptil, especie de lagarto grande, que así denominan; el nauseabundo olor del tinsin que se habia apagado, y la horrible dureza de mi cama, no pude cerrar los ojos en toda aquella primera y memorable noche.

## III

Amaneció el siguiente dia, y me dispuse á cumplir la presentacion á las autoridades, cual era mi deber, así como á arreglar mis propios asuntos, que hasta entónces se presentaban con carácter difícil de llevar á cabo.

El *bata* vino á llamarme. Era un muchacho de nueve á once años, listo al parecer y bastante simpático. Sus facciones, algo demacradas como todo su físico, las formaban un par de ojos muy grandes y muy negros; cabello lacio y reluciente del mismo color, perfectamente peinado; nariz ancha y chata, frente deprimida, boca grande con labios gruesos y dientes blanquísimos, orejas muy despegadas y un color moreno semicobrizo, completamente asiático.

Su traje no podia ser más sencillo, y consistia en un pantalon blanco muy estrecho, zapatillas de chanclo, en donde habia colocado sus piés desnudos, y una camisa blanca y bien planchada, cuyos faldones colgaban por fuera del pantalon.

Estuve largo rato contemplando aquella mezcla de modas extrañas, riéndome de veras, miéntras que el chico me miraba impasible y pensando sin duda que yo estaba loco.

Cuando di término á mi hilaridad, me dijo:

—*Señor, tiene comida.*

Aunque el lenguaje era tambien extraño, entónces lo entendí perfectamente, y salí á la *caida* con objeto de almorzar.

## IV

Eran las once de la mañana cuando me senté á la mesa, que rodeaban varias personas de ambos sexos.

Allí no existia, á lo ménos en apariencia, diversidad de clases ó importancia social de las personas. Era un cuadro completamente democrático, pues lo mismo las señoras, cuyas formas, modales ó lenguaje revelaban pertenecer á la sociedad de buen trato, que las que daban idea de tener algo más descuidados los buenos principios de la educacion, aparecian con idéntico *negligé* en todas sus partes, vestidas sencillamente con una bata (no el muchacho) blanca y fina, no diferenciándose mucho tampoco los hombres, que lucian todos el mismo traje, que se llama *de chino*, y que se compone tan sólo de ancho calzon de jareta, con larga camisola de la misma tela, sin cuello, ocultando la ausencia de camisa.

Aquello era ligero, vaporoso, y sobre todo, muy propio de los efectos del clima.

El público mencionado tuvo una soberbia ocasion de distraerse con un *vago*, y un *vago* que pensó en la posibilidad de quedar derretido al calor de la sopa, envuelto en su larga levita de paño, corbata de doble fondo y alto cuello postizo, sujeto con tres botones y otros tantos alfileres.

En Manila nadie se viste (en el buen sentido de la expresion) en casa, recibiendo las visitas, aunque sean consideradas de etiqueta, con las batas y trajes chinos mencionados.

A los pocos dias, muchas cosas del país me eran ya completamente familiares.

Ahora, ántes de proseguir la relacion de los hechos y acontecimientos que me conciernen, paso, quizá de un modo brusco, á exponer una idea general y geográfica de este país, que no será larga, aunque la considero útil.

La variedad forma el buen gusto.

Piensen ustedes más en el asunto que en el ridículo autor, que al fin algo sacarán ustedes en limpio, se lo aseguro. El qué, yo no lo sé.

## Geografía.

### I

Las principales islas que componen el archipiélago Filipino, que son muchas, se conocen por Luzon, Mindanao, Paragua, Negros, Leyte, Samar, Bohol, Mindoro, Panay, Calamianes, Joló y otras de menor importancia.

Todas ellas componen un territorio que en el plano ocupa próximamente 13.000 leguas cuadradas, y está situado entre los 5° y 18° 1|2 latitud N. y entre los 116° y 128° de longitud.

La poblacion se calcula en cerca de 7.000.000 de almas, divididas del modo siguiente:

Cinco millones de indios ó naturales, entre los que se cuentan las razas mestizas.

De 35 á 40.000 chinos.

Treinta mil europeos.

Y el resto la componen los *remontados*, *igorrotes*, *tinguianes*, *aetas* ó *balugas* y *moros*.

Es muy difícil calcular con exactitud el número de individuos que componen estas últimas razas, por pertenecer á la comun de salvajes y hallarse repartidas entre los montes y bosques del interior.

Aplícanse los nombres que he expresado de esta manera:

Indios ó naturales, es la masa comun que dominaba las islas cuando España tomó posesion de ellas.

Por mestizos se entiende naturalmente, y en primer lugar, los naturales cruzados con sangre española, existiendo ademas los llamados de *Sangley*, cruzados con los chinos, y otros franceses, alemanes ó ingleses.

La raza europea la componen los españoles hijos

de la madre patria, que se distinguen por *peninsulares*, y los nacidos allí, hijos de los anteriores, que no se cruzan con raza alguna indígena, llamados *españoles-filipinos*, así como tambien los extranjeros de raza blanca, cuyo mayor número son ingleses, norteamericanos y alemanes, siguiendo luégo los franceses y suizos.

Los chinos lo son tales, y proceden generalmente del litoral de aquel imperio y de sus ciudades y provincias más comerciales.

Los *remontados* son aquellos indios que, huyendo las obligaciones del Estado, se remontan al interior, olvidan sus costumbres y la religion, pasando de nuevo á un estado salvaje.

*Igorrotes*; por esta calificacion se conoce vulgarmente á la raza salvaje que ocupa los montes del interior de Luzon. Tengo la conviccion de que procede de la *Malaya*, asunto de que me he ocupado en *Memorias* referentes á aquel país.

Los *tinguianes*, que se encuentran en la provincia de Abra y las de Ilocos, son sólo *gorrotes* algo más civilizados.

Los *aetas*, que pertenecen á la raza negra, y cuyo número es escaso y de complexion pequeña y raquítica, se suponen por algunos, ignoro con qué fundamento, los habitantes primitivos de Filipinas.

Los *moros*, que realmente son tales, si se atiende á que sus costumbres, religion, carácter y valor ponen de manifiesto la procedencia árabe, ocupan tan sólo el archipiélago de Joló.

Las islas Filipinas se dividen en tres grandes porciones principales, que se designan por Luzon, Visayas y Mindanao; y éstas, á su vez, en diferentes provincias, á saber:

LUZON.

Cagayan, Isabela, Ilocos Norte, Ilocos Sur, Abra, Benguet, La Union, Lepanto, Bontoc, Pangasinan, Nueva Vizcaya, Nueva Ecija, Tarlac, Pampanga, Bulacan, Cavite, Manila, Zambales, Batáan, Laguna, Tayabas, Batangas, Albay, Camarines

Sur, Camarines Norte, Masbate, Burias, Morong, Mindoro, Capiz, Romblon é Infanta.

VISAYAS.

Cebú, Iloilo, Concepcion, Leyte, Samar, Antigue, Negros, Bohol, Calamianes.

MINDANAO.

Zamboanga, Polloc, Isabela de Basilang, Davao, Balabac, Misamis, Coltabato, Puerto-Princesa, Joló.

Pertenecen al mando militar y se llaman gobiernos político-militares ó distritos, y por el órden aproximado de su importancia, las siguientes:

Cebú, Iloilo, Isabela, La Union, Zamboanga, Cavite, Capiz, Abra, Leyte, Samar, Bohol, Misamis, Antigue, Polloc, Nueva Vizcaya, Calamianes, I. de Negros, Balabac, Joló, Puerto-Princesa, Tarlac, Coltabato, Masbate, Benguet, Lepanto, Romblon, Infanta, I. Basilang, Davao, Morong, Concepcion, Burias, Bontoc.

En el resto ejercen mando los alcaldes mayores, y difieren poco en importancia, por ser en general las provincias mejores y más ricas.

La administracion de las islas en el ramo gubernativo obedece como base principal á los centros establecidos en esta forma: gobierno general de las islas, cuyo jefe es el gobernador general de las mismas, el cual al mismo tiempo es capitan general, y que para el despacho tiene un secretario de dicho gobierno.

Para cuanto abrazan los intereses locales, ayuntamientos ó *principalías*, como allí se llaman, y todo lo que pertenece á obras públicas, comunicaciones, comercio, recaudacion de las *obligaciones personales*, que se titulan *fallas*, y que consisten en sustituir el individuo con el valor de tres pesos los cuarenta dias de trabajo que la ley le exige, etc., etc., existe el centro titulado la direccion general de Administracion civil, cuyo director despacha con la primera

autoridad, y tiene como delegados del ramo á todos los gobernadores de provincia.

Otra direccion existe para la Hacienda, cuyo director despacha igualmente con la primera autoridad, contando como delegados á los administradores de provincia, y en algunas que no los hay, asumen este cargo los gobernadores ó alcaldes mayores.

El ramo judicial lo forma la audiencia de Manila, y en cada provincia de las más importantes hace las veces de juez de primera instancia el alcalde mayor que la manda (lo cual es bastante raro), contando ademas con un promotor fiscal. En los gobiernos militares se nombran jueces de primera instancia, que se titulan (indebidamente en mi pobre concepto) tambien alcaldes mayores, y en donde no los hay, el gobernador ejerce el juzgado.

La fuerza armada, que consta de dos tercios de guardia civil, uno de carabineros, siete batallones de línea de á seis compañías (que tampoco sé por qué se llaman regimientos), un escuadron de caballería, dos compañías de ingenieros y el regimiento español peninsular de artillería, compuesto de dos batallones y dos baterías de montaña, cuyo total puede calcularse próximamente de ocho á nueve mil hombres, se halla organizada con los centros siguientes: capitanía general, en la que despacha con la primera autoridad militar, en cuanto concierne al ejército, un brigadier jefe de estado mayor; subinspeccion de Infantería, Caballería, Guardia civil y Carabineros, cuyo jefe es un mariscal de campo, gobernador militar de la plaza de Manila; subinspeccion de Artillería y la de Ingenieros, con un brigadier al frente de cada una.

La Marina tiene su comandante general de apostadero con sus dependencias del cuerpo, y consta generalmente, cual acontecia hace dos años, de la fragata *Berenguela*, seis ú ocho cañoneros de vapor, dos ó tres trasportes antiguos y algunas otras muy pequeñas embarcaciones, todas de madera.

El órden público se halla en las provincias sostenido por guardia civil, y donde no la hay, por

fuerzas del ejército ó milicia local, llamado vulgarmente el Tercio civil, de lo que ya resta muy poco. En Manila lo garantiza una fuerza indígena de 300 hombres, llamados Guardia civil veterana, bajo el mando de un comandante; y nunca me he podido explicar, ni me lo explicaré jamas, que esta fuerza que cuida del buen órden de los españoles y europeos, que tanto abundan en aquella capital, sea fuerza indígena, la cual, aislada, tiende siempre desgraciadamente hacia el abuso de su cometido, haciendo perder mucho de su prestigio y fuerza moral á los europeos, ante las maliciosas consideraciones de los indios, á lo cual son éstos tambien sobradamente aficionados.

Si yo fuera llamado á dar mi voto, estableceria en Manila lo siguiente; y vivan ustedes seguros que alcanzaria el mejor resultado:

Formaria dos compañías de españoles, titulada Guardia de España ó cualquier otro nombre, que eso no hace al caso, cuyos 200 individuos sacaria del regimiento de Artillería para no gravar el presupuesto, aumentándoles sobre lo que hoy disfrutan alguna gratificacion que les estimulase, y haria que las clases de oficiales, sargentos y jefe de dicha fuerza fuesen nombrados en España y elegidos, como para comision muy especial, en el cuerpo de Guardia civil.

Para los servicios en los barrios bajos de la capital y otros análogos formaria otras dos compañías de indígenas cual las que hoy existen de 200 hombres, y bajo el mando del jefe de la Guardia española.

El uniforme habia de ser necesariamente distinto entre los unos y los otros.

Nada me ha causado en Filipinas tanta extrañeza como ver á los soldados españoles con el mismo uniforme que los indios, y áun desmereciendo ante el de algunos cuerpos indígenas.

Creo que esta, al parecer, pequeña variacion, constituiria quizá en Filipinas uno de los primeros é indispensables remedios que necesita allí la administracion moral que debe brindarnos con beneficios para el porvenir.

¿Querrán ustedes creer que yo he llegado á concebir algunas veces que la tal medida sería el medio más eficaz de recuperar el nombre español en Filipinas su primitivo lustre, algo empañado ya?

Véase lo que hacen las demas naciones en colonias semejantes á aquélla, y despues que me quiten la razon.

Adelante, pues tales digresiones no pertenecen á la geografía, objeto de que me estoy ocupando.

## II

Cruzan el territorio de las islas Filipinas muchos y caudalosos rios, entre los que figuran, como más notables, el Cagayan, Amburayan, Aguo, Dagupasi, Mindanao, Pasig, etc., etc. La mayor parte de los rios reciben el nombre de los pueblos en donde desembocan, y no es fácil poder calcular su verdadera importancia ó relacion entre unos y otros, porque procediendo su curso del interior de las islas, tan poco conocido, no existen tampoco verdaderos datos fijos que señalen la cantidad de sus aguas, cuencas que recorren, extension que abrazan, etc., etc.

Los lagos más notables en Luzon son la famosa laguna de Bay, en donde nace el rio Pasig y que abraza un perímetro de 145 á 150 kilómetros. Sus aguas son de poco fondo y varian entre dos y 14 piés de profundidad, dando con esto lugar á que la navegacion sea difícil y peligrosa en caso de reinar temporal, no pudiendo hacerlo más que pequeñas embarcaciones, como los vapores *bateas* ó *platos*, llamados así por su extraña figura y que son vapores de rio, calando solo dos ó tres piés, semejantes á los que se emplean para el objeto en los Estados-Unidos; y ademas los faluchos que se conocen en el país por *cascos*, *paraos*, *pontines* y *bancas*.

La laguna de Bay viene promoviendo en Manila hace mucho tiempo la infundada preocupacion de que en caso de desbordarse sus aguas, amenazaba un cataclismo á la capital. Esto es enteramente im-

posible por varias razones; siendo una de las primeras la insuficiente cantidad de aguas, que extendidas en el plano apénas cubririan los terrenos pantanosos que la circundan, y despues la configuracion de tantos y distintos niveles, cuencas y áun rios por donde podian precipitarse las aguas, caso de que el desbordamiento completo fuera posible.

A la de *Bay* sigue en importancia la laguna llamada de *Táal* ó *Bomg-bomg*, la cual abraza una extension cuyo perímetro es próximamente la mitad del de la anterior. Este lago es de agua salada, y en algunos puntos no se ha podido encontrar fondo, lo cual parece confirmar la suposicion de que tiene comunicacion con el Océano. Abundan los tiburones y caimanes.

Existen otras lagunas de pequeñas proporciones, y que merecen el nombre de tales, como la de La Trinidad, Macalelon y otras.

Excepto en el litoral, todo Filipinas es muy montuoso y de condiciones volcánicas, como lo muestra su estructura especial en el atlas.

Las principales cordilleras son la del *Caraballo*, que atraviesa casi toda la isla de Luzon de N. a S., y cuyas principales estribaciones son la del Datá, montes de Nueva Vizcaya, Tila, Malaya, montes de Alba, San Mateo, etc., etc.

En Visayas descuellan los montes de Samar, y en Mindanao la cordillera cuyo nombre ignoro, y que se extiende del N-E. al S. de la isla, con grandes ramificaciones.

Existen varios volcanes, siendo los más notables el de *Albay* y el de *Táal*.

Este último, á cuyo *cráter* descendí el año 1872, es digno de ser visitado.

Hé aquí lo que respecto á este volcan hice público en aquella época en uno de los periódicos de Manila, á consecuencia de haberse supuesto lo que en realidad no existe. Decia así:

«En sus *Ligeras cartas de un viaje á Batangas*, que por el estilo exclusivamente de usted leo con el mayor placer, me he encontrado con la descripcion del volcan *Táal* ó *Bomg-bomg*, debida á datos que se le

han facilitado á usted, los cuales respeto muy de veras, pues mi profesion y falta de conocimientos me alejan de toda discusion científica, en que seguramente saldria malparado.

Sin embargo, amante, como le supongo á usted, de que la estricta verdad reine siempre en objetos ó asuntos que tanto interesan á la atrasada exploracion de Filipinas; permítame usted manifestarle que cita algunas cosas que por la experiencia práctica me veo obligado á contrarestar.

En el año mencionado fuí nombrado seeretario de una comision de la superioridad para recorrer las islas, y pude suministrar al Gobierno algunas noticias estadísticas, entre las que se hallaba una breve descripcion del volcan de Táal, que tuve el gusto de examinar detenidamente por todas sus partes exteriores é interiores.

La primera de las afirmaciones que usted explana, consiste en suponer un inminente peligro para los pueblos fundados en la costa de la laguna, á lo cual me es preciso declarar que esto es realmente imposible, apreciacion que fundo en lo siguiente:

El volcan de Táal no puede compararse, como usted indica, ni remotamente, con el Vesubio, el cual permanece aún muy sólidamente adherido á las causas de sus repetidas y fuertes erupciones, y que, por consiguiente, ofrece de continuo obstáculos compactos y duros á la dilatacion de los gases explosivos. Su cráter es de profundidad desconocida, y la parte superior por donde brotan las materias ígneas es relativamente reducida, si se compara con su ancha base, miéntras que aquel de que tratamoa apénas revela diferencia notable entre los dos extremos del cono truncado que lo forma, ó más claro, entre el perímetro de la base interior y el de la boca del volcan.

El volcan de Táal puede casi considerarse un volcan apagado ó que, por lo ménos, no promete erupciones de gran fuerza; pues si las emanaciones sulfúricas de las aguas en su fondo producen el humo que continuamente se observa con mayor ó menor intensidad, se debe á los ingredientes que

las componen, y que miéntras no se separen de las capas de tierra azufrada en donde reposan, es muy probable dure eternamente, en el mismo concepto que sucede con las evaporaciones de aguas-calientes en *Los Baños*, pueblo próximo á la *Laguna de Bay*.

Todos los componentes de las tierras que forman el cráter son en general arenas y carbon, sin ofrecer resistencia al escape de evaporaciones que tienen salida por infinitas y anchas grietas; ademas de que el lago que circunda al volcan, sobre ser muy extenso, sus aguas, sondeadas por mí é inmediato al monte, dan una profundidad de 150 á 200 brazas; y en algunos puntos con sonda de 300, no encontré fondo. Esta laguna forma tambien por sí una gran defensa, cuya formacion se atribuye á las famosas erupciones del año 1801.

Tambien debo hacerle presente que, en cuanto á las dilataciones y llamas que se dice haber observado en la laguna interior del cráter, cuando yo descendí sólo pude apreciar la pequeña ebullicion que se produce, enteramente igual á la mencionada respecto á *Los Baños*.

Cuanto allí se toca es arena, pocos metales, mucho azufre, lava, y en su mayor parte carbon y ceniza. Es decir, las ruinas de lo que fué.

No concluiré sin señalar á usted que donde acaso exista peligro para el porvenir más ó ménos remoto, es en el monte próximo de *Maliquif*, cuyo aspecto ajeno á la natural vegetacion y distintas emanaciones que fuerzan su salida de aquella masa compacta, revelan la agitacion interior.

Usted me dirá con razon que, siendo así, lo que no va en lágrimas va en suspiros; pero yo añado que siempre es conveniente saber de dónde vienen los palos.»

La riqueza mineral y forestal de Filipinas es realmente incalculable.

En la primera basta indicar que existe gran abundancia de oro, cobre, hierro, aluminio y otros.

El oro se encuentra muy especialmente en la cuenca interior del rio *Agno*, en la costa del Pacífico de las provincias de Tayabas y Masbate, en las de

Camarines, Mindanao y otros puntos. El cobre es de superior calidad, distinguiéndose el de las minas de *Mancayan* en Lepanto y el de Benguet.

En las provincias de Cebú y Albay, el carbon de piedra promete beneficios pingües á la explotacion.

En los bosques de Filipinas son innumerables las magníficas maderas que se encuentran, descollando como más notables el camagon, ébano, narra, molave, alintalao, alcanfor, tiquem, luseng, etc.

En el interior, y en los montes de Benguet y Lepanto, se halla el roble, excelentes pinos de tan fabulosas dimensiones como los de Nueva-Zelanda y gigantescos helechos.

Los productos principales son el arroz, alimento general y comun de los naturales, que lo comen cocido sin más adherente que sal (cuando la tienen), y á lo cual llaman *morisqueta*, verdadera sustitucion del pan en Europa. El arroz con cascarilla se titula en el país *palay*, y una vez limpiado, á cuya operacion llaman *pilar*, toma el nombre de *bigas*. Siguen en importancia el abacá, especie de plátano silvestre, del que se extrae el magnífico filamento con que se forman despues cables y cuerdas de todas especies, así como buenos tejidos, especialmente en los Estados-Unidos, que es para donde se exporta en mayor cantidad. El café es tan exquisito como el de Moka ó Puerto-Rico, especialmente el de las provincias de Cavite, La Union y Benguet.

Constituyen el resúmen de los demas productos principales el cacao, algodon, añil, tabaco, canela, maíz, maní, camote é infinidad de tubérculos alimenticios.

Las frutas, aunque poco numerosas, son algunas de exquisita delicadeza y fragancia, distinguiéndose la *manga*, quizá la reina de las frutas del mundo, el mangustan, ate, guanábana, chico, lanzon, piña é infinita variedad de riquísimos plátanos.

Uno de esos muchos que han escrito de Filipinas, sin formar juicio ni razon de las cosas, publicó no hace muchos años una noticia referente al plátano, que decia, poco más ó ménos, lo siguiente:

«El plátano en Filipinas se divide en cuarenta

clases distintas, siendo la superior aquella que los indios llaman *saguin*.»

Advierto á mis queridos lectores que *saguin*, en el idioma tagalo, significa plátano.

La industria de aquella colonia, que debiera ser poderosa por muchas razones, apénas merece el nombre de tal, aparte de sus tejidos de piña y jusi y algunos trabajos de mano, entre los que figuran sombreros, petacas, petates y otro objetos de burí ó de caña.

Imposible parece que, dado el inmenso valor del abacá, que exportan los ingleses y americanos en tan exorbitante cantidad, y cuyo principal objeto es la confeccion de cuerda ó cabos para los buques, nadie haya pensado aún en explotar esta riqueza estableciendo alguna fábrica para la construccion de los mismos, en cuyo trabajo reunen los indios condiciones muy ventajosas al efecto.

Del mismo modo se observa tambien que se halla sin explotar el algodon, que reune quizá más ventajas que ningun otro producto para su fomento, si se atiende primero á su calidad excelente, despues al facilísimo desarrollo en todo el archipiélago de la planta que lo produce, que no requiere labrar ni trabajar en ningun concepto las tierras, necesitando sólo alguna vigilancia para impedir que los pájaros destrocen el fruto ó panocha cuando está tierna, y por último, á que la operacion de descascarillar y separar la simiente es operacion que ejecutan los *naturales* sentados á la sombra de sus casas ó de los árboles, y en que pueden tomar parte hasta las mujeres y los niños.

Dado este principio, claro es que despues sería consecuencia inmediata el establecimiento de fábricas de tejidos, y en último resultado, el mejoramiento y perfeccion de los que hoy se ejecutan á mano con los filamentos finos, así como se utilizarian para esta industria el *abacá*, *pasay* y otras especies adecuadas.

No sería cosa fácil calcular lo que en aquellas islas representaria el desarrollo del ramo industrial, dados los infinitos elementos que existen, y

que podrian permitir competencia ventajosa con el Japon, China y algunas colonias inmediatas.

El comercio se halla tambien desgraciada y considerablemente atrasado, pues el que existe enriquece tan sólo á algunas casas extranjeras, y sobre todo á los chinos que, mediante el apoyo de aquéllas, explotan por completo al país; siendo así que la sabia Ley de Indias prescribe, con notable acierto, que sólo se permita á los chinos dedicarse á los beneficios de la agricultura.

Es asombroso lo que acontece en Filipinas, y á lo que yo creo que debiera el Gobierno de la Nacion poner remedio.

Llega á Manila un vapor con dos, cuatro ó seiscientos chinos, todos varones, porque la entrada de mujeres de aquel imperio está prohibida, y resulta lo siguiente:

1.° Que establecida entre los chinos una especie de francmasonería esencialmente egoista, conceden inmediata proteccion á sus compañeros, que empiezan á trabajar sin un céntimo de capital, creándose individualmente al cabo de pocos años una fortuna mayor ó menor, con la que vuelven á su patria, sin dejar beneficio alguno al país que se la proporcionó.

2.° Como raza de sentimientos exclusivos, cínicos é hipócritas, resulta que, ademas de producir malos ejemplos ante los indios, desgraciadamente fáciles de atraer hacia las malas costumbres, y como quiera que carecen de mujeres de su país, se cruzan con ellos, produciendo un gérmen nada favorable al dominio de España.

Su espíritu de conveniencia raya casi en lo criminal, pues tienen el valor de hacerse cristianos con el solo objeto de contar con mayor apoyo de las autoridades, poderse casar con una india á quien siempre engañan, abandonándola despues á ella y sus hijos en cuanto reunen lo que consideran suficiente para regresar á China, en donde se acogen despues nuevamente á su religion, escarneciendo la nuestra.

3.° Y esto es quizá lo principal. Como quiera

que esta proteccion mutua anglo-china subsiste hace muchos años, acontece que hoy que las comunicaciones rápidas con España han acortado las distancias y que el comercio nacional podria tener importancia, se encuentra con obstáculos casi insuperables para su desarrollo.

4.º y último. El modo cómo viven los chinos aglomerados en sus casas, el abandono que muestran en su aseo personal, la manera indecorosa con que aparecen generalmente en público y sus vicios sensuales y lascivos, puede comprenderse fácilmente que no son en realidad el ejemplo más bello para el progreso moral de los naturales.

El indio no encuentra tampoco, por idénticas causas que las expuestas, el apoyo que podria quizá proporcionarle el capital español, arraigado y establecido, contribuyendo á imposibilitar más y más tan laudable fin las condiciones de su temperamentoperezoso, sobrio y de pasiones siempre impetuosas, más cerca de la materia que del espíritu. Hay en él generalmente poca capacidad, pero bastante ingenio. Adora sus costumbres y entra difícilmente por la senda normal de la civilizacion. Desgraciadamente, segun mi pobre criterio, nuestra enseñanza hasta hoy no ha sido tampoco la más saludable; pero abrigo sobre este punto un gran consuelo, y es que en aquel país, casi vírgen todavía, aún pueden fructificar las reformas sensatas que á no dudar sabremos introducir, siquiera siguiendo el ejemplo de nuestros vecinos los holandeses y los ingleses, de quienes podemos aprender mucho en el terreno práctico, y sobre todo en los medios de adquirir los beneficios que debe experimentar la patria comun.

La religion única en las Islas es la católica apostólica romana; y el indio la posee en general con más idea de entretenimiento que de salvacion de su alma, objeto que, fuerza es confesarlo, le preocupa en general muy poco. En materia de religion los naturales tienen mucho de niño, pues lo que sobre todo les complace es el lujo de los templos y las imágenes, las procesiones, las fiestas, el oropel, las músicas y los inciensos.

Separado de su parroquia y de la civilizacion comun de los pueblos, si por cualquier motivo (que no necesita ser de gran importancia) huye ó se interna en los montes y selvas, vuelve con la mayor naturalidad é indiferencia á sus preocupaciones casi indefinibles y á cuantas costumbres constituyen el estado salvaje. Los ejemplos han sido y son numerosísimos.

Dícese que el carácter del indio no puede comprenderse.

Difiero tanto de esta opinion general despues de mi larga experiencia, que lo que comprendí al poco tiempo de hallarme en el país respecto al asunto, lo mantengo hoy como lo más cierto.

Hay algo de no quererle comprender, lo cual es muy diferente.

Hace algunos años que la instruccion pública, obedeciendo al impulso que imprimieron los generales Izquierdo y Alaminos, que han sustentado con verdadero vigor todos sus sucesores, empieza á producir bastantes ventajas, aunque no tantas como fuera de desear, por motivos que yo ni debo ni puedo explicar aquí.

Réstame tan sólo hablar algo respecto á nuestra administracion rentística; cuestion delicada, y en que mi opinion supone poco más ó ménos el valor de un cero.

Diré, sin embargo, que Filipinas carece de lo primero que requiere la buena administracion de cualquier país; ya saben ustedes lo que es: comunicaciones.

Despues les copiaré un par de parrafitos que figuraban en una Memoria que escribí el año 1874, referentes á la materia, que decian:

«Comenzaré, pues, por exponer, con relacion á las necesidades del país y con referencia á la parte administrativa, lo que inmediatamente se nota, y consiste en la necesidad de nivelar el sacrificio pecuniario de cada habitante para cubrir el presupuesto del Estado.

En las provincias de Luzon, las hay, como la de Batangas, por ejemplo, que deben considerarse fo-

cos de gran riqueza, y sin embargo, sólo su numerosa poblacion es la que hace arrojar una cantidad respetable en el cobro de la contribucion.

Si el formar una estadística de equivalencias exactas es por ahora muy difícil en un país que reune las condiciones especiales de Filipinas, debe, no obstante, haber medios de atender y enriquecer el Tesoro sin causar perjuicio notorio.

¿Y para llegar á este objeto tan ventajoso no podria, por ejemplo, hacerse una subdivision general y al mismo tiempo sencilla, estableciendo la siguiente diferencia?

Clase 1.ª, 2.ª y 3.ª

A la primera debia pertenecer, naturalmente, todo indio que careciese de propiedad que representara mayor valor de la que se fijara como precisa para cubrir sus primeras necesidades.

A la segunda corresponderian todos los que, teniendo alguna propiedad que excediese á la señalada á la primera clase, ó bien que ejerciendo alguna industria ó comercio, les fuera fácil pagar un tributo algo más excesivo.

Y por último, á la tercera aquellos que, gozando de bienes que les proporcionan comodidades y lujo, se hallan reputados en los pueblos como vecinos ricos y pudientes.»

¿No es sensible que se promuevan imposibles en la aplicacion de un remedio tan sencillo; que localidades como Balayan y Taal, provincia de Batangas, Lucban y Manban (Tayabas), Guagua, en la Pampanga, y otros infinitos puntos en donde he conocido indios y mestizos que poseian capitales por valor de 300.000 pesos hasta 800.000, y áun más de un millon, viviendo en lujosísimas moradas, empleando preciosos carruajes que nada tienen que envidiar á los del Prado de Madrid, y cubriendo de perlas y brillantes de inmenso valor á sus mujeres, contribuyan con igual óbolo que el indio más necesitado á las obligaciones del Estado?

¿No sería el principio expuesto quizá una buena base como intermedio necesario para pasar de la nada á lo más preciso siquiera?

Para obtener este inmenso beneficio en el órden natural y equitativo de la recaudacion, no existen obstáculos ni áun sacrificios importantes.

Me explicaré.

En Filipinas la recaudacion de la contribucion se verifica por medio de los *cabezas de barangay*, nombre que se aplica á los individuos indígenas de los ayuntamientos de los pueblos, que son al mismo tiempo delegados de la Administracion. Cada uno de ellos es una especie de alcalde de barrio y tiene un cierto número de tributantes sujetos á su jurisdiccion; generalmente de 100 á 150 familias, de las cuales lleva un registro que sirve de base al padron de habitantes y á los datos necesarios para la quinta y demas operaciones.

Para el proyecto que expongo no se hace por consiguiente necesario crear junta ni comision alguna estadística, que al fin tropezaria con grandes dificultades, causando al mismo tiempo gastos quizá importantes al Erario; siendo sólo preciso que cada corporacion municipal hiciera la clasificacion ya mencionada con intervencion del cura párroco, sometiéndola los pueblos á la aprobacion del gobernador de la provincia, que á su vez informaria al centro principal.

En aquel país, por sus ricas condiciones, puede decirse que no existen pobres ó sujetos imposibilitados de pagar su tributo, costumbre ya adquirida tambien por todos y que satisfacen sin esfuerzo, resultando que desde luégo quedaba en su estado normal la poblacion señalada como la primera clase. Es indudable que á la segunda pertenecerian próximamente un 10 por 100, pues éste es el cálculo ordinario que puede formarse en cada *cabecería* ó barrio de los distintos pueblos; y por último, á la tercera por lo ménos podrian pertenecer un uno por mil. Véanse ahora los resultados próximos que podrian obtenerse:

En las islas Filipinas tributa, por las reglas de la ley de Indias, muy cerca de la mitad de su poblacion, calculada en 5.000.000 de habitantes, y como el tributo es con los cargos anexos de 1 peso

y 0'50, resulta que puede calcularse el ingreso en 3.750.000 pesos.

Cifras que arrojarian las tres clases propuestas, si se impusiera á la segunda un triple tributo y á la tercera el décuplo de la segunda, cantidades que, para empezar, ofrecerian sencillísima recaudacion:

| | Habitantes. | Tributo. |
|---|---|---|
| 1.ª clase. . . | 2 250.000 | 3.375.000 pesos. |
| 2.ª id.. . . . | 250.000 | 1.125.000 » |
| 3.ª id.. . . . | 2.500 | 112.500 » |
| | Total. . . . | 4.612.500 » |

Con lo cual, ademas de establecer un principio de equilibrio legal, sencillo y justo, resulta anualmente á la Hacienda el importante beneficio de cerca de un millon de pesos.

Pero estas cosas requieren ante todo que, olvidando los eternos inconvenientes que creamos sobre los tapetes de las oficinas, se conviertan en el conocimiento práctico de ellos; buscando lo fácil y provechoso, ántes que lo difícil é irrealizable.

Mi ánimo se contrista siempre mucho al recordar que Filipinas, con su suelo exuberantemente pródigo y rico, represente tan poco para mi patria, relativamente á lo que ésta podria y debiera exigir que representase.

Basta ya de apuntes geográficos, consideraciones financieras y cálculos estadísticos, seguramente dignos del autor, y volvamos á ocuparnos de Manila, de los *batas*, del *tinsin*, de la *tinola* ú otras especies semejantes.

## La ciudad.

### I

Ya recordarán ustedes que me dejaron almorzando con los inquilinos de la fonda y sufriendo los rigores de verificarlo vestido de paño, en un punto

donde á aquella hora pensaba que no habia termómetro en el mundo capaz de señalar los grados de la atmósfera; 40, 60, 100, 1.000, todo me hubiera parecido poco.

Y sin embargo, yo almorcé bien; nada ménos que diez ó doce platos sirvieron en la mesa, y ninguno se me escapó.

Me familiaricé pronto con mis vecinos, entre los que figuraban dos ó tres *matandas*, ó séase españoles ya viejos en el país, que me administraron numerosos consejos en la higiene y economía doméstica, sobre una porcion de noticias referentes á la Colonia que más adelante pude observar cuán léjos se hallaban de la verdad.

Sólo un recuerdo me atormentaba durante aquel suculento almuerzo: el precio del pupilaje, y sin embargo, cuando tuve que satisfacerlo, se redujo, con asombro mio, á un peso diario.

La mestiza fué módica en sus exigencias.

## II

Manila, capital de las islas Filipinas, se compone de dos partes esenciales. La una es la antigua ciudad cercada de murallas, que pertenecen al sistema *Vauban*, y data su construccion del tiempo de Cárlos III; murallas que hoy sólo sirven para imprimir tristeza á lo que encierran y se llama allí *intramuros*. El resto de la poblacion exterior lo forman diferentes y extensos barrios, siendo los principales Binondo, en el que se halla La Escolta, nombre de la calle donde están reunidos los mejores establecimientos del comercio europeo y chino, y centro de concurrencia de los españoles, en el cual no se encuentra, como podria suponerse, aquella famosa torre que, segun los *Tios Vivos*, de Madrid, tiene tantas ventanas como dias el año, ni se encontró nunca; Guiapo, Sampaloc, San Sebastian, Malacañang, residencia de la primera autoridad; Tanduay, Concepcion, Ermita, Malate y otros.

El número de habitantes es próximamente tres-

cientos mil, repartidos en una gran extension, cuyo perímetro puede calcularse que tendrá, por lo ménos, de siete á ocho leguas.

Los españoles peninsulares son de seis á siete mil, los filipinos unos ocho ó nueve mil, los extranjeros dos mil, de cuarenta á cincuenta mil mestizos, diez y ocho mil chinos y el resto indios.

Pocos son los edificios dignos de mencionarse como buenas obras públicas, desde el famoso terremoto del año 1863, que convirtió en ruinas el palacio del Capitan General, las Casas Consistoriales, el Arzobispado, la Catedral, Aduana y otros; permaneciendo en tal estado todos menos la aduana, que se ha reedificado bastante bien, y la Catedral, cuyas obras estaban muy adelantadas en principio de este año, cuando abandoné el país.

Los templos que más llaman la atencion son San Agustin, obra de verdadero mérito, dirigida y concluida por un hermano del célebre *Herrera*, y Santo Domingo, espaciosa y bonita iglesia, nueva, de arquitectura gótica, cuyas naves y elevadas columnas se han construido de madera, para evitar los funestos efectos de los grandes terremotos, sistema que debiera adoptarse en Filipinas para toda clase de edificaciones.

Los paseos son escasos y apénas merecen el nombre de tales, sobre todo considerando los elementos que para el objeto puede proporcionar aquella privilegiada naturaleza.

El ornato público y el sistema de policía dejan mucho que desear.

Manila está situada á los 13 1[2° de latitud Norte y 124° de latitud.

### Un paseito.

### I

A los pocos dias de hallarme en aquella ansiada poblacion, contraje lazos de amistad con un *matandá* llamado D. Hermógenes del Equinoccio, el cual fué para mí casi casi un padre.

Tenía carruaje, como se dice allí, y me invitaba todas las tardes á que le acompañara á paseo, con una franqueza y amabilidad que era imposible rehusar.

¡Cuántas cosas extrañas oí y observé entónces!

Nuestro paseo consistia generalmente en que á las cinco de la tarde montábamos en su ligera y preciosa victoria, que como otros muchos coches de Manila, se construyen con el mejor gusto, y no harian mal papel en el Prado de Madrid ó en los boulevares de Paris. El tronco, que allí llaman *pareja*, se componia de dos jaquitas negras, finas, de bonita estampa y muy semejantes por su tamaño y admirable fuerza á los *ponnys* ingleses.

El cochero y el *bata* vestian elegante librea, y D. Hermógenes, que siempre llevaba el mismo traje blanco, compuesto de levita y pantalon, sin chaleco, zapato bajo de charol y gran sombrero de *burí*, enteramente igual á lo que se conoce por jipijapa, despues de ofrecerme muy galante la derecha ó sitio de preferencia, y colocarse casi tendido en el carruaje, exclamaba: «¡*Pica*! (anda). Esta tarde veremos muchas *babays chichiricas*, porque es juéves», solia decirme. Las *babays chichiricas* eran mujeres bonitas y bien ataviadas.

Despues cruzábamos varias calles de *intramuros*, rectas y formadas con casas desiguales, desde cuyas *conchas* nos veian pasar algunas mestizas ó españolas filipinas, luciendo sus hermosos ojos y su profusa y suelta cabellera, lo que indica en ellas comunmente que acaban de salir del baño.

En cada esquina, y ántes de llegar á ella, don Hermógenes gritaba: *¡mano! ¡silla!*, lo cual significaba á la derecha ó izquierda. Del mismo modo se designan allí los caballos de la *pareja*: el de la derecha por caballo *de mano*, y el de la izquierda por caballo *de silla*.

En las puertas de la calle se veian siempre grupos de indios en cuclillas, posicion la más general entre ellos, y que les da cierta apariencia de monos ó *chongos*, como se llaman en Filipinas.

Llegábamos hasta la puerta de Parian, donde

habia siempre guardia de soldados, á cuyo aspecto no podia acostumbrarme siendo yo militar, sobre todo por la cuestion de la cabeza, en la que lucian un enorme capacete ó casco, en cuya cúspide se notaba una especie de chimenea, que ni el cañon de una estufa; todo él, por añadidura, de forma rara, fea y sumamente incómoda. Las caras de los indios, que apénas se distinguian debajo de aquellos promontorios blancos, parecian puntos negros de imprenta. ¡Satisfecho debió quedar el inventor de aquella artística tapadera!

Atravesábamos enseguida el puente de los fosos de la muralla, convertidos hace muchos años en espeso bosque de broza é inmundicia, cuyas evaporaciones y miasmas deben ser fatales á la salud pública, y ademas constante criadero de los infinitos insectos y mosquitos que infestan las casas. Hoy ya la limpieza de los fosos indicados es irrealizable, porque, segun la opinion médica y facultativa, habria gran exposicion en que se desarrollara una fuerte epidemia.

No cabe duda de que con razon nos critiquen los extranjeros en nuestra administracion y gobierno y en cuanto constituye la verdadera civilizacion; no parece sino que, conociendo todos sus beneficios, hemos formado decidido empeño en que no nos alcance.

El carruaje salia por fin á la ancha explanada que se extiende delante del célebre Puente de España, que ya les diré á ustedes por qué lo llamo célebre más adelante, y en aquellos momentos confieso que me atraia el espectáculo que se presentaba. A mi izquierda el paseo de Magallanes, en donde al fin veia algunos árboles y plantas colocadas con alguna simetría; el monumento del mismo nombre, monumento compuesto de una columna, cuya cúspide remata en una bola de flejes de hierro con aberturas, que supongo querrá figurar el Mundo, y hacia la mitad de la cual sobresalen á los costados dos esfinges. El autor debió dormir un sueño de gloria, al terminar su obra. Aquello revela de léjos y de cerca un genio colosal. Al otro lado del paseo

se veian anclados en el rio algunos vapores y distintas embarcaciones; á la derecha la fábrica de Tabacos del Fortin, de donde salian á borbotones centenares y centenares de cigarreras con sus faldas de infinitos y vivos colores lisos, á rayas ó grandes cuadros, su chinelita verde, azul ó encarnada, su *tapis* negro, especie de segunda falda muy ajustada que señala mucho las caderas, su suelta y larguísima cabellera negra, y algunas, aunque en general morenas y chatas, con el rostro bastante agraciado; sobre todo no fijándose mucho en la boca, taller continuado de una gelatina color de almazarron, compuesta de saliva, tabaco y el *buyo* tradicional. Todas fuman, y chupan grandes *puros* que allí se llaman siempre *tabacos*. Aquella muchedumbre de mujeres tomaba diferentes direcciones, pero especialmente la del Puente de España, al cual nos dirigíamos nosotros, atravesándolo despues con lentitud entre aquel gentío ó innumerables carruajes, todos abiertos, y en los que observaba alternativamente hermosas españolas, empleados, comerciantes, extranjeros, frailes ó indolentes mestizas, luciendo sus brillantes galas, la vistosa y ancha chaquetilla de *piña* bordada, y en la boca su indispensable y descomunal *tabaco*.

El Puente de España, como la mayoría de las cosas de aquel país, ha permanecido catorce ó quince años en construccion, desde que fué destruido por el terremoto del año 1863, sin que por esto suponga representar nada parecido á una obra de romanos.

Se compone de cuatro ojos desiguales de piedra, sostenidos por fuertes estribos, dos á cada lado, enlazando la fábrica largos durmientes de hierro. Su extension es próximamente de 150 metros, y la altura no permite puedan pasar por debajo embarcaciones con mástil de ninguna clase, por pequeñas que sean. Llamóse en un principio el *Puente Grande*, despues *Puente de Alcolea*, y, por último, el de *España*. Infinitos fueron los proyectos, dificultades y circunstancias especiales que tuvieron mucho tiempo paralizada esta obra, hasta que la necesidad y

los vehementes esfuerzos de los generales Alaminos y Malcampo dieron realizacion al asunto.

Cruzábamos seguidamente la *Escolta*, de la cual ya he dicho algo, observando en ella algunas tiendas de lujo, con escaparates de buen gusto completamente á la europea, varias casas con fachadas bastante bonitas y muchas tiendas de chino, que por la aglomeracion de objetos que reunian en un espacio relativamente pequeño, revelaban el espíritu económico y comercial de los hijos del Celeste Imperio.

Por último, atravesando la hermosa calle de San Sebastian, en donde recreábamos la vista observando muy bonitas casas, llegábamos á continuacion hasta el final de la calzada de *Sampaloc*, avenida espaciosa y alegre, adornada en ambos lados por algunas casitas de tabla con techo de nipa (especie de palma), bastante alegres, algunas con pequeños jardines; pero muy léjos de ofrecer el gusto de los *cottages* de *Singapoore* y *Batavia*.

En aquel extremo hacíamos alto, como los demas, por algunos momentos, que servian de descanso á los caballos, hasta que partian nuevamente con trote veloz á desandar el camino que habíamos hecho, volviendo á repasar el Puente de España y dirigiéndonos al muelle por una ancha calzada con frondosos árboles, desde la que observaba con tristeza la fachada sucia de una especie de camarin ó almacen de tablas viejas, que era el Teatro; una pequeña selva de broza, ni siquiera medianamente cercada, constituia el *botánico*; algunas casitas casi arruinadas, que me dijeron despues eran las *aguadas* de la guarnicion, con completa ausencia de flores, plantas y todo lo que puede embellecer tanto y tantísimo las poblaciones tropicales.

Cuando llegábamos á la explanada del muelle, no sin que por el camino junto á la orilla del mar nos dieran muchas veces un mal rato los miasmas de algun animal muerto ó cosa por el estilo, mi tristeza aumentaba si dirigia la vista á las negras y sombrías murallas de aquella ciudad, sobre cuyo glácis habia siempre algunos pobres artilleros espa-

ñoles que, á los acordes de la guitarra, entonaban dulces recuerdos á su patria querida, unas veces expresados por las alegres notas de la Jota, y otras por el melancólico, dulce y cadencioso canto de la *Soleá*.

¡Cuánto amor, cuánta virtud y cuánta nobleza encerraba el corazon de aquellos valientes soldados!

Allí estaba tambien ante nosotros el poético y caudaloso Pasig, sobre el que está situado Manila, extendiéndose la poblacion por ambas orillas.

Este hermoso rio nace en la laguna de Bay, punto hasta donde es navegable para pequeñas embarcaciones, y su desembocadura forma lo que puede llamarse el puerto de Manila, donde encuentran refugio los buques que no pasen de 400 ó 500 toneladas, y cuyo número no exceda de 50 á lo sumo. Es indudable que con un buen sistema de *dragas*, pues no existe más que una de las peores condiciones, sería fácil que la carga y descarga de los grandes vapores y fragatas pudiera verificarse en el rio, gozando, ademas, del abrigo que no encuentran en la extensa bahía, muy peligrosa durante los tiempos duros.

En el mismo lado, entre la muralla y el rio, se veia una pequeña plazoleta con cuatro banquitos raquíticos, un cerco de caña, y enmedio un pedestal cuadrangular de piedra y pequeñas dimensiones. Era el monumento de Anda.

Tambien aquella obra necesitó mucho tiempo y vencer muchas dificultades para llevarla á cabo el año 1876. Los fondos para su construccion existian desde 1869, y fueron recaudados por suscricion voluntaria del vecindario y por iniciativa del general Latorre.

Desde allí arrancaba el estrecho y largo muelle, en cuyo término se elevaba una farola de pequeñas dimensiones.

Cuando tendíamos la vista en aquella direccion, cambiaba mucho el panorama, presentándose ante nosotros la extensa bahía, los barcos, los vistosos colores que engalanan la puesta del sol en aquellas latitudes, y en primer término, los innumerables

carruajes que poblaban caprichosamente la ancha llanura de la playa.

Al poco rato se oia tocar oracion á las campanas de la ciudad; las gentes todas se descubrian, creo que con algo más de hipocresía, en general, que no devocion ó respeto; los *batas* encendian los faroles de los coches, y unos tras otros con velocidad extrema, cual es la costumbre, desaparecian, dejando pronto desierto aquel triste lugar, sobre el que poco despues rielaba la brillante claridad plateada de la luna de los Trópicos.

—¿Qué le han parecido á usted las *dalagas*? (muchachas)—me decia D. Hermógenes.

—Muy bien,—contestaba yo con verdadera sinceridad. Y hablando de unas cosas y de otras, nos encontrábamos pronto con el paseito terminado, en traje de chino y sentados á la mesa de la *caida*, tomando la imprescindible é higiénica *tinola*.

## Algo más.

### I

Aunque en Manila el comercio y la industria no representan lo que debieran ser, ni mucho ménos; aunque el progreso es más lento que conviene, observando que aquel inmenso centro de tan rica colonia no cuenta aún con un piso mediano para el tránsito, ni con buenas calzadas, ni con ferrocarriles, ni con tranvías, ni con fábricas, ni cuarteles, ni siquiera con alumbrado de gas, cosas todas de que están cansados sus vecinos de la China, Japon, Singapoore y Java, no por esto carece de algo bueno que contribuye notablemente al bienestar general.

En las casas se disfruta de bastante comodidad y limpieza, y la servidumbre, compuesta mayormente de indios, aunque poco agradecidos á cualquier favor que se les dispense, son, sin embargo, bastante fieles y sobre todo muy dóciles.

Uno de los principales atractivos del pueblo de

Manila consiste en el afan que tienen casi todos los indios, por pobres que sean, en mostrarse bien vestidos y muy limpios en público. Lo cual es, sin duda, un verdadero adelanto.

El mercado es abundante, los alimentos de primera necesidad no son caros, el alquiler de las casas tampoco lo es relativamente, el clima benigno y muy sano; circunstancias que permiten á los europeos vivir con cierto desahogo y cierta esplendidez, á que no se está en general acostumbrado en España por la falta de medios.

Los muebles de uso que construyen los chinos no son caros, bastante buenos y se adaptan á las exigencias del país.

El espíritu más comun en todos sus habitantes es caritativo, y los indios y mestizos ricos se distinguen por su esplendidez. Cuando uno de éstos, por cualquier motivo, celebra en su casa un *festujan*, que así denominan la fiesta, su mayor deseo y su mayor alegría consiste en que todo el mundo baile, coma, beba y se divierta. Para ello sus puertas están abiertas, y por ellas tienen siempre entrada franca y cordial acogida cuantos españoles quieren concurrir. Estos bailes, de ambigú interminable, duran desde las ocho de la noche hasta las cinco ó seis de la madrugada.

El mestizo ó el indio de Filipinas se distingue por la notable condicion de saber imitar perfectamente cualquier trabajo, objeto ó dibujo, haciendo muchas veces diferentes clases de copias que apénas se separan en el más mínimo detalle de los originales.

En la escultura muestran gran habilidad, y hoy existe en Manila una asociacion de escultores, llamada de Santa Cruz, compuesta en su mayor parte de mestizos, que ejecutan obras de verdadero mérito, sobre todo en figuras ó imágenes religiosas de marfil.

Son tambien los naturales muy aficionados á la música, para la que muestran verdadera disposicion, aunque sin traspasar nunca cierto límite, que se nivela al parecer con su falta de imaginacion.

Desconocen el gusto, sentimiento y poesía de la música; pero repito que lo que constituye los primeros rudimentos lo aprenden con rara facilidad.

Todos, ántes de llegar á poder componer, se encuentran con una muralla insuperable; pero no por tal motivo dejan de tener lo que pudiera llamarse inocentes pretensiones, casi siempre risibles, que consisten en hacer bailables los cantos más melodiosos de Mercadante ó Bellini, y en inventar las más desacordes variaciones en la música mejor reputada.

Daré á ustedes un ejemplo.

Asistia yo en aquella época todas las noches al café Zaragozano de la Escolta, en donde tocaba el piano un jóven mestizo, que no carecia de ejecucion, el cual, preguntándole en cierta ocasion qué nos reservaba para sorprendernos en aquella noche, me contestó con la mayor naturalidad del mundo:

—Señor, puedo tocar final de *Norma*, *mejorado* por mí.

El *mejorado* consistia en una porcion de variaciones extemporáneas con que asesinó aquella divina inspiracion de Bellini.

El ramo de las bellas letras tiene realmente poca importancia en Manila, ciñéndose muy poco al asunto principal que debiera representar, ó sea difundir con insistencia las propiedades y conocimientos de cuanto encierra aquella riquísima colonia, en conexion con las ciencias y su desarrollo.

Algo se ha despertado, sin embargo, la aficion en estos últimos años, mereciendo especial mencion la *Flora*, del Padre Blanco, de la Orden de San Agustin, que se publica en la actualidad por entregas de buen tamaño, buena impresion y excelentes dibujos en colores. Las obras igualmente instructivas de los señores Vidal, Jordana, Del Pan, Govantes y Lillo, así como la redaccion literaria de los señores Guerra, Mas, Vazquez Aldana, Sierra, Seco y otros.

Publícanse los siguientes periódicos: *El Diario de Manila*, tan antiguo como los conventos y murallas de la ciudad; *El Comercio*, especie de eco lejano

y vago recuerdo de *La Correspondencia de España*; *La Oceanía*, sin duda alguna el mejor redactado, y *La Ilustracion de Oriente*, periódico semanal, cuyo título indica lo que es, y que dirige mi buen amigo D. Pedro Govantes.

Ya comprenderán ustedes que la *libertad de imprenta* no se sabe lo que es en Filipinas, y que los aficionados á leer periódicos y adquirir noticias tienen que contentarse ordinariamente con leer inocentes gacetillas morales propias para los niños, largas y pomposas alabanzas de las autoridades, que son siempre las mismas para todas ellas; extensas descripciones de las fiestas religiosas, copias de sermones del Padre Fulano ó Mengano, muchas y continuadas polémicas sobre si *agua* se escribe con *g* ó *vino* con *b*, extensos comentarios del tiempo, estado de la atmósfera, calor ó frio que se siente, si debe ó no llover pronto, algunas noticias de asaltos que llevan á cabo los *tulisanes* (malhechores) en provincias con demasiada frecuencia, pronósticos casi siempre erróneos sobre la proximidad de *temblores* ó *vaguíos*, y por último, las máquinas de Singer, la Revalenta arábiga y largas listas de los libros sagrados que se expenden en la Librería religiosa.

## Un diálogo.

Cuando yo frecuentaba la casa del amable *matandá* D. Hermógenes del Equinoccio, lo hacía igualmente un íntimo amigo mio llamado Ernesto, jóven simpático que habia recorrido detenidamente todo el Archipiélago filipino, formando con su talento, nada comun, muchas apreciaciones dignas de tenerse en cuenta, sobre todo considerando su vasta instruccion, adquirida en innumerables viajes por todo el mundo. Australia, la Patagonia, el Indostan, China y la Siberia, le eran tan conocidos como Reus, pueblo de su naturaleza, y del cual repetia con frecuencia el dicho de sus paisanos: *Reus, Paris y Lóndres*.

Su buen humor, su agradable trato y su juven-

tud, tenian cautivado á D. Hermógenes, y él apreciaba en este último las cualidades de honradez, generosidad y buen corazon, que poseia en alto grado. Sin embargo, existia un punto sobre el cual diferian ambos por completo, y en el que habíanse declarado enemigos irreconciliables.

Este punto consistia en sus distintas y opuestas opiniones en todo cuanto se refiriese á Filipinas, lo cual daba lugar de continuo á diálogos animados, que yo escuchaba con verdadero interes, y muy parecidos, en general, al siguiente:

*D. Hermógenes.*—Nada, nada, querido, usted se empeña en crear imposibles. Las comparaciones que usted establece son absurdas; Manila, de donde no he salido hace cuarenta años, y los demas pueblos que componen la poblacion filipina, están bien como están, y harto han empeorado de algun tiempo á esta parte con esas filosofías y libertades modernas de que usted tanto blasona, tanto pondera y que al fin, con sus artificios malignos y políticos, han de arruinar á este hermoso país.

*D. Ernesto.*—Pero D. Hermógenes, permítame usted indicarle que...

*D. Hermógenes.*—No, señor, no se lo permito á usted, porque sus razones son extranjeras y propias de los herejes, que lo mismo en Europa que aquí están pervirtiendo á la sociedad. Esto tendrá un mal fin, un fin desastroso, un justo castigo del cielo.

*D. Ernesto.*—Pero, por las once mil vírgenes, no diga usted tantas atrocidades; hará usted que se me indigeste el delicioso café y su estimable compañera, la sin igual copita de coñac, que sobre ser excelentes, corroboran su bondadosa generosidad. ¿Qué es lo que yo he dicho para que usted se escandalice de ese modo?

*D. Hermógenes.*—¡Una friolera! Decir que es conveniente el alumbrado de gas, que sólo trae consigo innumerables y terribles explosiones que alterarian el órden natural del país; que convendrian los ferrocarriles, para que tuviesen que venir aquí muchos *ingleses* y maquinistas que irian tirando biblias protestantes por los campos desde la locomo-

tora, y pervirtiendo las sencillas costumbres de las inocentes *dalagas* y cándidos *vagun-taos*. ¡Ah! No, no lo permita Dios; ¡nuestra ruina sería inevitable!

*D. Ernesto.*—Pero alguna vez se ha de empezar; ¿quiere usted que permanezcamos así eternamente? Y la ley del progreso, ¿nada significa para usted?

*D. Hermógenes.*—Nada, absolutamente nada; además, se lo he repetido á usted mil veces, existen aquí muchos obstáculos que impiden el planteamiento de todas esas cosas que usted me indica. Aun dado el supuesto de que fuesen realmente de alguna utilidad, que no lo son, ¿qué iba usted á hacer? ¿Por dónde empezaríamos? ¡Me horrorizo tan sólo de pensarlo! ¡Bata! Tráeme media docena de *mangas* que me calmen un poco esta peligrosa sofocacion. Sirve cerveza al señor y más bizcochos. ¡No he visto chicos más salvajes que estos demonios! ¡No sé cuándo van á entender el castellano! Me frien la sangre y... Pues como le iba á usted diciendo, D. Ernesto, la civilizacion verdadera no está en la instruccion, ni en el adelanto de las costumbres, ni en... ¿Qué ruido es ése? ¿A que se ha roto otra vez el tubo del quinqué ó el *globo* de la caida? Si es lo que yo digo, entre unas cosas y otras... y luégo, ya ven ustedes, con tantas luces, la casa enteramente á oscuras.

*D. Ernesto.*—Si estuviera como yo sé, ni necesitaria usted tantas luces, ni se romperian los tubos y los globos, ni estaria la casa á oscuras, ni...

*D. Hermógenes.*—Hombre, dígame usted ese remedio pronto, amigo mio, se lo suplico, para ponerlo en planta inmediatamente.

*D. Ernesto.*—Pues consiste sencillamente en que tuviera usted la casa alumbrada con gas.

*D. Hermógenes.*—¡Gas! ¡Ah, D. Ernesto, usted no es bueno, usted me quiere matar!

Le repito una y mil millones de veces que no puede ser; falta para eso y para otras cosas, que quién sabe si yo llegaria á aceptar siquiera como un ensayo, falta quien pueda hacerlo, falta el capital, falta la iniciativa, falta que el país lo acepte, que la moralidad no se resienta.... ¡Bata! ¡*Oy*! Cosa

que no venido hoy *Choleu* (1), á hacerme el *mata-mata* (2).

*Bata.*—No sabe, señor.

*D. Hermógenes.*—Anda, ves pronto, y avisa tú con ella; *sulum* (largo), dile que ya no puedo aguantar más el *sarpullido.* No hay baños que me basten.

*D. Ernesto.*—¡Ay, mi buen amigo! ¿Conque usted es el que teme que las locomotoras perviertan las sencillas costumbres de las dalagas?

¡Qué contrastes! El deseo propio satisfecho siempre, y el imposible para la generalidad.

Afortunadamente, D. Hermógenes, no todos piensan como usted, y por el contrario, existen muchos á quienes sólo falta iniciar en el sistema, y empujar un poco hacia el principio de la obra regeneradora.

*D. Hermógenes.*—No puedo más; usted será causa de que yo me *chifle*, como dicen aquí. Hable usted, hable usted, amigo mio.

Y D. Hermógenes tomaba el tabaco que ya le ofrecia encendido anticipadamente su *bata*, y comenzaba á mecerse con pausa en la larga y cómoda butaca, sobre cuyos brazos descansaba sus cortas y robustas piernas.

Entónces se crecia mucho mi amigo Ernesto y continuaba sus peroraciones, poniéndose en pié, agitando los brazos, y mostrando, apesar de sus diez años de país, que cuando obedece el espíritu á la voluntad, nada detiene el pensamiento del hombre.

*D. Ernesto.*—Estoy seguro, señores, de que todos ustedes habrán leido las últimas noticias del continente europeo y notado, con hondo pesar, que miéntras en aquellas hermosas capitales reina el placer de la alegría, que miéntras en Paris se presencian con entusiasmo los grandes espectáculos que conmueven á la multitud, que miéntras que en nuestra querida España los festones, las guirnal-

---

(1) Nombre tagalo de mujer.

(2) Rascar el «sarpullido», erupcion propia del país, inofensiva, pero que pica mucho.

das, aclamaciones y cantos de júbilo, unidos al deleite ruidoso de la expansion popular, regocijan el ánimo de nuestros compatriotas, aquí tendidos en nuestra *cama-butaca*, contemplando las blancas espirales del humo de tabaco que escapan por la ventana para disolverse en la atmósfera, nos aburrimos soberanamente.

Y así debe ser; porque sólo es el resultado de adoptar costumbres que se nos han impuesto, y que, sin embargo, quisiéramos rechazar.

¿En dónde hallar la causa?

¿Es acaso cierto temor que infunde, y que apénas se explica, la idea de variar los *métodos y sistemas* que nos legaron nuestros antecesores, ó es realmente el efecto del *plátano*?

¿Cómo, entónces, no carece el comercio de la actividad que su desarrollo exige?

¿Cómo funcionan á impulsos del deber los diferentes ramos de la administracion?

¿Cómo se ejecuta fácilmente todo lo que es indispensable?

No, no es el país ni sus condiciones lo que promueve el *imposible imaginarlo*, y sí nuestra falta de espíritu civilizador y nuestra voluntad vergonzosamente débil.

En ninguna poblacion del mundo que encierre los elementos de Manila existe ni se conoce una inaccion y falta de vida semejante.

¿Qué debemos hacer, pues?

Cooperar unánimes con nuestras fuerzas intelectuales y materiales á la inmediata ejecucion de cuanto represente algun adelanto en las ciencias, en las artes, en la enseñanza, en la vida social de los pueblos civilizados, bajo cualquier prisma que se presente, y por poca significancia que tenga, sin temor á la *crítica egoista* de aquellos cuyo único fin es el *interes particular*.

Asociemos todos los medios para tan laudable objeto, y hagamos que dentro del más breve término posible no causen en Manila inexplicable extrañeza los nombres de Biblioteca Nacional, Academia de enseñanza gratuita, el Museo Arqueológico, Jar-

din Zoológico y Botánico, el Ateneo, el Casino, el Círculo, el Conservatorio, el Gabinete de física, la Exposicion, el Teatro, los Campos Elíseos, el Concierto clásico, el Observatorio, el Concurso, la Reunion, la Sociedad coral é instrumental, el Circo, el Hipódromo, el Café cantante y el Café al aire libre, etc., etc.

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritaba yo sin poderlo remediar.

—¡Basta, basta!—repetia D. Hermógenes.—No quiero oir tanto sacrilegio y tanto desatino. Háganme ustedes el obsequio de coger cigarros y esperarme un momento. Voy á vestirme y saldremos á paseo, para ver las dalagas y la puesta del sol en el malecon. ¿No es eso mucho mejor, señores?

Así terminaban aquellos diálogos. Siempre con un motivo más de agradecimiento á D. Hermógenes, que, pese á sus manías, era un buen hombre y buen español en toda la extension de la palabra.

## Un viaje.

### I

Habia pasado mucho tiempo.

Ya era yo casi un *matandá*. Me bañaba diariamente, gastaba chancletas, vestia sin chaleco, me dormia tendido en una butaca mecedora con los piés colocados encima de una mesa ó sobre el alféizar de la ventana, comia *morisqueta*, *achara* (1), *pansit* (2) y *manga salada* (3). El *bata* me encendia el cigarro, que era siempre *puro* y bueno. Llamaba á los criados sin moverme de mi sitio, bien exclamando *¡Oy!* ó *¡Uno!* sin jamas emplear el nombre de ellos.

---

(1) Embutidos de pepinillo y otros frutos en vinagre.

(2) Plato chino compuesto de fideos gruesos de arroz, carne, tocino y otros adherentes.

(3) La indicada fruta, verde y con sal.

Entendia algo del *tagalo* é *ilocano*, principales dialectos de Luzon, y hablaba con arreglo á la forma usual del país. Si se me pedia parecer, contestaba *usted cuidado*; si se me preguntaba por Fulano y había salido, decia *marchó*. Comprendia perfectamente ciertos modos castellanos de los indios, como *Señor tiene pero no hay*, *tiene que haber*, *venir*, *andar ó coger siempre*; usaba en la conversacion con mis amigos diferentes palabras del pais, como *bahay*, casa; *bayan*, pueblo; *tao*, hombre; *babay*, mujer; *mabuti*, bueno; *masamá*, malo; *alicá*, ven; *sulum*, etc., etc.

Sabía muy bien por qué son pobres en Filipinas los *banqueros*, por qué se comian los *chicos*, por qué se chupaban las *mangas*, andaban los *paraos*, y otras muchas cosas por el estilo.

Cuando me constipaba hacía uso del *tinsin* de la luz para metérmelo por la nariz y estornudar; cuando tenía cualquier dolor hacía que me *sobaran* la parte dolorida, me purgaba con *aceite de coco*, y hasta no me disgustaba el que me hicieran el *mata-mata*, dulce rascar privilegiado de los naturales, de que ya he hablado.

Dormia mucho, tomaba *papaya* (1) en la *tinola* y me gustaban extraordinariamente los plátanos, que ya me habian *aplatanado* casi por completo.

Por último, aborrecia los cuellos postizos, los corchetes, los botones, la corbata y las botas, adorando en cambio el voluptuoso y ligero *traje chino*, de que tengo hecho mencion; fumaba de continuo excelentes cigarros, dormia en hamaca y hacía uso del *rascador*, consistente en una varita que tiene en el extremo cinco deditos de marfil dispuestos siempre á rascar cualquier sitio que pique.

El dignísimo capitan general de las islas, don Juan Alaminos de Vivar, cuyo benigno y acertado mando dejó entre todos los hijos del país un imperecedero recuerdo, que consignaron apellidándole

(1) Especie de calabaza que se supone enfria el temperamento físico. Cuando se acostumbra uno á todo lo del país, se el suele llamar «papaya».

*D. Juan Mabutti*, ó sea D. Juan el Bueno, acababa de partir para España, enmedio de la ovacion más espontánea de sentimiento que jamas he presenciado en aquel país.

Yo habia sido nombrado gobernador P. M. del distrito de Benguet, situado en el interior de Luzon, y comenzaba á ejecutar mis preparativos de viaje.

## II

No es fácil suponer al que no haya pasado por ello lo que representa en Filipinas el cambio de destino ó necesidad de trasladarse de un punto á otro, para cualquier militar ó empleado, sobre todo en las clases subalternas.

Para formarse una leve idea, basta saber que ántes de emprender mi marcha tuve que reunir lo que vulgarmente se dice *hacerse con un buen rancho*, y que consistia, poco más ó ménos, en lo siguiente:

Cuatro sacos de galleta, seis idem de harina, dos barriles de vino tinto, dos idem de cerveza, cuatro arrobas de anisado, cuatro cajas de petróleo, cuatro idem de velas de esperma, una idem de embutidos, ocho jamones en lata, seis cajas grandes de latas de conserva, dos arrobas de aceite, dos idem de vinagre, cuatro idem de azúcar, seis tinajas de manteca para guisar, un cajon con quesos y salchichones, una caja de frascos de dulce, dos latas de pimenton, una caja con pimienta, laurel, clavo y cominos; doce botellas de salsa inglesa, cuatro idem de carí, cuatro arrobas de jabon comun, dos cajas de idem para tocador, una idem de agua Florida, etc.

Ademas de lo cual, que todo era indispensable, habia que agregar un inmenso surtido de cacharros de cocina, mil y un enseres domésticos, vajilla, cristalería, muebles y un grandioso equipaje de ropas.

¡Cargué un barco! Y todo fué conducido por mar con anticipacion al puerto de *Aringay*, en la provincia de La Union, punto de la costa más inmediato á aquel á que yo debia trasladarme.

Presté mi juramento en la Audiencia, en el Gobierno general; di los doscientos mil y pico de pasos y paseos que hay que dar en tales casos, firmé los pagarés correspondientes á aquellos empréstitos forzosos, pues ya calculará cualquiera que yo no debia poseer fondos que guardasen proporcion con tan inmensos gastos; me compré un baston de mando (eso era lo principal), equipé convenientemente á mi familia, busqué cartas de recomendacion en los conventos para los reverendos curas párrocos de los pueblos que debia cruzar en el largo trayecto que recorreria hasta la *ínsula* que tan bondadosamente se me habia confiado, púseme de acuerdo con mi muy querido amigo D. José Iturria, que habia sido nombrado alcalde mayor de la provincia de Pangasinan, para hacer juntos el viaje, y me dispuse á partir en breve.

## III

El dia 5 de Abril de 1874, á las siete de la mañana, el vapor *Isabel II*, atracado al muelle de la Capitanía del puerto, mostraba su cámara de cubierta llena de pasajeros. El movimiento de los chinos cargadores y distintas personas que entraban y salian, los unos conduciendo efectos, los otros con objeto de despedir á sus amigos, y otros tan sólo por curiosear, oficio que no deja nunca de entretener á muchas gentes, daba al lugar un aspecto bastante animado.

En la cámara veíase á mi amigo Iturria, su bondadosa y distinguida señora, Rafael, que ya sabrán ustedes quién era; mi familia, y tambien me veia yo, porque enfrente del divan en que me hallaba sentado se señalaban los raros detalles que me componen, en un gran espejo.

Aquel salon al aire libre, con sólo el techo sostenido por una galería abierta, era el más adecuado para el objeto á que se le destinaba. De otro modo, la aglomeracion de personas, el humo del tabaco y el calor, que era intenso, hubieran concluido con nosotros.

Rafael, vestido todo de blanco y colocado en el centro, agitaba un enorme *pay-pay*, y establecia poderosas corrientes de aire. Creo que algunos pasajeros, sobre todo las señoras, bendijeron su nombre.

Rafael era extremadamente obsequioso, alegre y divertido, muy gordo y sobrino de mi amigo Iturria.

Desde el Tajo de Ronda se arrojó enmedio de las islas Filipinas, donde cayó muy bien, pues allí vive en sus glorias; todos le conocen, los indios le respetan, las indias le sonrien, es muy querido y hace mucha gracia, porque la tiene.

Sintiéronse de pronto dos estridentes y agudísimos silbidos de la máquina. El pasaje se conmovió, empezaron las despedidas, besáronse las mujeres y los niños, huyeron los cargadores, los curiosos se dirigieron precipitadamente al muelle, desembarazóse aquella Babel, y el vapor... permaneció como estaba.

¿Qué sucede? ¿Por qué no se mueve el barco? ¿Se habrá descompuesto la máquina? Estas y otras preguntas se sucedian rápidamente á bordo, miéntras Rafael reia con estrépito, tapándose la cara con su gran *pay-pay*, que venía á ser casi un biombo.

Todo fué una excelente broma suya, en la que, mostrando mucha habilidad y potencia de pulmones, contribuyó á despejar la sala y que no acabáramos de achicharrarnos.

Poco despues la cosa iba de veras; el vapor empezó á morder las aguas con su hélice, haciendo experimentar la vibracion que hace siempre exclamar á todos... ¡*ya andamos*!

Nos dispusimos á salir de la embocadura del rio Pasig y atravesar la blanca superficie de la bahía de Manila, que con tal color se presentaba entónces reflejada por el sol de la mañana.

Al S-O. y larga distancia, veíase la costa de La Pampanga, hacia la cual nos dirigíamos.

La perfecta calma del mar, la construccion especial de aquel ancho vapor de rio, cuyos movimientos apénas se hacian sensibles, y la ligera brisa que azotaba nuestro rostro, produciendo la más grata sensacion que puede experimentarse en los paí-

ses donde el calor es tan excesivo, producian un bienestar general al pasaje, que se revelaba con síntomas de este género: Rafael habia cogido un cesto de mi propiedad lleno de excelentes bizcochos, y los repartia con desprendimiento notable, entre las señoras primero, y despues entre todo el mundo. Pero esto lo hacía riéndose mucho, con la boca llena, y dejando el cesto pronto reducido á no contener otra cosa que algun oxígeno é hidrógeno.

Los hombres charlaban todos á la vez, y los indios y las indias, aglomerados por toda la cubierta, los unos sentados en cucillas, su posicion favorita, y otros sobre el *tampipe*, especie de cesto rectangular con cubierta hecha de la hoja del *burí*, y que les sirve de maleta de viaje, escuchaban embelesados á una *babay* de *Cavite* que, acompañada en la guitarra por un *vagong-tao*, cantaba el melancólico *Cundiman*, cancion popular de Filipinas, cuyas largas y pausadas cadencias son eco fiel de la música árabe.

Sobre la mesa central del salon se veian botellas de cognac, ginebra y anisado, compañeros perpetuos y peligrosos para la vida del europeo en la region de los Trópicos.

A la hora de navegacion, empezó á destacarse el fondo de colinas de la costa, su eterno verdor y los bosques de cocoteros.

Aquellas ondulaciones se perfilaban, produciendo la armonía protuberante de los espectáculos de la naturaleza que habia ya presenciado en el estrecho de La Sonda, y que nunca podia olvidar.

Me sentia feliz, no me canso de repetirlo; cuando se conocen los paisajes vírgenes, grandiosos y divinos que se desarrollan cerca del foco vivificador de la línea ecuatorial, la imaginacion y el sentimiento se identifican con aquella sublime poesía de Dios, adorando tan grandiosas bellezas, que con nada pueden compararse.

Embebido en la contemplacion de aquel paisaje, me llamaron para almorzar.

Efectuóse esta operacion indispensable sin otra cosa que haber sido bastante malo, escaso y peor servido. El pobre Rafael, que ocupaba un extremo

de la mesa y á quien nunca llegaban los platos que se servian, se aprovechó de un queso de bola que tenía enfrente, de tal manera, que cuando el mozo de cámara fué á cogerlo para repartir á los demas, se encontró el queso hecho un farol veneciano.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Penetramos en el rio de La Pampanga, cuyo curso variado entre magníficos manglares, especialmente de *nipa*, ofrecia las más bellas perspectivas á cada momento, aproximándonos insensiblemente al término de aquella jornada, que lo era el pueblo de *Guagua*, donde poco despues desembarcamos.

Saltamos á tierra cerca de una plaza donde ya, de órden del alcalde de la provincia, Sr. Feced, nos esperaban dos carruajes para Iturria, yo y nuestras familias.

Dispusimos se sacaran los nuestros, que venian en el vapor, así como los equipajes, al cuidado de todo lo cual quedaron varios criados y *batas*, montamos seguidamente en los coches indicados y salimos en direccion de *Bacolor*, capital de la provincia, que se halla próximamente á una legua de distancia.

## IV

La Pampanga, situada al Norte de la provincia de Manila, es una de las más ricas é importantes de Filipinas, y su poblacion asciende á cerca de 250.000 almas.

Mi amigo el Sr. Feced nos recibió á todos con su galantería y amabilidad acostumbrada, cediéndonos inmediatamente las mejores habitaciones de la *Casa real*, como se llama en Filipinas el edificio destinado para la residencia del gobernador de la provincia.

Dos dias pasamos á su lado, disfrutando de su bondadoso trato y sumamente satisfechos con los obsequios que nos dispensó.

Como anfitrion, el Sr. Feced es una notabilidad, y por consiguiente, la mesa era asunto que reunia muchos atractivos que no dejamos nunca de aprovechar. Paseamos al fresco por la magnífica azotea de la casa, jugamos al billar en la sala que tiene destinada al objeto, tuvimos música, muchas visitas, comimos y bebimos mucho, y por consiguiente, nos divertimos con exceso.

Rafael estuvo sublime, y á todos nos causó un verdadero sentimiento cuando en la noche del segundo dia nos participó que sentia tener que comunicarnos la necesidad en que se hallaba de abandonarnos y volverse á Manila.

Nos deseó á cada uno un paraíso de dichas y felicidades, estrechó con la mayor efusion á su tia, dijo con mucho salero tres ó cuatro gracias que nos hizo despedirle con la risa en los labios, y partió corriendo, saltando, gritando y blandiendo en todas direcciones su enorme é inseparable *pay-pay*.

A la madrugada del dia siguiente partimos nosotros tambien en direccion del pueblo de Angeles. Aunque la *calzada* era malísima, como desgraciadamente lo son en general todas las del país, el paisaje que recorrimos era precioso. Las hermosas y frondosas *mangas*, los esbeltos y elevados *cocos*, que cruzaban arriba sus elegantes palmas, produciendo, á impulsos del aire, murmullos que parecen el lenguaje propio de las plantas; los flexibles *lanzones*, cuyas ramas se doblegaban hasta formar casi un círculo con el peso de sus numerosos racimos de esa fruta exquisita, cuya apariencia es la de uvas de gran tamaño, y á la sombra de aquel variado y espléndido ramaje, las casitas de *caña* y *nipa*, modestas y sencillas, pero siempre limpias y poéticas, adornando alternativamente ambos lados del camino, extasiaban el pensamiento.

Cuando cruzábamos con rapidez por delante de las mencionadas viviendas, sus humildes habitantes nos contemplaban con aquella impasibilidad y fijeza tan peculiar de los indios, sobre cuya fisonomía es harto difícil graduar las impresiones que reciben. Los muchachos gritaban cuando nos veian,

formando su coro de voces infantiles y agudas, completamente ininteligibles.

Más tarde comprendí que exclamaban: ¡*Magandang árao pó*! ¡Buenos dias, señor, ó señores!

Cuatro caballos arrastraban con ímpetu cada carruaje, salvando como por encanto los frecuentes baches de la *calzada*, guiados por los indios que, haciendo de *jokeys* á la *Dumont*, manteniendo un movimiento continuo de piernas contra los ijares de los caballos para estimularlos en su carrera, dejando flotar al mismo tiempo los faldones de su camisa de variados colores, é incitándoles con voces, silbidos y caprichosos movimientos propios de su ligereza, imprimian á aquella ruta, tan original para mí, el aspecto más nuevo y delicioso.

Cuando hubieron trascurrido dos ó tres horas de aquel entretenido viaje, durante el cual no podia calcularse el tiempo que empleábamos en recorrer las distancias, ocupada toda mi atencion con las bellezas que forzosamente me entretenian, llegamos á la entrada de Angeles, la cual sólo se distinguia por una especie de cobertizo ó arco de cañas, techado con un poco de nipa, y en uno de los lados del cual se veia como una plataforma pequeña, construida asimismo de caña entrelazada, donde descansaban dos ó tres indios con blusa azul, pantalon arremangado, cinturon negro y *salacot* (sombrero del país), forrado de tela blanca, sobre la cual en letras negras se leia el nombre de *Angeles*.

Aquellos hombres armados, el uno con lanza, otro con fusil antiguo de chispa, y otro con un *talibon* (especie de cimitarra, con todo el peso y anchura en el extremo de la hoja), y los cuales se pusieron en pié al divisarnos, eran *cuadrilleros*, fuerza cívica del país que depende de los ayuntamientos y que no deja de prestar muy buenos servicios en los pueblos. Por bajo del techo se veia colgado un gran trozo de *tronco hueco*, que se llama *balalong*, y sirve á modo de campana para dar aviso de cualquier novedad que notan los vigilantes. Los hombres y los objetos que componen aquella especie de cuerpo de guardia reciben el nombre de *Ban-*

*tayan*, y al que está de centinela se dice que está de *bantay*.

A corta distancia del mencionado *bantayan* penetramos en la plaza del lugar, que era como son en general todos los de Filipinas.

La plaza grande, desigual y sin género alguno de ornato público. La yerba del suelo, llamada *zacate*, crecia á satisfaccion y servia de pasto á varios *carabaos*, caballos, cerdos y gallinas que pululaban en ella. A un costado estaba la iglesia con elevadas paredes de ladrillo y cubierta con techumbre de zinc, falta completamente de todo arte ó gusto arquitectónico; á su lado una magnífica y espaciosa casa parroquial para el Padre, como se denomina allí siempre al cura ó fraile; enfrente, y en el lado opuesto, el *tribunal* ó ayuntamiento, casi siempre de fatales condiciones y peor efecto; escuela, si la hay, y algunas casas, casi siempre las más importantes. Desde allí parten las calles, generalmente anchas y rectas, formadas por los cercos de caña de las viviendas, que á su vez están separadas unas de otras con solares independientes, y donde abundan por lo comun numerosos *plátanos* y *bongas*, palmera que da el fruto así llamado y que constituye uno de los tres componentes del *buyo*, que con tanta aficion mascan los hijos del país. Los demas componentes son la cal viva y la hoja de la enredadera que llaman *buyo*.

Los más aficionados añaden á la preparacion un pedazo de tabaco.

Descansamos para almorzar en el *tribunal*, lo que se efectuó con las excelentes provisiones que tenía preparadas al efecto la amable esposa de Iturria, y que consistieron en buen jamon en dulce, pavo trufado y otras tonterías por el estilo. Las libaciones de Jerez y Montilla fueron bastante numerosas, y yo, completamente distraido y encantado de cuanto presenciaba, me comí, segun me aseguró despues mi mujer, más de medio pavo y sobre dos docenas de exquisitas *mangas*.

Comprendí entónces que la poesía no está reñida con las necesidades del estómago, y que los indis-

pensables banquetes de nuestros hombres políticos tienen cierta razon de ser.

Mudóse el tiro, se cambiaron los conductores, y volvimos á partir de nuevo.

La hermosísima vegetacion de aquellos campos era siempre la misma, y el camino un poco peor; lo cual no se comprendia que fuera posible.

Entónces marchábamos hacia Tarlac, cabecera del distrito del mismo nombre, que pertenece al mando militar, y á cuyo punto llegamos á las cuatro de la tarde, alojándonos en la Casa Real, donde nuevamente fuimos obsequiados y agasajados en extremo por el gobernador Sr. Guillen y su apreciable señora.

Allí tuvimos que hacer noche, y como la casa no era muy espaciosa, se destinó la mejor habitacion para las señoras, y los hombres dormimos todos en amable consorcio sobre sencillos *petates* tendidos en el suelo, teniendo cada uno dos almohadas y su correspondiente *abrazador*, dándonos por completamente satisfechos.

Dejamos abiertas las *conchas* ó ventanas, y con el delicioso fresco de la noche, dormimos todos perfectamente bien hasta las tres de la madrugada que nos despertó Iturria, director y jefe de la expedicion, para continuar el viaje.

Como las señoras se retardaron bastante, mi buen amigo exclamó:—¡*Impertinensias... del sexso*!

Iturria era de Ronda.

## V

Como se ve, las únicas interrupciones de aquel rápido viaje no podian ser ni más agradables ni más baratas.

Al lado del placer está sin embargo el dolor, y yo debí ser aquella mañana un ejemplo vivo de la razon del aserto.

Mi mujer habia subido al coche de Iturria, con objeto de ir juntas las señoras, miéntras aquél se entretenia en guiar los caballos.

El piso era malo y arenoso, y avanzábamos poco en direccion del pueblo de *Panique*.

Sin saber cómo, contemplando extasiado los objetos que nos rodeaban, habíame yo quedado con mi carruaje algo retrasado, cuando de pronto se paró éste con las ruedas estancadas. Los dos conductores se bajaron, y con mi ayuda hicimos los mayores esfuerzos para salir de aquel atolladero. Trabajo inútil, pues los caballos no podian materialmente arrancar, y se hallaban sofocados y rendidos.

El calor era fuertísimo, y mis poros despedian gruesos chorros de sudor; dirigí una mirada en torno mio y me encontré en un desierto (1) con dos *indios*, que sólo contestaban á mis preguntas continuadas y á mis exigentes órdenes con la muletilla característica de *no puede, señor*, y con cuatro sombras de caballo, cuyas cabezas besaban el suelo, y parecian muy próximos á entregar su espíritu á quien lo quisiera tomar. Dos horas hacía que, despues de no encontrar remedio humano ni divino que me salvase de aquella horrible situacion, subí al coche y me coloqué en la actitud del que, desesperado, aguarda algun acontecimiento inesperado ó imprevisto que altere lo inalterable.

De pronto mi mano tropezó con un objeto duro. Era la escopeta, que siempre llevaba al lado. Una idea quizá estrambótica acudió á mi mente, y traté de ponerla inmediatamente en planta.

Recordé que al enganchar en Angeles el tiro delantero habian dicho que el caballo de silla era loco, y decidí impresionar á aquel animal y ver si su locura me podia servir de algo; para cuya prueba pegué un par de gritos feroces, hice á los conductores que al mismo tiempo agarraran los rayos de

(1) Casi todo el centro del distrito de Tarlac, en la direccion de Sur á Norte, que era la que llevábamos y siempre próximos al litoral, está formado por un suelo arenoso y árido, por el cual sólo el tránsito ha señalado camino.

las ruedas procurando darles vuelta, y disparé simultáneamente los dos cañones del arma.

El resultado de la estratagema superó con mucho á mis deseos, pues por un movimiento brusco y repentino, los caballos arrancaron, y yo, temeroso de que volvieran á estancarse, y recordando que allá en mi juventud habia aprendido en Andalucía á vocear y arrear las mulas de la galera de un tio mio, armé tal jerigonza gritando con toda la fuerza de mis pulmones, ¡*ráa... ráa... pulinaria... ráaaa*!... y otros términos que no son para escritos, que cuando quise cerciorarme del efecto causado, me encontré poseido del mayor espanto, pues los cuatro caballos corrian desbocados llevándome solo, y amenazando estrellarme á cada instante.

Fué una especie de vértigo ó sueño revestido de extrañas imágenes é imponentes visiones.

Vi carrozas del Olimpo que cruzaban las nubes, á Mazeppa sobre el caballo salvaje precipitarse por hondos barrancos, trenes que chocaban y descarrilaban enmedio del estrépito que producian al estallar las calderas de las locomotoras, mujeres que se habian arrojado desde el Viaducto, torre de San Pablo y Pirámides de Egipto que aún permanecian flotando por los aires lanzando agudos y lastimosos gritos, abismos insondables donde caian diligencias llenas de pasajeros, y por último, vi la plaza del pueblo de *Panique*, y en la puerta del *Tribunal* á Iturria, su familia, mi mujer y el cura del pueblo, que, creyéndoles sumidos en la mayor desesperacion, me esperaban tranquilamente, tomando chocolate con *broas* (bizcochos).

Los caballos, locos y desbocados, tuvieron el raro talento de detenerse de repente y casi junto á mis amigos, como diciendo: *¡Aquí le tienen ustedes!*

El chocolate me repuso pronto de aquel terrible susto.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

*Panique* es un nombre que significa murciélago. Esta especie de mamíferos volátiles abundan mucho en las islas, y ademas de existir diferentes clases,

alcanza fabulosos tamaños. Es fácil encontrar algunos que miden próximamente un metro de extremo á extremo de sus alas.

En las provincias de *Leyte*, *Samar* y *Bohol*, en Visayas, se encuentra una especie de esta familia, sumamente notable y tambien de grandes dimensiones, llamado el *cahuan*, cuya piel es muy apreciada, atendiendo á la extraordinaria finura que la constituye, y sus preciosos y variados colores de ceniza azulado, negro brillante y hermoso rubio claro y oscuro.

El *cahuan* tiene los patas adheridas á dicha piel, sobresaliendo tan sólo la garra, con la que se cuelga de las ramas de los árboles, presentando el aspecto de una bolsa. Al abrigo de dicha piel, que abre y cierra á merced, traslada sus hijuelos de un punto á otro.

## VI

Aquella tarde llegamos á *San Miguel de Camiling* pueblo grande y rico, despues de cruzar para entrar en él un extensísimo puente, construido todo de caña sobre piés de coco, en el ancho rio del mismo nombre. Parecia inverosímil que los carruajes pasaran sin inminente peligro aquella obra tan ligera y atrevida, que se cimbraba y crujia por todas partes, amenazando romperse en mil pedazos.

Todos los puentes en las provincias se construyen generalmente del mismo modo, y yo he adquirido el convencimiento de que Filipinas disfruta para esta y otras cosas de una providencia especial.

El viaje continuó sin incidentes notables hasta *Gerona* (1), en donde la tardanza en adquirir caballos nos detuvo mucho tiempo. Dificultades imprevistas retuvieron mi carruaje despues de partir Iturria, encontrándome rodeado de más de mil indios

(1) En esta parte del distrito se reunen con frecuencia numerosos «tulisanes» ó malhechores.

en aquel pueblo de muy mala fama en cuanto á sus virtudes sociales, con sólo mi mujer y el *bata*.

Todo eran obstáculos, pues los caballos no tiraban, los postillones no aparecian apesar de repetidos llamamientos, los indios contentábanse con mirarnos impasibles y exclamar de cuándo en cuándo: *No puede señor*, *no sabe señor*.

Estas cosas desesperan á los *vagos*; pero yo, que conocia el gran resorte para las situaciones difíciles en aquel país, me dirigí á todos los indígenas que me rodeaban, gritando y enseñándo un bolsillo de dinero:

—¡Aquí teneis veinte pesos para los que dentro de una hora me pongan en *Malasiqui*!

Una chispa eléctrica no hubiera causado tan rápidos efectos como mi sencillo discurso.

Cinco minutos despues partia el carruaje con gran velocidad, arrastrado por diez caballos, sus correspondientes conductores y una escolta de doce ó catorce indios montados, con *juepes* encendidos, ó sean hachas de caña, pues la noche era profundamente oscura.

Corríamos de un modo admirable, y apesar de tanta luz, sólo distinguia los objetos más inmediatos, y los conductores y caballos iluminados por el color rojizo de las hachas. Mi mujer, rendida del cansancio natural del viaje, despues de haber contribuido con el miedo natural que poseia á que yo tampoco las tuviera todas conmigo, se quedó dormida.

Los detalles de aquella carrera por entre árboles corpulentos y espesos, cuyo ramaje se cruzaba formando compacta bóveda al camino; el crujir de los flexibles puentes que pasábamos volando pero sin verlos; el silencioso desierto que comprendí nos rodeaba, el desconocimiento completo de la buena ó mala fe de aquellas gentes y la densa oscuridad de la noche, ofrecian un cuadro fantástico y extraño que nunca olvido.

Los indios cumplieron su palabra, pues al terminar el tiempo que yo habia señalado, nos detenímos en el *tribunal de Malasiqui*, cinco minutos

despues de llegar Iturria, el cual me confesó habia experimentado un poco de *canguelo*. Yo cumplí con los indios, entregándoles la cantidad prometida. Entónces se me informó que la escolta que me habia conducido tan perfectamente se compuso nada ménos que de *tulisanes*.

En Filipinas no son raros estos sucesos imprevistos por el viajero.

Desde aquel pueblo empezaba la rica provincia de Paugasinan, y allí debíamos separarnos mi amigo Iturria y yo, pues él se dirigia á *Lingoyen*, la *cabecera* ó capital, y yo al dia siguiente tenía que salir por distinto camino hacia la provincia de La Union.

Efectuóse así, y para no cansar al lector con relatos idénticos á los que llevo escritos referentes á aquel viaje, añadiré tan sólo que despues pasamos por los pueblos de *San Fabian, Magaldang*, *Santo Tomás, Agóo* y otros, todos de una misma especie y configuracion, distinguiéndose sólo los caminos, que eran mucho mejores, llamándome aquello extraordinariamente la atencion, pues parecian carreteras de Europa perfectamente formadas con sus cunetas de desagüe, lomo y capas de grava apisonada. No es posible negar que esta clase de trabajos resaltan siempre en las provincias de mando militar, como acontece igualmente con el servicio y órden de auxilios en los *Tribunales*.

La provincia de La Union, situada entre las de *Pangasinang* é *Ilocos Sur*, en la costa del mar de China, es una de las pocas cosecheras de tabaco bastante bueno, aunque no tan excelente como el de *Cagayan* y *La Isabela*.

Sus campos son preciosos y fertilísimos, pero los habitantes apénas pueden aprovechar la riqueza y frutos que su suelo ofrece, agobiados por las exigencias forzosas y mal entendidas de la siembra del tabaco que sobre no dejarles libertad para nada, redunda el beneficio sólo en provecho de unos pocos. Como el pago que hace la Administracion de aquel producto se efectúa siempre con dos ó tres años de atrasos, resulta que venden los indios á ínfimo precio las *papeletas* ó recibos del Gobierno con anterio-

ridad á los *comerciantes*, que saben explotar esta circunstancia.

Dícese, sin fundamento alguno, que en Filipinas no es posible que pueda viajar un militar ó empleado sin hacer uso de la hospitalidad que ofrecen los conventos de los pueblos. Esto es un absurdo, y buena prueba de mi aserto es que acababa yo de recorrer media isla de Luzon sin necesidad de causar tales molestias á los reverendos padres, para quienes, sin embargo, llevaba cartas de recomendacion, como dije al principio, y que para nada utilicé.

Lo único que hay necesidad de hacer es abonar los gastos que se ocasionan en los *Tribunales* con un poco de exceso sobre los precios de arancel, repartir algunas propinas, tener un poco de paciencia con la calma de los indios, y entónces, si no muy bien, se viaja, sin embargo, medianamente, y se siente la satisfaccion natural de no tener que agradecer lo que se exige con dinero y con la ley.

Se nota, sin embargo, la necesidad de hacer que las pequeñas autoridades indígenas respeten algo más á los españoles.

## VII

El dia 6 me hallaba alojado en casa del *capitan pasado* (1), D. Francisco Baltasar, mestizo español, persona pudiente y excesivamente bondadosa, del pueblo de Aringay, al cual habia sido recomendado, y que nos recibió con excesiva galantería. Diónos la mejor habitacion, y se desvivió por complacernos.

Aringay es un hermoso pueblo situado cerca de la costa al borde de una extensa y preciosa playa, donde las mansas olas del mar bañan el pié de los altos cocoteros. Allí tenía ya reunido mi enorme equipaje, y debia esperar la bajada de los *igorrotes* para subirlo á Benguet, ó sea á la *cabecera* de la pro-

(1) Así se llaman en el país los individuos que han ejerdo el cargo de gobernadorcillos ó alcaldes de pueblo.

vincia que yo iba á mandar, y para cuyo efecto estaba oportunamente advertido mi antecesor.

El trato selecto y desprendido del Sr. Baltasar, así como el haber puesto á nuestra disposicion su magnífico carruaje nos proporcionó á mi mujer y á mí unos cuantos dias alegres y placenteros, disfrutando de los deliciosos paseos de aquellos contornos.

Imposible fué hacer que aceptase retribucion de ningun género.

La casa de D. Francisco Baltasar en Aringay es la espléndida y gratuita posada de cuantos españoles pasan por aquel pueblo.

El dia 12 habíame levantado de la cama muy cansado, como suele acontecer en Filipinas á causa de la dureza de la misma; eran sólo las seis de la mañana, y tumbado sobre una butaca larga de china, colocada paralelamente á las *conchas*, dirigia mi vista hacia la plaza, cuando me sorprendió la algazara que producian una porcion de extrañas figuras, casi en estado primitivo, mostrando sus atléticas formas, desprovistas de toda clase de vestido, si se exceptúa un pequeño *taparabo*, formado con una manta oscura arrollada, que se llama en ilocano *bajaque*. Aquellos señores de color cobrizo pronunciado, largas melenas de pelo sucio, labios gruesos, de ojos saltones y muy negros, que fijaron unánimes su vista en mí al asomarme, riéndose y haciendo mil gestos diversos, eran los *igorrotes* de Benguet. Así vino á anunciármelo poco despues el capitan Baltasar, y empezaron los preparativos para emprender la marcha. Se me dijo que mi equipaje estaba ya en camino, y que aquellos *igorrotes* eran tan sólo los *hamaqueros*, ó séase los que debian llevarnos en andas.

Nos despedimos de mi buen amigo Baltasar y nos acomodamos en sillones de bejuco, anchos y confortables, que sostenian dos cañas fuertes y largas amarradas á los costados, ademas de su correspondiente toldo para evitar la incomodidad de los rayos solares.

Cuatro robustos *igorrotes* sostenian la *hamaca*

por los extremos de las cañas, que apoyaban tan pronto en el hombro como en la cabeza. El palanquin resultaba de notable elevacion, y cada uno de aquellos aparatos tenía destinados ocho *igorrotes*, con objeto de poderse relevar de cuándo en cuándo.

Pronto comprendí la necesidad de la *hamaca*, pues apénas hacía una hora que andábamos cuando ya nos vimos obligados á atravesar anchos rios con más de una vara de agua, y veredas difíciles y escabrosas que parecian sólo accesibles á la firme planta de aquellos salvajes.

Nos dirigíamos hacia Galiano, y nos internábamos en un país montuoso, ascendiendo siempre gradualmente, y contemplando á nuestro alrededor magníficos bosques con árboles que cada vez se presentaban más compactos y corpulentos. De cuándo en cuándo aparecia alguna planicie ó claro, donde paraban los *igorrotes* para descansar, y sobre todo en los puntos donde algun cristalino arroyuelo se prestaba á mitigar la sed producida por el fatigoso trabajo que ejercian y el intenso calor de la mañana, ya muy avanzada.

En uno de aquellos altos pudimos alcanzar á los cargadores del equipaje que, como dije, habian partido con anticipacion, al cuidado de cuatro ó seis *cuadrilleros indios*.

Los baules, cajones y demas efectos los conducian la mayoría cargados á la espalda, por medio de un aparato plano de tejido de fuerte caña, sostenido entre dos *bambues* que se llama *apiran*; el cual á su vez sujetan á la cabeza por medio de una faja hecha de la corteza del árbol conocido por *balití*, la cual es extraordinariamente fuerte y flexible, hasta el punto de superar á cualquiera cuerda de cáñamo ó *abacá*. Tanto éste como otros muchos productos, los he hecho conocer en España por primera vez, figurando hoy en los Museos de Fomento.

Cuando el peso es muy excesivo, entónces sustituyen el *apiran* por cañas duras, en disposicion de poderlo conducir entre dos ó más hombres.

Al atravesar aquellos dilatados y soberbios bosques realzados por una vegetacion tan poderosa, en

que la naturaleza se reviste de sublime magnificencia, recordé al instante los bosques vírgenes de Java, únicos con los que podian rivalizar en su gran majestuosidad.

Allí levantaban sus copas hasta increibles alturas el duro *camagon*, el *alintatao*, el *tiquem* ó roble de Filipinas, y las hermosas *narras*, cuya madera encarnada y fina supera á la caoba. Debajo de aquella impenetrable bóveda de verdor crecian y se desarrollaban con profusion gigantescos *helechos*, *higueras* y *manzanos silvestres*, gran profusion de plátanos de abacá, y enlazando las ramas de los unos y de los otros, trepando á las mayores elevaciones y volviendo á desprenderse en trozos rectos hácia el suelo en mil diversas formas, se contemplaban las notables enredaderas de los Trópicos, distinguiéndose las del *bejuco* y *gogo*, cuyos troncos alcanzaban algunas veces el grueso del brazo.

Entre aquella variada y espesa frondosidad se oian gritos casi humanos, y al parecer lanzados por multitud de gentes, que llaman extraordinariamente la atencion de los viajeros, y que no son otra cosa que el canto de los *cálaos*, pájaro inofensivo, de grandioso tamaño y magnífico plumaje, cuya cabeza á cierta distancia presenta el aspecto de una vieja con gorra de dormir, y cuyo largo pico y cráneo, totalmente unidos, tienen tal dureza, que con ellos construyen los moros de Mindanao cascos guerreros para su uso.

Las innumerables tórtolas, que se denominan en el país *bató-bató*, mezclaban su dulce arrullo al heterogéneo concierto de los *cálaos*, *bálocs*, *oropéndolas*, *cotorras*, *catalas* y otros muchos pájaros de tornasolados colores, así como al chirrido de infinitos abejorros é insectos de gran tamaño.

Sólo en la especie de las tórtolas se conocen en las islas 30 ó 40 clases, que se distinguen por ser las unas de plumaje azulado, violeta, rojo, amarillo, verde y blanco, sobresaliendo las llamadas de *puñalada*, cuya rareza consiste en ostentar enmedio del pecho una mancha roja de color sanguíneo.

Aunque el camino tendia siempre á ascender, al-

gunas veces nos veíamos obligados á bajar deliciosos barrancos, en cuyo fondo encontrábamos grandes y limpios arroyos que, formando pequeñas y espumosas cascadas entre rocas cubiertas de aquella protuberante y lujosa vegetacion, detallaban los paisajes más bellos y poéticos.

## VIII

En la cúspide de un pequeño monte, en donde se veian tres ó cuatro *bajays* ó casitas de caña, techadas de *cogon* (hierba muy larga que para el objeto es mejor que la *nipa*), aparecieron á la vista tres ó cuatro indios de chaqueta y camisa por fuera, que sostenian del diestro sus correspondientes caballos excesivamente flacos, mas otros tantos cuadrilleros, con lanza, de cuya punta flotaban diminutas banderolas de trapo blanco y encarnado. Aquel grupo era la *principalía* ó ayuntamiento completo del pueblo de *Galiano*, que tenía la deferencia de salir á recibirme.

Llegamos pronto al punto donde se hallaban, y se adelantó el *gobernadorcillo* ó alcalde, que era un indio alto y simpático, á quien despues cobré mucho aprecio por su lealtad y recto proceder en el desempeño del cometido que ejercia, diciendo: *Señor, tiene prinsipales Galiano resibir usía y la gobernadora, felisitar todo más pueblo.*

Aquel castellano no era nuevo para mí, y despues de contestarle dándole las gracias, emprendimos de nuevo la marcha cuando ya el sol declinaba.

Al poco rato, como sucede en Filipinas, era de noche, pues los crepúsculos matutinos y vespertinos son casi instantáneos; otra vez encendiéronse los *jueves* de caña, tomando la caravana que formábamos entre aquellos bosques, breñas y barrancos un aspecto doblemente fantástico que el del camino de Malasiquí. El cuadro no podia ser más salvaje, reuniendo todas las condiciones propias para el caso; el país, el camino tambien, por lo malo, y por últi-

mo, los *igorrotes*, que parecian verdaderas furias iluminadas por la luz de las antorchas.

El pueblo no llegaba nunca; habíamos salido de Aringay ántes de las ocho de la mañana, y eran ya cerca de las nueve de la noche cuando oimos algunos gritos cercanos como de llamamiento; los *igorrotes* precipitaron su marcha lanzando aullidos agudos, con lo que expresan el contento; observábanse algunas sombras de perfiles rectos, que debian ser casas, y por último, se habian incorporado á la caravana dos flautas, un trompon, una guitarra, un bombo y un tambor, que, soplando, rascando y golpeando á cual más podia, constituian sin duda la orquesta más brillante del lugar.

Nos hallábamos en Galiano. Ya era tiempo, pues la paciencia y la resistencia se habian agotado.

## IX

Una casita pequeña de caña desvencijada y negra nos sirvió de alojamiento para pasar la noche.

Algo resentido de la eleccion de palacio, pregunté de quién era aquel magnífico edificio, y se me contestó con cierto orgullo y satisfaccion que aquella casa era el convento. Entónces reparé que la persona con quien habia entablado conversacion, sentada enfrente de mí, era una especie de *igorrote* con sotana verde oscura y una cara muy negra, que seguramente representaba la autoridad eclesiástica del pueblo. Así era en efecto; y para darles á ustedes una idea de su vasta ilustracion, procuren digerir estas dos frases que aún recuerdo entre las muchas originales que le oí verter entónces y despues:

*Cuando usía quinteaba sa Manila, yo pilosofaba.*

*El cabayo metió en lodo hasta tapar aquel talle.*

Con la primera quiso expresarme que, cuando yo estaba en Manila prestando el servicio de mi instituto, él estaba estudiando.

Con la segunda, que yendo de caza, se le hundió el caballo en lodo hasta el pecho.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Sobre una mesa coja nos sirvieron un par de pollitos tísicos, un suculento plato de *morisqueta* y agua fresca, por cierto riquísima, pues su excelencia trajo á mi memoria las aguas de los montes de España, finas, delgadas y claras.

Di las órdenes convenientes para la salida del dia siguiente, y sólo Dios y mi mujer saben lo perfectamente que dormí yo aquella noche, sobre una durísima cama de *bejuco*.

## X

Al amanecer del dia siguiente partíamos de aquella reducidísima localidad, que sólo constituian quince ó veinte casitas pobres, situadas en un profundo y pequeño valle circundado de elevados montes cubiertos hasta su cima de espesísimo bosque, y cuya situacion poco higiénica trasladé á mejor sitio durante mi mando de la provincia, convirtiendo aquel pequeño barrio ó *visita*, como se llaman en Filipinas, en un bonito pueblo, que hoy tiene bastante importancia.

Otra vez soplaron el trombon y las flautas, otra vez nos acompañó la *principalía* hasta larga distancia, y se reanudaron todas las peripecias é impresiones de aquel viaje singular.

Seguíamos siempre ascendiendo, pero de un modo más rápido, lo cual comprendimos mejor al sentir el aire frio, que se desconoce en el litoral de las islas.

Pronto empecé á observar que la vegetacion se hacía ménos densa, cambiando la especie de los árboles y las plantas por otras más raquíticas en su desarrollo, especialmente cuando hubimos llegado á la cumbre de la cadena de elevados montes, llamada de *Bayabas*, punto desde el cual empezaron á presentar los accidentes del terreno gran semejanza con los Pirineos de España, si bien, aunque parezca imposible, mucho más escabroso.

Las capas de la tierra, descubiertas por diferentes partes, se presentaban coloradas ó amarillentas, resaltando ya grandes rocas negras y desnudas, que

parecian por su configuracion y color inmensos trozos de lava ó resultado de notables erupciones volcánicas.

Grande fué mi emocion aquel dia cuando en el término de una de tantas encrucijadas de aquella senda quebrada se presentó repentinamente á mi vista el campo cubierto de pinos de fabuloso tamaño, esbeltos y elevados, sólo comparables á los famosos de Nueva-Zelanda.

Los pinos me recordaron mi patria, y sobre todo el desconocimiento que se tiene en Manila, y áun en el resto de Filipinas, de aquella riqueza y de aquel nuevo país por donde entónces penetraba.

La escabrosidad era terrible, verificándose la ascension entre aquellos elevados montes con suma dificultad.

Allí fué donde, extrañándome de un ruido peculiar semejante al que produce golpear sobre la madera, me condujeron los igorrotes entre la espesura próxima del bosque, y pude observar el rarísimo pájaro *carpintero*, ave del tamaño de una paloma, semejante por su forma al gallo, y que con su fuerte pico horadaba el tronco de un árbol á gran elevacion, con objeto de establecer allí su nido, produciendo al mismo tiempo el ruido que tanto llamara mi atencion.

Nos detuvimos algun tiempo con objeto de almorzar, continuando despues su marcha la notable y heterogénea caravana que formábamos los indios, los igorrotes, caballos, equipajes, hamacas y nosotros.

Hacia las tres de la tarde cambió repentinamente el paisaje, presentándose una extensa llanura ó sabana en donde se reconocian muchos cuadros de campo sembrado, y en el centro del cual relucian, heridas por los rayos solares, las aguas de una laguna adornada aquí y allá por pintorescos islotes de altos *runos*, especie de grandes juncos cuyos plumeros ondeaban á favor del aire, balanceándose graciosamente á uno y otro lado. Altas colinas, en las que se notaba mucha carencia de arbolado, formaban los contornos de la vega, en donde habia desparramadas

algunas casas ó chozas de igorrotes, y en el lado izquierdo, sobre una loma suave, se distinguia como algun pequeño edificio raquítico, de tabla y techo de *cogon negro.*

Lo último era la capital; lo primero, la Vega de Benguet.

Media hora ántes de llegar salió á recibirme mi digno compañero y antecesor, acompañado del teniente de la guardia civil y dos indios regularmente vestidos, que eran el *intérprete* y el *alcaide*, *personajes* que componian casi la poblacion entera de aquel punto.

El más absoluto silencio y aislamiento reinaba por todos aquellos contornos, en que ni siquiera se veia un alma viviente. La *Casa Real* ó de gobierno, aunque no era enteramente mala, se hallaba sucia y destartalada; el cuartel de la Guardia civil, de construccion semejante y amenazando ruina, tenía aún peor aspecto que la primera; un camarin, cuyo techo hundido se hallaba cerca del suelo, encima del que se veia una pequeña cruz de caña y debajo tres ó cuatro vacas tendidas, era la iglesia. En cuanto á las plazas y calles, las formaban dos míseras y horribles chozas, pertenecientes al intérprete y alcaide mencionados.

Entristecióse mi ánimo, y poco despues de haber llegado á aquel desierto monotono, húmedo y desolado, tanto mi familia como yo, pensábamos en volvernos inmediatamente á Manila.

El deber y la necesidad me retuvieron, sin embargo, allí tres años y medio.

Luché contra la falta de elementos hasta donde mis fuerzas alcanzaron, no sólo impulsado por el sentimiento natural del que desea llenar las obligaciones que le impone el destino que se le confía, sino que tambien por el egoismo propio de mejorar las tristes condiciones en que de otro modo hubiera visto á los séres más queridos de mi alma, que compartian conmigo mis penas y mis alegrías.

¿Lo conseguí?

Vean mis lectores algunos párrafos de lo que al poco tiempo publicaba la prensa de Filipinas:

*El Comercio:*

«Despues de haber aumentado en el distrito el tributo del Estado, que hace mucho tiempo venía á ser un *mito*, sabemos que hace poco ha dirigido á nuestra digna primera autoridad una meditada *Memoria* exponiendo los medios de atraer pronto aquella provincia á la organizacion ordinaria de las demas. Ignoramos lo que en ella expone dicho señor, así como tampoco hemos visto el mapa topográfico del distrito que remitió hace algun tiempo; pero no dudamos un momento que ambas cosas serán dignas de la aplicacion, laboriosidad é inteligencia del Sr. Scheidnagel, á quien rogamos nos dispense si nos complacemos en hacer públicos sus actos de gobierno.»

*El Porvenir:*

«De la Trinidad (distrito de Benguet) nos escriben con fecha 27 del mes próximo pasado dándonos detalles de los notables adelantos que allí se observan de poco tiempo á esta parte, gracias á la benéfica iniciativa de su celoso gobernador D. Manuel Scheidnagel.

La cabecera, hoy llamada Trinidad, dice aquella correspondencia, donde ántes sólo existia una casa, comandancia y cuartel, ambos ruinosos, se ve hoy la primera muy bonita, un hermoso paseo y un pueblo nuevo. Por donde ántes era necesario viajar en hamaca, hoy se pasa muy cómodamente á caballo, y por grandes trozos en carruaje.

El camino que circunda la Vega y pone en comunicacion varias rancherías con la cabecera, hoy es una hermosa carretera. Se han trasplantado los árboles por centenares.

Las *principalías* de los pueblos igorrotes visten ya como los cristianos, reclamando aquellos infelices la necesidad de establecer entre ellos misiones de religiosos que les enseñen las doctrinas del Crucificado, base segura de su civilizacion.

Nos place consignar estos adelantos, llevados á cabo en un período de tiempo reducido.»

*El Diario*:

«Sabemos que desde Benguet á la Union se está construyendo una cómoda carretera para unir dicha cabecera con el primer punto mencionado. Esta obra se hace bajo la direccion del entendido comandante P. M. del distrito, D. Manuel Scheidnagel, y parece que hay tres leguas ya terminadas, y por las cuales se puede transitar en carruaje.

Aplaudimos el celo de tan apreciable funcionario, y no dudamos que sabrá llevar á cumplida cima el comenzado camino.»

*La Ilustracion*, de Oriente:

«*La Trinidad, cabecera del distrito de Benguet.*—Ofrecemos hoy á nuestros lectores en la página 6 de este número una vista del Paseo, Botánico, Jardines y Casa Real de Benguet, obras todas que, bajo la inteligente direccion del actual gobernador de aquel distrito, nuestro apreciable amigo el Sr. D. Manuel Scheidnagel, se acaban de terminar en la cabecera del mismo.

Dos años próximamente hace que tomó posesion de aquel destino el Sr. Scheidnagel, y ese es el mayor mérito que, á nuestro juicio, tienen las obras que ha llevado á cabo, puesto que lo que hoy es un sitio de recreo y de utilidad, y donde existen casas y jardines, no habia entónces más que un camarin por Casa Real, otro igualmente arruinado por casa-cuartel y un casucho vivienda del intérprete, todo metido entre broza, ínterin hoy es un pequeño pero alegre y pintoresco pueblo, que tiene, á más de reformados en grande escala los edificios mencionados, buena iglesia, convento, tribunal, escuelas y otros de buen aspecto: es de suponer que el paseo y los jardines que se representan en la lámina que publicamos, son acaso lo único en su género en las provincias filipinas, donde hay tan poco gusto para estas cosas.

Tenemos una verdadera complacencia en felicitar al Sr. Scheidnagel por lo mucho que en provecho del distrito de su mando ha hecho, tanto en el

ornato público como en el fomento de la agricultura é industria.»

Nadie podrá dudar de que ignoro el modo de ocuparme de mí mismo, y como suele decirse, darme todo el charol posible.

Sin embargo, es preciso que yo haga pública una circunstancia, y es *que, algo entradito en años, soy completamente huérfano.*

XI

Colocados ya entre los elevados montes que constituyen la gran cordillera del Caraballo, hablaremos un poco de este país del interior de Luzon, tan poco conocido generalmente, y en donde nuestra dominacion permanece en un estado casi primitivo. despues de cuatro siglos.

En un pequeño folleto, publicado en Madrid, y que titulé *Memoria del distrito de Benguet*, decia yo, entre otras cosas, lo que sigue:

«Antes de reseñar las diferentes condiciones físicas y naturales que constituyen el rincon de que voy á tratar, permítaseme repetir una parte de lo que, durante mi mando, expuse al Gobierno, y por la cual se podrá formar quizá un juicio aproximadamente exacto del país excepcional que constituye las cordilleras del centro de Luzon.

No se trata de investigaciones materiales, problema resuelto hace mucho tiempo, sino de lo que se pudo ó se puede fundar sobre una base real y existente.

Cuando la experiencia práctica del mando y mi constante deseo de coadyuvar al adelanto y progreso de aquellas razas, me colocaron en estado de poder dar una opinion que, peor ó mejor redactada, sin embargo encerrase un principio de verdad, y pudiera en su dia ilustrar más ó ménos á quien le incumbiese adelantar la organizacion colonial de aquellas regiones, hé aquí algo de lo que escribia y pensaba:

«Se halla tan imbuido en mi alma desde hace

tres años que tomé el mando de este distrito el pensamiento que da lugar al informe que hoy por deber expongo, que en el centro del gobierno general deben existir las diferentes *Memorias* que remití en otras ocasiones, y en las que manifestaba lo que sólo repetiré una vez más.

La espontánea iniciativa que partió del Gobierno de la Nacion hace poco tiempo, para difundir la civilizacion entre estas pobres y humildes razas, me obliga á poner de relieve mis creencias ante la superioridad con todo el respeto debido, pero al mismo tiempo sin escrúpulo, y con la veracidad que permita mi oscura razon.

Y digo esto, porque yo humildemente creo, á lo ménos con respecto á los igorrotes que componen la poblacion de este distrito, creado y fundado en 25 de Noviembre del año 1846, que se ha dejado pasar demasiado tiempo y se han supuesto demasiados obstáculos para llegar á un fin que, suponiéndose demasiado difícil, creo hubiera podido alcanzarse por camino mucho más corto y mucho más fácil que se supuso ó se supone.

Por mi parte puedo asegurar que sólo con el consejo, la iniciativa, el trabajo y ejemplo moral he triplicado la riqueza de los naturales y duplicado los ingresos del Estado, ciñéndome estrictamente al círculo estrecho de mis facultades.

Si con tan pequeña validez como la mia pude en corto tiempo hacer se recorriese la mitad del camino que conduce al límite preciso, claro es que, por muchas dificultades que se encuentren, el resto no debe ser ya obra de romanos

Desposeidos los igorrotes de *Benguet* de las costumbres bárbaras y feroces de que adolecian hace algunos años, despertada su aficion á los hábitos y manera de ser de las gentes civilizadas, sólo falta aplicar la ley que debe regirles, como nueva sociedad creada casi por espíritu propio.»

Para poder apreciar con alguna exactitud las condiciones especiales en que se hallan los habitantes del distrito, es ante todo necesario tener muy en cuenta que un escaso número de almas ocupan un

10

territorio relativamente desproporcionado, como veremos más adelante. Es cierto tambien que existe la ventaja de que esta poblacion se halla repartida en treinta y seis pequeños pueblos, que á su vez se dividen en diferentes *barrios* cada uno y conocidos con el nombre de *rancherías*, con lo cual desaparecen las largas extensiones ó parajes desiertos.

En general, el carácter del *benguetano* es honrado, humilde y respetuoso, adoleciendo sólo de la preocupacion del *caciquismo*, que algunos de entre ellos explotan perfectamente en provecho propio. Su inteligencia acaso no sea tan viva como la del indio, pero su talento natural es indudablemente superior, y estas buenas condiciones han venido á redundar precisamente en contra del principio civilizador del Evangelio. Y diré por qué.

El igorrote, que con las circunstancias anteriormente expresadas ha venido disfrutando del gobierno paternal de España, siempre benigno para cuantos se hallan cobijados bajo los pliegues de su pabellon nacional, y el cual durante tan largo espacio de tiempo ha podido gozar de la más amplia libertad para todos sus fines particulares, negocio y comercio, sin que para ello se viese nunca obligado á otra cosa más que pagar anualmente su exiguo *reconocimiento de vasallaje* (1), que asciende á 0 25 *de peso* por cada cuatro habitantes, sin sufrir, no sólo ningun otro gravámen ó contribucion, sino que tampoco se le han impuesto deberes de ningun género, ha llegado, despues de treinta años de tal estado, á comprender perfectamente que su conversion hacia el cristianismo no era para él otra cosa que un verdadero perjuicio á sus intereses propios, pues que, una vez bautizado, contraia con este lazo santo muchas y nuevas obligaciones materiales, impuestos de la Hacienda y administracion local, etc., etc.

Hé aquí cómo los dos principios que deben organizar estas razas, el religioso y administrativo, se rechazan y combaten.

(1) Impuesto de la Hacienda.

¿Existe un remedio fácil ó inmediato para las dificultades expuestas? Indudablemente, y segun mi humilde opinion, remedio realizable en breve tiempo.

Enclavado el distrito de Benguet, como puede verse en el adjunto cróquis, entre las provincias cristianas de *Ilocos Sur*, *La Union*, *Pangasinan* y *Nueva Vizcaya*, se halla tan sólo limitado por el Norte con un distrito de condiciones semejantes á éste, que lo es el de Lepanto, y atendiendo á esta situacion especial, á lo notablemente accidentado del terreno, falta de buenas comunicaciones, y sobre todo á las largas distancias, debiera hacerse lo siguiente:

Constituir con la parte Sur del distrito de *Lepanto*, *Valle de Asin* y *Norte del de Benguet* un nuevo distrito que, creando intereses intermedios, tendiese á realizar la union de lo que se halla demasiado léjos de la vigilancia gubernativa por ambos extremos. La *cabecera* (1) deberia fijarse en el pueblo de Loó, el más poblado de Benguet y uno de los más ricos; y por último, agregar á éste las rancherías de *San Pascual*, *San Nicolas*, *Disdis* y otras que se hallan en los montes del Norte de La Union, provincia que por el interes de su numerosa poblacion cristiana en el litoral y el tabaco del Estado no puede atender, con la preferencia que el progreso requiere, á los pueblos *igorrotes* ó *salvajes*.

Despues debieran formarse, segun y mejor conviniese, cinco ó seis pueblos de los que dependiesen como centros el resto subdividido de los *barrios* ó *rancherías*, eligiendo puntos, no sólo los más estratégicos bajo el criterio militar, sino los más adecuados, los más ricos y aquellos en donde la permanencia de los naturales se hallara arraigada por el interes personal con los productos de su suelo, y el ya creado por construcciones particulares, minas de oro, etc., etc.

En cada uno de estos pueblos fundar *una mision* de reverendos padres, que serian naturalmente al

(1) Capital de provincia.

mismo tiempo párrocos, y establecer en ellos un puesto de guardia civil, cuya fuerza total bastaria fuese de 60 á 80 hombres.

El envio entónces de 200 á 300 presidiarios, que bajo la vigilancia de la fuerza pública emprendiesen los primeros é indispensables trabajos; la imposicion inmediata del *tributo* (1) señalado á los indios; el abono de las *fallas* (2) á los que desearan librarse de los trabajos, la obligacion de adoptar el traje cristiano, eran las medidas extraordinarias y suficientes al objeto, sin sacrificio pecuniario del Tesoro, pues que éste se encontraria sobradamente recompensado, primero, con el importantísimo acrecentamiento de la recaudacion, y despues, mucho más con el desarrollo natural de la riqueza de aquel suelo.

Los puntos que ofrecen mejores garantías para tan importante objeto son *Baguio*, *Tublay*, *Tavio*, *Aznal* y *Cabayan*.

Mi conviccion no es aislada, y tanto los reverendos padres de la órden de San Agustin, como las personas que reunen conocimientos prácticos de aquel territorio y sus moradores, á quienes la he expuesto, encontráronla la más hábil, dadas las circunstancias actuales, para llegar por medios rápidos al fin apetecido.»

Al hablar de su suelo y otros extremos, decia:

«GEOLOGIA.—El suelo del distrito se presenta bajo dos aspectos completamente distintos, tanto por la influencia de los componentes de las capas terrosas, cuanto por la del clima. Así es que, miéntras que todo el Sur del distrito y todo el Occidente gozan de una vegetacion asombrosa y rica, enteramente semejante, aunque superior en calidad, á la de *La Union*, el centro, Oeste y Norte del mismo es árido y frio. En el primero componen sus capas en general la *tierra vegetal*, *caliza*, abundando la *antra-*

(1) Contribucion general del indio.

(2) Pago municipal para eximirse de los trabajos públicos, tres pesos anuales.

*cita* y el *azufre*, y en el segundo se distinguen los componentes *gredosos*, *hierro* y *cuarzo*. El terreno se presenta por muchas partes como excesivamente volcánico, y así lo revelan el *basalto*, *lavas* y *capas carbonizadas*, como lo indican tambien las aguas calientes y sulfurosas de *Galiano* y *Tublay*, ambas de excelente condicion para curar enfermedades desarrolladas por los malos humores. El *oro* y el *cobre* se encuentran con bastante abundancia, y las imperfectas minas construidas por los igorrotes, que ignoran el medio de explotarlas, se hallan situadas en *Tavio, Ludab*, *Baguio* y *Loó*. Los únicos medios de que se valen para utilizar los pingües rendimientos del precioso metal son tres, á cual más toscos y rudimentarios:

1.° *El lavado de las arenas*, que ejecutan con *bateas* (1) de madera con agujeros hasta cierta altura y puestas en la misma corriente, para que, agitadas por el agua, permanezcan las más pesadas en el fondo, ínterin se deslizan las restantes, compuestas de partículas más ligeras.

2.° La construccion de pequeñas galerías formadas al azar y sin la menor inteligencia, en donde con gran paciencia van buscando filones de piedra ó tierra que contenga el oro.

3.° En algunos puntos, como en el monte de *Tavio*, se dedican á desmenuzar y partir piedra, apartando aquella en que notan la existencia del mineral.

Despues de todas estas operaciones y por el procedimiento más ordinario, sin horno de ningun género y sin aprovechar el valor del tiempo, funden la arena y tierra á fuerza de paciencia y abundante leña resinosa de que disponen, valiéndose de vasijas fuertes, que inclinan en el momento de verificarse la disolucion, para derramar la parte más despreciable del líquido.

Entre las arenas del rio *Agno*, y entre piedras, suelen encontrar muchas veces *pepitas puras*, ó casi

(1) Barreños grandes de madera y de una sola pieza.

puras, alcanzando algunas el tamaño próximo de un garbanzo.

Los *igorrotes* de Benguet venden á los comerciantes cada año próximamente de cuatro á ocho mil onzas de oro.

El más preciado es el de *Ludab*, que llega al precio de diez y once pesos la onza, y el resto varía entre siete, ocho y nueve pesos.

Creo que nada sería más fácil al Gobierno que explotar esta riqueza que, por los indicios que arroja, debe ser muy importante, haciendo uso de presos ó deportados y aplicando medios poco costosos, evitando en lo posible que fuera excesivo el personal de empleados.

CLIMA.—El clima en general es fresco y saludable, si bien excesivamente húmedo. En el pueblo de *Atoc*, que se encuentra sobre una colina de 1.900 piés sobre el nivel del mar, el termómetro llega á descender dos ó tres grados sobre cero durante la noche y áun entre las cinco y ocho de la mañana.

En *La Trinidad*, que es uno de los puntos más frios del distrito, se conocen las escarchas y granizadas, fluctuando el mercurio entre los cuatro y nueve grados sobre cero, durante los meses de Noviembre, Diciembre, Enero y Febrero. En *Galiano* y el Sur del distrito no se conocen los efectos del frío, aunque tampoco el riguroso calor de las provincias del llano ó litoral.

BOSQUES.—La riqueza forestal del distrito es verdaderamente notable, pues en él se encuentran todas las conocidas en el archipiélago, algunas que le son exclusivas y otras cuya existencia puede decirse que se ignora.

En la parte meridional abunda la *narra* colorada, de la mejor especie para toda clase de construcción de muebles y pisos, alcanzando allí este árbol dimensiones colosales.

El año 76 regalé á la fuerza de guardia civil una mesa para poder comer 30 ó 40 individuos, de una sola pieza, cuyo ancho era próximamente de dos varas.

El *molave*, que reune las propiedades de mayor

dureza y resistencia, muy apropiada en la edificacion para *hariges ó piés derechos*, alcanzando tambien enormes dimensiones. Esta madera, casi blanca, cuando se introduce en el agua salada se endurece y petrifica, haciendo saltar el acero de las hachas al tratar de cortarla.

El *camagon*, madera muy semejante al ébano; su color es casi negro, con vetas oscuras sonrosadas. Muy apropósito para instrumentos, reglas y muebles de lujo.

El *banabá*, casi de idénticas condiciones, aunque algo inferior á la *narra*.

El *balutinan*, propia para construccion de buques y otras muchas, como el *tin alo*, adecuada al mismo objeto; el *bansalaguen*, el *amoguis* y el *guijo*.

Comunes á aquella comarca, sobre todo en el Norte de ella, se encuentran el *oriao*, de tan buenas condiciones como el *molave*; el *cadasang*, semejante á la *encina*, y el *tiquem* ó roble, descubierta por mí el año 74, de lo cual di conocimiento al inspector de montes Sr. Jordana, á quien proporcioné muestras y bellotas que diferian poco de las que el mismo árbol produce en España.

Encuéntrase en Benguet la madera de *alcanfor*, aunque escasos ejemplares; gigantescos *helechos*, *manzanos é higueras* silvestres, y dilatados y magníficos *pinares* que representan su principal riqueza forestal, cuya clase podria competir indudablemente con la mejor del mundo por su dureza, consistencia, flexibilidad y dimensiones. En los barrancos desconocidos de *Bojod*, donde fuí el primer europeo que puso la planta, encontré pinos perfectamente rectos que se elevaban hasta 140 piés sobre su base, compitiendo bajo este punto de vista con los famosos de Nueva Zelanda.

Es realmente una lástima que el Estado no aproveche este elemento en la construccion naval del apostadero, para el que se adquieren maderas procedentes de China á precios altísimos.

Tengo expuesta la idea en mis *Memorias* dirigidas al gobierno general de las Islas, y esto mismo me indujo principalmente, venciendo todos los obs-

táculos, á construir el primer camino abierto en aquella provincia sin un céntimo de gasto para el Erario, y que al dejar aquel mando quedaba en perfecto estado para poder verificar con *carabaos* (búfalos) el arrastre de las maderas hasta el litoral de la provincia de *La Union.*

Un tronco que midiese de 40 á 60 piés necesitaria para ser conducido desde los Montes de los Pinos á *Aringay* ó *Banan*, ambos puntos del litoral, dos jornales de dos carabaos, que valen dos pesos, y el de ocho ó diez igorrotes, que representaria otros cuatro pesos.

Embarcado el madero hasta Manila ó Cavite (1) podria costar á lo sumo otros ocho ó diez. De modo que, agregando algo del corte y eventualidades de carga y descarga, resulta que se podria adquirir para el arsenal en 30 ó 40 pesos á lo sumo lo que hoy cuesta de 200 á 300.

COMERCIO.—Se reduce la exportacion á las provincias limítrofes del oro, reses vacunas y algunos caballos, los cuales, aunque de pequeño tamaño, son notables por su fuerza y vigor. Los igorrotes importan á su vez la sal, de la que carecen casi por completo.

INDUSTRIA —Apénas tiene importancia alguna; sin embargo, mencionaré el *bejuco cortado* que del Sur del distrito exportan á La Union y Pangasinan, la fabricacion imperfecta y basta de *ollas* y *cacharros* en el pueblo de *Taquian*, que por otra parte son del más excelente barro; *cauas* ó sartenes de cobre en *Lutac*; cuerda de la corteza del *balití*, que supera en resistencia á la de *abacá*; el *cayabang* ó cesto para cargar las mujeres, el *apiran* ó aparato para el mismo objeto, las pipas ó *cuacos* de cobre y barro, de construccion curiosa, el *upit* ó saco, y otros objetos insignificantes como elementos de riqueza.

PUEBLOS Y HABITANTES.—Constituyen á Benguet 36 pueblos, dos cristianos y el resto de

(1) «Cavite» es el apostadero de la marina.

*igorrotes*. Estos últimos se dividen en 144 *rancherías ó barrios*. El total de la poblacion es próximamente de 22.000 almas. Los principales son *La Trinidad*, cabecera ó capital del distrito que tuve la honra de fundar, por no constituir ántes aquel punto otra cosa que un *destacamento militar* con el nombre de *Benguet*.

Aunque todos de carácter provisional, existen los siguientes edificios: Buena Casa real (1), rodeada de jardines; cuartel con pabellon de la guardia civil, cárcel pública, bonita iglesia, convento, tribunal (2), escuela, casa de maestros y un vasto camarin para las reses de la tropa. Hay, ademas, un buen paseo, que tuve el gusto de construir, así como un pequeño Jardin Botánico, con clasificacion de plantas raras y útiles; entre ellas habia algunas encontradas en mis *investigaciones* por aquellas regiones, que merecen mencionarse por suponerse desconocidas en Filipinas, como son el *junco*, del interior de cuyos estambres se extrae el *tin sin* de los chinos para mecha de luz, y que hoy tienen buen cuidado de buscar y utilizar los habitantes de Benguet para su uso. El *lusung*, árbol de cuyas hojas se alimenta el gusano á quien di el nombre de *gusano de oro*, por carecer de él y por su magnífica capa y delicado filamento de aquel color.

Tengo remitidas algunas muestras á España y á los centros en Manila.

El *balití*, cuyo fruto produce excelente tinte; el rarísimo *porpongro*, cuya flor son vasos con tapadera que se forman en el extremo de sus hojas, y cuyo interior se llena de rocío, cerrándose para su conservacion durante las horas del sol.

Cada vaso contiene próximamente medio decilitro. El té, con el cual hice algunos ensayos de bastante buen resultado; el *consuelo*, nombre que apliqué á un pequeño arbusto, cuyas hojas, gruesas y de durísima fibra, forman un ramo que se presenta

(1) Alojamiento de la autoridad de la provincia.
(2) Casa-ayuntamiento.

á la vista cual si fuese de porcelana, y las cuales producen un jugo balsámico, muy útil contra los dolores reumáticos y áun para curar fracturas.

El *limon-cidra*, enteramente igual al de España, y la *naranja* dulce, de las mismas condiciones, así como algunos ensayos de *marginatas* y *glóbulus* del género *eucalyptus* que dieron buen resultado, semillas que me fueron remitidas por el señor director del Jardin Botánico de Manila, en donde no habian podido aclimatarse y adonde remití despues ejemplares desarrollados, con algunos de cerca de dos metros de altura.

—*Galiano*, pequeño pueblo que trasladé durante mi mando á la orilla derecha del rio de *Aringay* sobre una extensa planicie, bastante elevada y libre de los perniciosos efectos que producian las calenturas en su mala situacion topográfica anterior. Este pueblo se halla formado por indios *ilocanos*, la mayor parte procedentes de La Union, desde hace ocho años, y cuenta hoy próximamente unas 1.000 almas.

Tiene iglesia, convento, tribunal, escuela, casas de maestros y un camarin de tabaco (1), todo de carácter provisional.

Entre los pueblos igorrotes se distinguen *Tublay*, *Ludab* y *Magangang* por la riqueza de sus moradores, creada con el comercio del oro y venta ó exportacion de reses vacunas. El de *Paiquet* por la fertilidad de su suelo, y los de *Baguio*, *Aloc* y *Loó* por ser los más poblados despues de *La Trinidad*.

CARACTER Y COSTUMBRES.—En el carácter y costumbres de los benguetanos debemos hacer una distincion notable, y es que, miéntras los igorrotes del Sur, del Occidente y los cercanos á la cabecera han desarrollado mayor malicia en su contacto con los pueblos civilizados, los del Norte y Este conservan más pureza y lealtad. Sin embargo, el carácter en general es humilde y respetuoso.

---

(1) Todas estas obras, las de la cabecera y los caminos, se hicieron durante mi mando, sin un solo céntimo de gasto al Tesoro.

Apesar de su desarrollado físico, los benguetanos son completamente inofensivos y desconocen el uso de las armas; sobrios y algo perezosos, obligando á las mujeres á que tomen parte en las faenas del campo y á cargar como ellos enormes pesos á la espalda. Sus costumbres son sencillas, respetan mutuamente sus derechos, y viven casi todos, exceptuados los ricos, en casas construidas de gruesas tablas y techadas de *runo* (1). Desconocen las ventajas de la policía y carecen de aseo personal. La preocupacion es el aliciente principal de su carácter, y cualidad que saben explotar los igorrotes ricos, más civilizados que ellos, en provecho propio.

En dos ó tres pueblos del Norte, próximos á Lepanto, cual *Palina* y *Buguias*, los igorrotes adolecen de carácter más salvaje y semejante á los de aquel distrito y el de *Bontoc*, siendo muy supersticiosos.

El sacrificio de reses, que despues son comidas por los habitantes del lugar, es una de las preocupaciones más en boga para curar enfermedades.

El árbol sagrado (2), cuyos accidentes en el desarrollo natural hacen influir en el destino de las personas; el caer enfermo, acontecer una desgracia y áun estornudar cuando se hallan colocando los *harigues* y cimiento de una casa, da motivo para empezar de nuevo la construccion en otra parte, etc., etc.

Estos igorrotes usan armas, y las más comunes son la *lanza* arrojadiza, la *ligua*, especie de *hacha*, y la *calata* ó escudo de madera.

El traje del igorrote consiste sencillamente en dos mantas de color de plomo y rayas negras, la una arrollada á la cintura, uno de cuyos extremos pasan por entre las piernas para utilizarlo en forma de lo que vulgarmente se llama *taparabo*, y la otra para resguardarse de la intemperie, y que llevan comun-

(1) Especie de junco de grandes dimensiones y largas hojas, muy útil para el objeto, y mucho ménos combustible que la nipa.

(2) Generalmente un pino.

mente al hombro como los valencianos. Las mujeres usan una manta de colores más vistosos en forma de *tapis*, y una pequeña chaquetilla de cualquier género. En éstas es muy usual ostentar pendientes de grandes dimensiones, como collares hechos de monedas de plata, y ambos sexos adornan sus brazos y piernas con aros de cobre, así como con pinturas ó dibujos azulados (1).

RELIGION Y RAZA.—La raza benguetana revela, desde luégo, su procedencia de la Malaya, distinguiéndose como aquélla por su color de cobre algo rojo, su cabello negro, lacio y lustroso, rostro aplanado, nariz remachada con anchas fosas nasales, boca grande, labios vueltos y muy gruesos, estatura mediana y miembros robustos y proporcionados.

Por la preocupacion que ingieren á los igorrotes los espectáculos de la naturaleza y por sus actos exteriores, no es difícil deducir que su religion pertenece acaso imperfectamente al *culto de los espíritus*.

Adoran y esperan los *buenos*, que son sus protectores, y encienden con frecuencia grandes hogueras ó queman los bosques para disipar los *malos*. Creen en el Sér Supremo que todo lo rige, y le llaman el *Apu*.

Aunque carecen de *rito fijo* y determinado, se observan con frecuencia detalles que son indudablemente del mahometanismo, cual acontece en sus cantos religiosos, en sus ideales de pura sensualidad, forma de los rezos y otros que he tenido ocasion de comparar con la raza malaya de *Java* (2) y *Singapoor* (3).

Algunos han querido suponer en la raza de *igorrotes* derivaciones de la China, y esto es un completo absurdo; pues ni en el físico, ni en el lenguaje, ni en las costumbres existe un solo punto de contacto.

(1) En los pueblos inmediatos á la cabecera conseguí hacer desaparecer por completo esta costumbre.

(2) Colonia holandesa.

(3) Capital de la Malaca inglesa.

Yo no puedo dudar de que el *igorrote* es el *malayo* y primitivo habitante de Filipinas, así como que los indios son el resultado de la mezcla entre aquél y las invasiones chinas.

PRODUCTOS.—Los distintos accidentes del terreno y la variedad del clima, influye para que en Benguet se encuentren casi todos los productos naturales de Filipinas con otros exclusivos de la localidad.

Los principales son el *arroz*, en el cual se encuentran distintas clases notables que debo mencionar. En *Galiano* y otros puntos del Sur del distrito, se produce el arroz blanco comun al Archipiélago, si bien de muy buena calidad, así como el que conocen los indios con el nombre de *mimis*. En el término de *San Eduardo* y *Baningang*, se produce el llamado de *confite*, de excelente condicion, y cuyo grano tiene la forma de una esfera exacta. El de los *igorrotes*, general á toda la provincia, y que llaman *bagás*, es de calidad completamente distinta á los anteriores, y el que he conocido en Filipinas más parecido al arroz valenciano, por su gran tamaño de grano y condiciones pastosa y alimenticia. Esta clase se distingue por ser un poco colorado, lo cual desaparece una vez limpio y *pilado* (1). Al arroz sigue en importancia el *camote*, el cual constituye uno de los principales alimentos y que adquiere en aquel suelo tamaño fabuloso. El año 1873 pesé por mi propia mano uno de estos tubérculos, que arrojó en la balanza ocho libras. Su sabor agradable y muy semejante á la batata de Málaga, le hace superior al camote comun á las provincias del llano. Este fruto lo conservan los igorrotes despues de expuesto á la accion del sol, bajo la misma forma que la *tapa* (2) de carne. Se siembra bastante *maíz* y *gabe*. La patata, que sólo se conocia en el distrito por la pequeña cantidad que se sembraba en la *cabecera*, y de tamaño muy reducido, procuré y conseguí desarrollar el

(1) Pilar ó descascarillar.
(2) Conserva.

beneficio que debia reportar á los naturales, habiendo mejorado sus condiciones y tamaño, llegando á superar la patata de China, y de cuyo producto se exportaron próximamente de 4.500 á 5.000 arrobas en el último año de mi mando, despues del consumo interior. Tambien se produce por la misma razon expuesta y con alguna abundancia la *habichuela* blanca y encarnada; esta última no desmereceri comparada con la de las riberas del Ebro.

El *trigo* y la *cebada* se dan perfectamente en *La Trinidad,* así como la mayoría de las legumbres y verduras de España, distinguiéndose el *chicarro* ó guisante, la *zanahoria*, el *repollo* y los *nabos.*

Como frutas se conocen la *manga*, la *guanabana*, el *ate*, el *anono*, el *condol*, *tamarindo*, *cagel*. *naranjo*, *limon*, *plátanos* exquisitos y riquísima *piña* En el monte se encuentran *madroños* y *moras* silvestres. Existe ademas en Benguet una fruta especial muy ácida, que comen los naturales en el bosque, y la cual por su forma, color y sabor, así como por el árbol que la produce, hace sospechar la existencia del *manzano*. Esto mismo acontece con la *higuera*, de cuyo tronco remití muestras á la Inspeccion de montes. Constituyen los demas productos la excelente resina de los *pinos*, el *oro*, *cobre*, *cera* y algunos otros de escasa importancia.

No dejaré de mencionar la abundancia que existe de *zarzaparrilla*, *manzanilla*, *malvas*, *menta* y otras plantas medicinales y balsámicas.

# ARQUEOLOGÍA

Nada tan útil para conocer pronto las condiciones de una colonia como el sistema que observan los ingleses y holandeses en las suyas, fundando en las capitales y puntos de importancia buenos museos arqueológicos, donde reunen cuantos objetos tienden á esclarecer el estudio de ellas bajo los diferentes aspectos de la agricultura, botánica, geología, industria, etc.

Esta idea me movió durante el mando del distrito que me ocupa á recopilar en tal sentido cuantas noticias y ejemplares de los expresados ramos me fué posible, y de los cuales remití numerosas colecciones á la Inspeccion de montes, Botánico de Manila y Sociedad de Amigos del País, que me habia nombrado individuo de ella.

El motivo de una Exposicion internacional, regional ó cualquier otro semejante, hacen que en tales casos sea muy útil tener noticias anticipadas de las materias que puedan ofrecer importancia ó curiosidad, y para ello he creido conveniente introducir en mi Memoria la siguiente relacion, que explica ademas el punto determinado de donde proceden y pueden adquirirse.

CAFE.—De superior calidad en todos conceptos, por haberse empezado su siembra en las condiciones que requiere dicha planta, ó sea á 1 000 ó 1.500 piés sobre el nivel del mar, y distante de la costa cuatro ó cinco leguas. Se halla en el pueblo cristiano de Galiano.

CACAO.—Lo mismo, y es imposible, aunque existe todavía poca cantidad, encontrar otro que le supere en calidad.

ARROZ DE CONFITE.—Especialidad de dicho producto, cuyos granos son pequeñas esferas exactas. Se encuentra en San Eduardo.

ARROZ DE MONTE.—Muy notable por la gran dimension de los granos, cuya cascarilla es algo colorada, pero que sin embargo es el arroz más pastoso y nutritivo que he encontrado en Filipinas.

HABICHUELA ENCARNADA.—Enteramente semejante á la de la ribera del Ebro de España. Se produce en La Trinidad y rancherías inmediatas.

HABICHUELA BLANCA.—Idem idem.

HABA NEGRA.—Más reducida que la de Europa, pero de excelente alimentacion. Se produce en planta enredadera y se encuentra en todo el distrito.

CAMOTE.—Tubérculo famoso por su tamaño, su harinosa condicion y gran semejanza con la batata de Málaga. Aunque el *camote* es inherente á muchos puntos del Archipiélago, en nada ofrece comparacion con el de Benguet.

TIN-SIN.—Junco con cuyo interior comercian los chinos, importándolo á Manila de su país, para uso de mechas, construccion de sombreros y otras industrias. Lo descubrí, y existe con gran abundancia por la vega de La Trinidad y casi todo el distrito.

CHA ó TÉ.—Dejé algunos ensayos en el Jardín de aclimatacion que fundé en la cabecera.

TRIGO.—Idem idem.

TABACO.—Aunque no existe coleccion del indicado producto, y sí sólo la siembra voluntaria de los igorrotes, su calidad es de lo mejor que se encuentra en Filipinas. Para la Exposicion de Filadelfia remití hojas de mucha fibra, que alcanzaban cerca de vara y media de largas.

Encuéntrase el mejor en *San Eduardo* y en *Capangang.*

ALGODON.—Reune muy buenas condiciones el de San Eduardo sobresaliendo al comun de Ilocos por su notable finura.

TIQUEN.—Así denominan los naturales allí el roble y encina, de grandes dimensiones y buena especie. Se halla en los bosques de Bayabas y Tublay.

BALITÍ.—Arbol de gran tamaño, cuya corteza es notabilísima, pues arrancados los pedazos y puestos sencillamente á secar al sol, se convierte en una tela flexible muy fuerte y de larga duración. Con ella hacen los igorrotes sus turbantes atados, de consistencia y cuerda que supera mucho en fortaleza á la del abacá.

Se encuentra en *Magangan*, *Lutad* y otros pueblos del distrito.

PINO.—Superior, de gran aplicacion á la construccion naval por ser de la especie austral, como de los famosos de Nueva-Zelanda, y alcanzar grandes longitudes rectas.

Producen abundantísima resina. Los principales pinares se encuentran entre *Aznal* y *Bojod*, y en general por todo el Norte y Este de la provincia.

MARAPACO.—*Helecho*, existe gran abundancia en todo el distrito, desarrollándose en tamaño fabuloso.

CAMAGON.—Muy notable y acaso la mejor clase de dicha madera que se conoce en Luzon. Se encuentra en los bosques de Galiano, y lo hay casi sin veta alguna, que pudiera equivocarse con el ébano.

MADASANG.—Madera muy adecuada para la construccion de tambores ú otra clase de instrumentos.

NITO.—Excelente clase en la parte meridional del distrito.

CERA VIRGEN.—Especie superior que recogen los igorrotes entre los pinares. Se encuentra en *Baguio*.

PITICAN.—Arbusto de la corteza de cuyo tronco se construyen cuerdas de gran resistencia en *Capangang* y otros pueblos.

FOSILES.—En los bosques del Sur se encuentran curiosos ejemplares de plantas en tal estado.

Tambien ofrecen mencion los que se encuentran de *carabaos y cerdos cimarrones*, que conservan los

naturales muchos años como herencia en sus casas, y entre los que suelen descollar algunos notables.

GUSANO DE ORO.—Así denominé, por carecer de calificativo, al notabilísimo insecto cuyo capullo descubrí y que se forma de filamento sedoso, fuerte y dorado brillante. Se encuentran en Taquian y Tavio, adheridos á la planta ó arbustos de cuyas hojas se alimentan, llamada *lusung*.

PORPONGRO.—Así se llama el famoso arbusto cuyas hojas sostienen en el extremo vasos con tapadera que se hallan siempre llenos de agua de rocío, los cuales permanecen cerrados durante las horas del sol y abiertos por la noche. Los naturalistas extranjeros dan á esta planta una gran importancia.

CONCHOLOGIA.—Existen muy buenos ejemplares en el ramo ó especie de *univalvas de caracoles grandes de monte*. Búsquense en los barrancos del término de Galiano.

LIGUA.—Arma ofensiva en forma de hacha, y que tiene un magnífico temple. Sólo se hallan en el pueblo de *Palina* y rancherías inmediatas.

CALASAG.—Escudos largos de madera muy dura y ligera, de que hacen uso los habitantes del mismo pueblo.

BARIGUES-PORTA-ITAC.—Cinturon de guerra para uso de los caciques, formado de redondeles de piedra blanca y dura muy especial. Precisa buscarlos en *Tinec* ó *Loó*.

GAYANG.—Lanza arrojadiza, que emplean generalmente para perseguir la caza mayor de *carabaos cimarrones, venados y puercos grandes de monte*. Se encuentran en casi todos los pueblos.

SUAL.—Especie de cuchillo ó *bolo* que adoatan á un palo largo, sirviéndoles para construir hoyos, desmontar los terrenos y arar en los campos, operacion que ejecutan meneando dos á la par, haciendo palanca y removiendo de este modo la tierra para sembrar.

BUNING.—Cuchillo comun á los igorrotes. En el pueblo de *Tublay* se forjan algunos notables.

CAYABANG.—Cesto grande de muy buena construccion, que emplean las mujeres para car-

gar. Existen en *Taquian*, *Capangang* y otros puntos.

APIRAN.—Aparato de caña y *bambú* que construyen en el distrito para llêvar cargas á la espalda. Objeto curioso.

TACOCO.—*Salácot* ó sombrero de bejuco; industria de San Eduardo.

UPIT.—Bolsa ordinaria de los igorrotes con secreto de doble fondo y hecho con *bejuco*, fortalecido con brea.

Los hay de madera perfectamente construidos, y se encuentran en los pueblos de *Azual* y *Lutac*.

SACUPIT.—De la especie del anterior en gran tamaño y arreglado con un encañado para ser conducido á la espalda. En los mismos puntos.

RANGAYÁ.—Cesto de caña con tapadera de muy buen enlazado. Industria de Galiano.

GANSÁ.—Instrumento musical semejante al de los malayos. De cobre fundido, por los naturales, y sonido muy vibrante. En *Ludab*.

LATOC.—Platos rarísimos de madera tallada, donde comen.

IDOS.—Cucharon para igual objeto. Se encuentran ambas cosas en todos los puntos del distrito.

SULIBAO.—Tambor índico, acompañante de sus bailes. de madera de *cadasing* y de *oriao*.

PACGONG.—Caña musical de tres tonos; uso general.

NGIAO.—Gato montés de grandes dimensiones y del que recogen preciosas pieles en *San Eduardo* y *Baguio*, con las cuales hacen bolsas de tabaco.

CUACOS.—Pipas de barro, madera y cobre con formas y figuras extrañas bastante bien talladas. Uso general.

BUGAYONG.—Arbol de donde sacan la yesca para encender.

BALI.—Adornos de cobre, abrazaderas que se colocan en los brazos y en las piernas.

GAMBANG.—Ollas de excelente barro cocido. Se fabrican en Taquian.

Se construyen tambien de cobre, muy buenas.

VIDONG.—Crisol para fundir oro. Hállanse en *Baguio* y *Tavio*.

MINERALES.—Oro superior, en *Ludab* y *Magangang*, *cobre* y *fierro* en *Bojod*, *Carao* y *Tinec*, presentándose *arenas auríferas* fáciles de extraer en el rio de *Tavio* y en el pequeño *Agno*, y por todo el distrito abundante materia para una magnífica coleccion geológica.

Conviene, ademas de cuanto llevo expuesto referente al distrito de Benguet, entrar en algunas consideraciones generales que abarquen puntos desgraciadamente poco conocidos en los centros oficiales, los cuales, agobiados por una centralizacion administrativa mal entendida, segun mi pobrísimo parecer, no pueden distinguir los detalles prácticos que tienden al esclarecimiento de las condiciones del país, escuchando *oráculos* de personas cuyos discursos y opiniones parece que debieran prevalecer por su tiempo de permanencia en el país, representacion, carácter social ó importancia pecuniaria, siendo así que Filipinas, país excepcional por excelencia, no es, ni con mucho, cual creen algunos, un gran símil de su capital, ó sea Manila, sino que, por el contrario, hay mucho que ver y mucho que estudiar.

El que no conozca la diferencia de caractéres y costumbres de las muchas provincias que componen el Archipiélago, la variedad de climas, idiomas y condiciones de la naturaleza; las cualidades de sus innumerables riquezas, los medios factibles de su aprovechamiento, la topografía práctica de su suelo, etc., etc., aunque pase en Manila su vida entera, sólo podrá apreciar y distinguir lo que tiene á su alrededor y lo que le dicen, hablando del país, cuatro periódicos que comunmente redactan empleados civiles de la localidad, que ignoran muchas veces entre qué grados de latitud se halla Filipinas.

El año 75 tuve que remitir á *El Porvenir Filipino* (1) un largo artículo que destruyera, cual aconteció, las diez mil aberraciones de que la prensa se venía ocupando con referencia á las *provincias del interior*.

---

(1) Periódico de quella localidad.

Recibí muchos plácemes, de que yo mismo casi me avergonzaba, pues pensé que, si, como dije la verdad, se me hubiera ocurrido exponer cualquier farsa, hubiera ésta tenido la misma aceptacion.

Acontece por lo general que las primeras autoridades que llegan al país, tienen que sufrir las consecuencias de adulaciones de alta esfera, que parece que tienen empeño acostumbrado, yo no sé por qué, en desfigurar la realidad y oponer á los buenos deseos de que viene revestida aquélla innumerables obstáculos completamente ilusorios é ideas que, digámoslo así, tiendan á oscurecer su buen criterio.

La eleccion de personas con experiencia práctica de las provincias, cualquiera que fuese su representacion oficial ó particular, son las que primeramente debiera utilizar un nuevo Gobernador general de aquellas islas, pues reconoceria desde un principio lo que, á fuerza de disgustos y entretenimientos oficiosos en el difícil y alto cargo que desempeña, viene á conocer precisamente cuando abandona ó se halla próximo á abandonar el importante mando que le fué confiado.

Los altos funcionarios de Filipinas, cuando por propia voluntad ó por desempeño de comision conferida, recorren cualquier parte del país, se hallan en el mismo caso que el espectador de una funcion teatral, el que abarca con la mirada tan sólo el oropel, la brillantez ficticia de la luz artificial y al relato de los actores, sin observar, ni los muchos rincones llenos de polvo, ni los misterios que se ocultan detrás de los bastidores, ni los dramas de miseria que á veces se albergan en el corazon de los más simpáticos artistas.

Cuando un personaje anuncia en Filipinas su llegada á cualquier pueblo, entónces se tapan rápidamente todos los defectos, por medios allí sencillos. El *cura*, el *gobernadorcillo* (1), los *cabezas de barangay* (2) y demas *empleados* disponen una gran

(1) Alcalde.
(2) Individuos del ayuntamiento y recaudadores del tributo.

fiesta: la calzada ó camino se limpia de matas, que deben crecer quince dias despues; se rellenan los hoyos de tierra, que al primer chaparron de aguas vuelven á su estado natural; se improvisan puentes de caña, tapados de percalinas, que sólo prestan servicio aquella vez, y entre músicas, fuegos artificiales, banderas, gritos, felicitaciones, bailes y buenas comidas en el *convento* y *tribunal*, el comisionado ni ve ni entiende nada de cuanto le rodea, teniendo que satisfacerse con informes rápidos, no siempre, desgraciadamente, ciertos, y emitidos entre el alborozo de los *regocijos*.

Mi destino de secretario particular del Capitan general, el de secretario de la comision de reorganizacion del cuerpo de *cuadrilleros* (1) en las provincias y otros semejantes, así como larga permanencia en distintos puntos, ofreciéronme ancho campo para reconocer lo que anteriormente expongo.

Tambien ocurre que las largas distancias y casi completa carencia de comunicaciones sean causa de que haya muchos puntos poco ó nada frecuentados por europeo alguno, de los que se tienen noticias muy vagas, y sobre todo, imperfectas si dependen del informe de los *naturales*.

Así resulta que Filipinas sigue una marcha rutinaria en su desarrollo civilizador, lenta y que no rinde los pingües beneficios que su importancia y riqueza debiera rendir como colonia ó como provincia de España.

El planteamiento de buenas *estadísticas*, de la *contribucion territorial*, aumento del *tributo* en proporcion de la riqueza individual, firme apoyo á los colonos españoles, y á cambio del cual pudieran exigirse justas remuneraciones para el Estado, proteccion del comercio, ménos trabas para los gobiernos de provincia en las *obras comunales*, creando una ley nueva para cuanto se refiere á *caminos* y *calzadas*, y otras reformas de administracion que á mí no me es dable apuntar, darian sin duda gran resultado para el adelantamiento de aquellas hermosas islas.»

(1) Especie de guardia rural de los pueblos.

## Consejos.

### I

Si mis lectores quieren conocer con algunos datos más nuestra hermosa colonia de Filipinas, les recomiendo que tomen en cuenta los siguientes consejos:

Leer cuanto sobre el país tiene escrito el imponderable Mas; la *Historia de Filipinas*, de D. Felipe Govantes; la *Geografía descriptiva*, de la Orden de San Francisco; *Un viaje*, de Alvarez Guerra; los *Cuentos de costumbres*, de mi amigo Entrala; los *Buenos artículos*, de D. Felipe del Pan; mis *Paseos por el mundo* (esto se dice y no se calla), y por último, le piden ustedes á mi íntimo amigo Gualtero-Seco que les deje leer ciertos *manuscritos* suyos, muy buenos, que sólo enseña á las personas de completa confianza.

Si les fuera posible llegar algun dia hasta Manila, no se estanquen en la capital, y procuren ustedes visitar *Cavite*, para conocer los andaluces y andaluzas filipinas, dirigiéndose despues al interior de dicha provincia, siquiera hasta los pueblos de *Alfonso*, *Indan* y *Bailen*, con lo cual habrán pasado los magníficos barrancos titulados *Los doce apóstoles* y *Los siete pecados capitales*, oyendo hablar de *tulisanes* (ladrones), y quizá llegando á tratarse con ellos.

Despues conviene subir la corriente del bellísimo *Pasig* en el *vapor-batea* desde Manila hasta Santa Cruz, y les aseguro que nunca se arrepentirán de tan deliciosa excursion, sobre todo si se prolonga recorriendo las orillas poéticas de la *Laguna de Bay*, pasando por los pintorescos pueblos de *Bay*, *Los Baños*, célebre por sus aguas termales y calientes; *Paquit*, por la hermosura de las mujeres, y *Paiquet*, pueblo el más industrial de las Islas, donde se construyen numerosos y excelentes muebles.

En la provincia de *La Laguna*, una vez instalados en casa del jefe de la provincia, que, cualquiera

que sea, les garantizo que ha de recibirles bien y con toda clase de consideraciones, se le piden los auxilios necesarios para ir á cazar *patos* y *gallinetas* en el lago; *venados* en el monte, y si tuvieran ustedes una aficion decidida por el arte, llegar hasta la *isla de los Kaimanes*, en cuyo interior existe otra laguna infestada de estos animalitos, que alcanzan de 15 á 30 piés de longitud, y con los cuales pueden divertirse un rato, salvo accidentes desagradables.

Desde Santa Cruz puede decirse que es un paso llegar al pueblo de *Majayjay*, y contemplar la magnífica cascada, cuyas aguas se precipitan por una vertical de 75 metros, sobre un fondo de rocas en donde con las espumas agitadas se forma vapor diáfano, á traves del cual, quebrándose los rayos solares, presenta al espectador todos los bellos colores del arco íris. Allí se comprende el majestuoso é imponente salto del Niágara.

Más adelante combinan ustedes una expedicion á la provincia de Batangas, en donde los naturales, en sus faenas agrícolas, no desperdician un palmo de su fertilísimo terreno, despues de embarcarse en una *banca* para pasear por el lago de *Bong-bong*, en cuyo centro se encuentra la preciosa isla donde se eleva el *volcan de Taál*. Hagan ustedes allí lo que yo: busquen ustedes en el pueblo de *Talisay* inmediato un indio viejo que para el objeto sirve de guía, y desciendan con él al interior de aquel vasto é imponente cráter, sin olvidarse que pueden ustedes ser al mismo tiempo útiles á la ciencia llenándose los bolsillos de pedruscos, y haciendo igual operacion con un par de botellas en las aguas sulfurosas y azufrosas que bullen en la lagunita del centro del cráter.

El calor allí es tan intenso, que no molesta, porque no es posible graduar su fuerza.

Si el tiempo, las circunstancias y el bolsillo lo permiten, se van ustedes un poco más allá, entran en la provincia de Tayabas, donde los malos caminos podrán incomodar un poco; pero este sufrimiento se compensa con la contemplacion de soberbios bosques y paisajes, y sobre todo, descansando en el

hermoso pueblo de *Lucban,* donde pueden olvidarse las fatigas escuchando los dulces acordes de una orquesta de bellas jóvenes, que con su amabilidad acostumbrada no rehusarán proporcionar á los *castilas* aquel rato agradable.

Una vez dentro de esta provincia, el que sea aficionado á las buenas colecciones de conchología, no debe salir sin visitar los pueblos de *Pitogo*, *Macalelong*, *Catananan* y *Calilayan*, donde encontrará soberbios ejemplares de *coral rosa* y *negro*, notables *escalarias* y magníficas *esponjas silíceas*, recorriendo aquéllas, á la par que caprichosas, bellísimas costas del Pacífico.

Una vez puesto en ejecucion todo lo anterior, descansan ustedes una temporada, y con tiempo y sin precipitarse en lo más mínimo, compran ustedes el librito de mi apreciable compañero Maximino Lillo, que trata de *Lepanto*, el mio que trata de *Benguet,* y se internan ustedes en la isla de Luzon, llegando siquiera hasta *Bontoc*.

Este viaje es algo molesto, y áun algos; no se responde de accidentes inesperados en el físico; pero lo que sí aseguro es que una vez ejecutado, proporciona mucha instruccion del país y mucho en qué pensar á los que creen que la cosa merece la pena.

Cuando se ha formado un juicio aproximado de cuanto constituye lo que llevo descrito, cuando ya se empiezan á conocer las costumbres del país y se posee algo de ese *castellano-atagalado,* muy conveniente para entenderse con aquellas gentes, entónces, provistos de las *recomendaciones* necesarias que siempre se encuentran en Manila, no está demas tomar el vapor, que en dos dias traslada los pasajeros á Cebú, y pasar una revista á las islas Visayas, sin perdonar entre ella la famosa de Negros, cuya feracidad es notabilísima, así como la de Samar, recogiendo un pequeño surtido de vestidos y pañuelos de piña, *pastillas* y *pebetes* para perfumar, y unos cuantos *cocos* de cáscara brillante para hacer un juego de café.

Desde allí bien merece la pena otro pequeño esfuerzo para llegar á las colonias penitenciarias de

*Balabac* y *Puerto-Princesa*, en la isla de *La Paragua*, donde hay mucho que admirar si se atiende al estudio dela naturaleza, y donde no debe olvidarse el hacer un pequeño muestrario de las mejores maderas del mundo, pudiendo ademas reunir modelos del árbol de la *quina*, *alcanfor*, *canela* y otros importantes; y si se tiene empeño en hacer acopio de buenos bastones de caña blanca ó negra, hay que llegarse hasta *Calamianes*, procurando no tomar el relente para evitar las calenturas que aún reinan por aquellos puntos.

Como el comer, rascar y viajar todo es hasta empezar, se da otro tironcito y se visita Zamboanga, cuyos habitantes se distinguen por dos cosas importantes: por su excesiva pereza y presuncion de que forman una raza española, lo cual no constituye defecto en manera alguna, y, por el contrario, produce beneficios cual el del año 72, que contribuyeron por sí á sofocar la insurreccion de los presos procedentes de la de Cavite en el año anterior y que se hallaban cumpliendo allí su condena.

El rio de Mindanao, la riqueza inmensa de aquella extensa porcion de Filipinas, los moros y Joló pueden satisfacer la idea de recopilar los estudios del Archipiélago.

## II

En Filipinas, ademas de observar un buen método moral, debe atenderse igualmente al de la higiene.

Con este objeto conviene regularizar siempre las horas de la comida y hacerla consistir en alimentos sanos y nutritivos. Carne asada, pescado fresco, gallinas, pichones, jamon, patatas, garbanzos, etc., procurando no debilitar el estómago con el exceso de frutas ó legumbres del país, ácidos ó bebidas alcohólicas, que son generalmente la causa principal de las disenterías ó irritaciones que atacan al *hígado*.

Para estimular el apetito, que muchos europeos suelen perder con la accion del calor, les recomien-

do el *carí* de coco, estimulante inofensivo y muy agradable, hacerse servir la mesa con mucha limpieza y hasta con todo el ornato que sea posible para recrear la vista, absteniéndose de pisar jamas la cocina.

Hay que tener cuidado de no mojarse cuando llueve, y caso de suceder, mudarse toda la ropa inmediatamente que se pueda, dándose unas buenas friegas de aguardiente ó cognac en los piés, rodillas y brazos. Tampoco conviene aspirar los vapores de la tierra despues que ha llovido, teniendo la precaucion, si se está en casa, de cerrar un rato las *conchas* ó persianas.

Levantarse y acostarse temprano constituye allí una buena costumbre, sobre todo en provincias.

Para evitar la influencia que ejerce el sistema moral sobre el físico, es absolutamente preciso revestirse de mucha calma para todo; no pensar demasiado y afectarse lo ménos posible, evitando á toda costa lo que vulgarmente se llama *tomar rabietas*.

La gramática parda en Filipinas produce el mejor efecto, guardando lealmente sus tres preceptos, que son:

*Dejar venir*, *ver llegar y dejarse ir*.

Son buenas precauciones: habitar casas que se hallen situadas sobre terreno algo elevado, con lo que se evitan mucho los efectos de la humedad y áun las inundaciones ordinarias en tiempo de las aguas; y que sean de tabla con techo de zinc ó nipa, para no exponerse á los efectos del temblor ó terremoto, y al mismo tiempo aislada y lejana de chozas ó *bahays* de nipa, que ofrecen, hallándose cerca, el peligro de los incendios.

Allí conviene estar siempre surtidos en casa de los efectos siguientes, sobre todo cuando se vive aislados ó en pequeñas localidades:

De abundante cantidad de alcanfor y pimienta, que se reparte con profusion por los armarios, baules y entre la ropa, lo cual impide el desarrollo del *anay*, especie de gusanillo cuya reproduccion es fabulosa y el cual causa destrozos verdaderamente in-

concebibles, destruyendo hasta la piedra en muchos edificios. El alcanfor es su verdadero y único enemigo.

De *aceite de coco* fresco, el más apropiado para uso del cabello y que al mismo tiempo se utiliza como medicina exterior de gran resultado en toda clase de dolores del estómago y como purgante para los niños.

De *aceite de tagulauay*, remedio eficacísimo en toda clase de heridas, llamado vulgarmente *aceite de los moros*.

De *aceite de macabujay*, gomoso y balsámico.

De aceite de *tagang tagang*, verdadero prodigio en los dolores reumáticos, musculares ó nerviosos.

De agua sedativa, que cura con prontitud las picaduras de algunos insectos malignos, que segun la localidad abundan en Filipinas.

De una caja de *Polvos de Seidlitz*, laxante que hasta hoy ha producido el mejor éxito para las irritaciones y dolores de cabeza en los climas calidos.

Y por último, ademas de algunos remedios caseros, un pequeño botiquin, la obra de medicina práctica de Ginar, y una caja con trozos pequeños de asta de venado calcinada, cuyo destino es evitar, aplicándolos pronto, los funestos efectos de la mordedura de culebra.

## III

En aquellas islas puede decirse que no se conoce el peligro de las fieras, pues apénas merecen tal nombre en la raza cuadrúpeda, ningun otro que el *carabao* cimarron ó búfalo salvaje; careciendo de importancia bajo tal punto de vista el jabalí llamado *puerco-de-monte* y el *gato montés*.

En el órden de los *reptiles*, preciso es guardarse de los *kaimanes*, cuya voracidad y tamaño, así como el de las *serpientes boas*, que denominan *bobas*, es realmente fabuloso. Afortunadamente, sólo en parajes aislados y determinados existe el peligro.

Las culebras de picadura venenosa tampoco abundan, y las más dañinas son la *San Diego* ó serpiente negra, cuya mordedura es mortal instantáneamente; el *alimonang*, de color sanguíneo y rayas negras, y la *naranjilla*, ambas de idénticos efectos; la *sagita*, pequeña culebra de aletas que salta entre el ramaje, tambien funesta para el hombre, y el *dajumpalay*, semejante en su color á la hoja del arroz, tambien mortal, aunque con el intervalo de algunas horas de calentura, dando casi siempre tiempo para aplicar el remedio ó la cauterizacion.

Por último, existen de carácter maligno grandes *cien piés*, *alacranes* y algunos *peces*.

En los bosques se encuentran numerosas aves de rapiña, así como algunas águilas y falcones.

He visto de muy cerca ejemplares de águilas con cabeza encarnada y azul, plumaje oscuro, de fuertes garras y gran tamaño, muy semejantes al *condor de América*.

En los sitios pantanosos se hallan innumerables especies de cigüeñas, garzas y ánades de todas especies.

## IV

Mas allá de Filipinas, mucho más allá, se encuentran las islas solitarias y ricas de Marianas, cuya feracidad y clima reunen las mejores condiciones.

Sólo tengo de ellas noticias vagas, y por añadidura de estilo enteramente filipino, es decir, inexacto ó exagerado.

Sin embargo, lean ustedes la extensa Memoria perfectamente escrita por un gobernador que permaneció en aquel país muchos años, y cuyo nombre siento infinito no recordar en este momento.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

# TERCERA PARTE

## Regreso á la patria.

### I

El dia 24 de Enero del año 1878, cumplida mi mision militar en Filipinas, despedíame, á bordo del magnífico vapor *Cádiz*, de mi adorada hija y mis padres políticos, que debian llorar la ausencia de la suya y que me inspiraron la idea natural de procurar volver á aquella rica colonia, que nunca olvido y que está llena para mí de los más gratos recuerdos de mi vida.

Allí se me reconocieron méritos que por ningun concepto poseo; allí encontré amigos consecuentes que nunca me engañaron, y allí me sentí feliz, porque experimenté los goces más en armonía con mi constitucion y los deliciosos halagos, que nunca podré ponderar bastante, de las auras y brisas que en aquellos climas proporciona la realidad de un dulcísimo sueño.

Allí, mis más tiernos sentimientos encontraron amorosa morada; mi corazon dilatábase entre la grandeza de los elementos que me rodeaban, y mi

pobre imaginacion, que á nada alcanza, se hallaba, sin embargo, de continuo sumergida en un inmenso piélago de poesía, extasiando todas mis facultades y viviendo más con la pura vida del alma que con la mísera del cuerpo.

Allí, por más que algunos muy poco conocedores del país se hayan entretenido en decir lo contrario, los españoles *son buenos, porque sí.*

Los lazos de la fraternidad enlazan con dulces cadenas de caridad á todos los séres que se hallan léjos de su patria.

Allí los pobres indios, cuyas ventajosas cualidades no se quieren reconocer ni aprovechar; lánguidos, cual el movimiento de sus palmeras; silenciosos, cual el dilatado Océano que les rodea, y niños aún en el principio de la civilizacion moderna, viven felices en aquel suelo pródigo que atiende á todas sus necesidades cual madre cariñosa, esperando humildes y resignados lo que tienen derecho á esperar de la patria comun.

Se ha dicho que el carácter del indio es incomprensible, que para nada sirve, y que llega hasta el punto de preferir por dueño al que le maltrata y pega. ¡Cuánta tontería! ¿Y es posible que estas cosas las hayan escrito hombres que pasan por sensatos?

El indio, cuando se le esclaviza, indudablemente llena mejor los deberes que se le impongan; pero lo hace temeroso del castigo y sólo hasta el primer momento que se le presenta ocasion oportuna de huir ó escaparse, que es lo que verifican muchos.

Cuando el español ó europeo le maltrata, suele exclamar: *Castila-valiente*; frase que nosotros traducimos en su buen sentido, resultando un absurdo, pues significa entre ellos completamente lo contrario. *Valiente* lo traducen por cruel, mal carácter, insufrible, etc., y así quieren expresarlo cuando dicen *Ang-castila-valiente*, el español malo; miéntras que al que observa con ellos más dulzura, saben distinguirlo bien, diciendo: *Ang-mabuting-castila*, el español noble ó bueno.

Hay más todavía, y es que cuando el europeo no

tiene ciertos modos, vierte abundantes expresiones poco decorosas y no observa ninguna cultura en sus costumbres, los naturales no le reconocen como verdadero español y exclaman: *Hindi-castilang*, no es español.

He oido referir tambien la existencia de criados que ruegan á sus amos que les peguen, porque si no, demuestran no tenerles cariño; y lo que sucede en esto alguna vez es que los amos no entienden á los criados, que sólo suelen suplicarles que no les castiguen á capricho, pues están dispuestos á sufrir las consecuencias de su falta cuando sea con razon.

A mí me ha ocurrido el siguiente caso con un criado, que otro que no hubiera comprendido el motivo, seguramente lo habria traducido de distinta manera. Habiendo recaido sospechas de una falta sobre uno de sus compañeros, vino á suplicarme efectivamente que le castigara, porque él era el culpable.

¿No sería fácil que hayan ocurrido otros casos semejantes, y que, desconociendo su idioma y sus costumbres, no se interpretaran en el verdadero sentido solicitudes de esta especie?

Dejemos, pues, tal asunto y pasemos á relatar la última parte de mi pobre libro, que debe ser breve y sencilla, por cuanto no quiero extenderme sobre lo que ya es conocido, y de que otros han sabido ocuparse con el estilo y galanura de que yo carezco; dotes que se hacen tan necesarias para merecer la aprobacion del público, y que por lo mismo que paga, tiene el legítimo derecho de exigir.

Por mi parte, le ruego de nuevo, una y mil veces, que me otorgue su indulgencia, única recompensa á que me es dable poder aspirar.

## II

**Entre la bruma de la tarde fuí gradualmente perdiendo de vista á Manila.**

**¿Debia algun dia volver á disfrutar su cariñosa hospitalidad?**

¿Volveria á encontrar aquella vasta ciudad digna del noble pabellon que tremola en sus murallas?

¿Se realizarian por lo ménos los diferentes proyectos eternos de las necesidades que exigen las circunstancias, el progreso y hasta el decoro nacional?

¿Volveria por fin á visitar Manila, con puerto, alumbrado de gas, cañerías de agua, estacion de algun ferrocarril, algo de buena policía, nuevos paseos, caminos ó calzadas que merecieran el nombre de tales, mejorados sus edificios públicos, establecida alguna que otra fábrica, protegido el comercio español y enriquecidos todos los ramos de la administracion, fomentando el adelanto en todas las artes y las ciencias, y desarraigada la idea inverosímil de que estas cosas se oponen á la moral religiosa?

¡Triste y desgraciado *mañana* de los españoles!

¡Cuánto retardas el desarrollo de la grandeza á que debe aspirar la patria!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El vapor *Cádiz* proseguia su rumbo, rompiendo las leves ondas producidas por una ligera brisa, dejando marcada la espumosa y prolongada estela que atrae siempre la contemplacion del pasajero. Este hermoso barco medía 2.689 toneladas de capacidad, su eslora más de 100 metros y su potente máquina alcanzaba fácilmente la fuerza de 500 caballos.

Nos dirigíamos á *Singapoor*, 1.380 millas léjos de nosotros, ocupando entónces en la inmensa superficie del globo la situacion siguiente: 13° 24' de longitud N. y 124° de latitud.

Sin embargo del tiempo bonancible que reinaba, varias personas empezaron á sentir los penosos efectos del mareo, tan naturales en el principio de toda navegacion.

Apoyado sobre la barandilla de popa, me sentía triste y sobrecogido como siempre ante el espectáculo de la inmensa superficie del mar, pensando en los *tifones* y *vaguíos*, propios del que entónces recorríamos.

## III

El trato que se nos dispensaba á bordo era excelente, y pronto comprendimos que eran del todo justificados los informes que habíamos adquirido respecto al capitan y oficiales del vapor.

Hablar de comidas parece asunto vulgar; pero como pudiera haber lector á quien le interesase esto, nada pierdo con decir lo que poco más ó ménos nos veíamos obligados á digerir cada veinticuatro horas.

El desayuno, compuesto de café, té ó chocolate con bizcochos, galletillas y pan con manteca, que se servia al amanecer. Un suculento almuerzo á las diez, compuesto ordinariamente de cinco ó seis platos bien condimentados, con profusion de postres y toda clase de adherentes. A las tres, saboreábamos un exquisito sorbete; y á las cinco de la tarde comíamos á dos carrillos, ponderando las habilidades del cocinero, y como suele decirse, sin dejar que nada se nos escapara. Entre nueve y diez de la noche, una taza de café ó té con pastelillos remediaba el desfallecimiento que causa no continuar mascando siempre, cuando uno se ha acostumbrado á ese ejercicio mandibulatorio.

Nos aproximábamos cada vez más á Singapoor, poblacion que tenía grandes deseos de visitar, y sobre la cual habia escuchado en Manila muchas y encontradas opiniones, calificándola unos de *hermosa ciudad ó capital*, y otros de un *corral de vacas*, con lo que se comprenderá cuán difícil era poder formar un mediano juicio. Y no era lo peor haber oido tales opiniones extremas, sino haberlas leido en letras de molde.

Como el tiempo continuó bueno, desapareció pronto el mareo del pasaje, que se componia de unas ocho ó nueve señoras y señoritas, y sobre veinte individuos del género barbudo.

Algo de piano y canto, lotería, tresillo y otras pequeñeces, entretenian más ó ménos agradable-

mente el ocio que se experimenta siempre en los prolongados dias de una navegacion.

Y sin embargo, yo sentia un placer verdadero comparando las circunstancias de aquel modo de viajar con el que experimenté en un barco de vela doblando el cabo de *Buena-Esperanza.*

Las noches eran deliciosas, y hasta la una ó las dos de la madrugada permanecíamos mi mujer y yo cómodamente tendidos en dos largas butacas de china en un rincon de la popa, conversando solos y *dulcemente* bajo aquel pórtico infinito de azul sembrado de brillantes cuerpos celestes, y sintiendo el placer que imprimia la saludable y fresca brisa del mar. Despues nos retirábamos á nuestro camarote, cómodo y bonito, que afortunadamente nos cedió la galantería del *sobrecargo*, sin establecer esa separacion de matrimonios que tanto molesta en los barcos á los que piensan como yo. Y esto era tanto más importante, cuanto que, segun las reglas *comme il faut* de la moderna sociedad, yo tengo el *risible* defecto de adorar á mi mujer, precisamente porque es mia, con más la *estúpida* fortuna de ser correspondido.

Corramos un velo sobre tan *ridículo* cuadro y costumbre tan cursi y plebeya.

De dia solian llamar mi atencion de cuándo en cuándo numerosas bandadas de *peces-voladores*, cuyo tamaño reparé que era mucho más pequeño que los del Atlántico, y tambien muchas *toninas* cuyos saltos y zambullidas nos distraian mucho.

## Singapoor.

### I

Cuando Febo iluminó con sus primeros rayos aquella parte del mundo, el dia 1.º de Febrero, nos encontramos enmedio de la pintoresca y espléndida bahía de Singapoor, admirando la ciudad, los caseríos compuestos de lindos *cottages* que la rodeaban,

y adivinando en su aspecto exterior desde el primer momento el carácter comercial é industrial de los hijos de la Gran Bretaña.

Los extensos muelles, los numerosos y grandes depósitos de carbon de piedra, las chimeneas altas de las fábricas, el ferrocarril, el tráfico y animado movimiento de vehículos, cargadores, chinos y malayos así lo indicaban.

Inmediatamente despues de habérsenos dado entrada en el puerto, acercóse nuestro vapor al muelle que se le habia designado, y donde sólo con el paso de un tablon podíamos pisar de nuevo la tierra ya deseada. Pero apénas hubo esto de verificarse, cuando una porcion de indios y malayos subieron sobre la cubierta con infinitos objetos para vender, y compuestos en su mayor parte de magníficas telas bordadas, cachemires, cajas y utensilios de marfil, maque y carey, infinidad de cañas de baston, abanicos de todas especies, hermosísimos pájaros de mil clases, monos, ardillas, pieles, tabaco, ejemplares soberbios de conchología y otras muchas cosas que no puedo recordar.

Entónces nos enseñaron los que ya eran prácticos que no se debe comprar nada hasta la última hora, que bajan fabulosamente los precios.

El malayo, y particularmente los indios del Indostan, se diferencian mucho de los de Filipinas. Observé en ellos una actividad completamente desconocida en los últimos, dedicándose con verdadero afan al interes y producto del negocio. Su constitucion física es tambien más vigorosa, y el color bronceado llegaba á ser en muchos casi negro, así como aparecia tambien el pelo generalmente encrespado. Los malayos eran algo más raquíticos, y por sus anchos y gruesos labios, su nariz chata, ojos grandes y saltones y cabello lacio, les encontré más semejanza con nuestros indios, y sobre todo con la raza de *igorrotes*.

## II

Decidí visitar detenidamente la capital de la *Malacca* inglesa, emprendiendo mi primera excursion en un coche de alquiler de los llamados *singapores* (ignoro el por qué), y de los cuales se encuentran en la ciudad hasta el número 700.

Mi conocimiento del idioma inglés, y por otra parte, el carácter activo, servicial y bondadoso del conductor, me proporcionaron mucha facilidad para llenar mi deseo.

Empecé por recorrer las extensas y anchas calles, en donde reinaba la mayor animacion, observando en los habitantes que habian aprendido perfectamente de sus conquistadores esa cualidad tan útil que nosotros desgraciadamente no sabemos poner en práctica, y que consiste en saber apreciar el valor del tiempo. *Thime is money*, como dicen los ingleses, ó sea: el tiempo es oro.

El piso era excelente, permitiendo la facilidad del tráfico, y hermosos puentes de hierro, pequeños y grandes, cruzaban las rias que se internan por la poblacion, observándose en ellas el mismo movimiento febril que imprimian los pequeños vapores, barcos de cabotaje, lanchas, *canoas* y *barcas*.

Las plazas y edificios del Estado son muy hermosos, y algunos merecian el nombre de notables, como la iglesia protestante, preciosa obra de estilo puramente gótico. En su interior llaman extraordinariamente la atencion su elevada y elegante nave central, con magníficas ensambladuras; el coro, cuyos trabajos en madera sobresalian por su delicadeza; el grandioso órgano de palo santo, verdadera obra de arte; los tallados del púlpito y sillería, y los hermosísimos cristales de color de indiscutible mérito en sus largas ventanas ojivales, representando pasajes de la Sagrada Biblia. El palacio del gobernador, soberbio edificio en grande escala, y cuya construccion se asemeja al castillo real de *Windsor* en Inglaterra, con un precioso parterre lleno de

hermosísimas flores. La Logia masónica, que sentí no poder visitar interiormente, es una obra muy capaz, con fachadas esbeltas y elegantes del mejor gusto moderno. La Capilla católica inglesa, mezcla del órden bizantino y del Renacimiento, es tambien bastante notable, sobre todo su elevado pórtico de columnas en la fachada principal, y rodeada toda de un bellísimo jardin. La Casa consistorial, el Museo arqueológico, el Correo, Estacion central, el Observatorio y otros, todos pertenecientes á los diferentes ramos de la administracion de la Colonia, daban la mejor idea del progreso y adelanto en aquel país.

Las tiendas innumerables de los chinos, que compiten con las de los indios, mantienen una venta continua que sólo se comprende considerando que la poblacion de Singapoor se eleva á cerca de 300.000 almas, que el comercio es poderoso y que los buques de su puerto se renuevan constantemente, permaneciendo siempre á la vista y anclados para carga ó descarga 15 ó 20 grandes vapores, y más de 100 barcos de gran capacidad é infinitos de cabotaje.

Hay muy buenos hoteles ó fondas, como el de Europa, el de Hamburgo y otros dos ó tres espaciosos casinos, un magnífico salon de conciertos, buen teatro, espléndidos bazares y lujosas tiendas en el centro de la ciudad, que se une á los barrios exteriores por magníficas calzadas siempre en el más perfecto estado de conservacion.

El gran Jardin botánico y zoológico constituyó mi segunda expedicion á tierra, pues se hallaba separado del centro por una distancia de cerca de tres millas, la cual recorrió mi carruaje con gran velocidad, segun la costumbre ordinaria, que se debe por una parte á la excelencia de los caminos, y por la otra á las buenas condiciones de los caballos, diferenciándose en esto completamente de los de Manila, pues así como allá los indios abandonan por completo el cuidado de estos animales, los malayos han sabido imitar á los ingleses en provecho propio, dedicándose con el mayor esmero á su alimentacion y conservacion. En Singapoor no se ven aque-

llas sombras de caballos, que aún es para mí un misterio cómo podian hacer rodar las calesas filipinas.

El Botánico abrazaba, próximamente, un perímetro de cuatro á cinco millas de terreno, convertido en delicioso parque, donde, recorriendo los ingleses sus avenidas, podrán recordar los famosos de Hyde, Victoria, Kensington y otros de Lóndres que, aunque realmente magníficos, se hallan envueltos casi siempre por densas nieblas, frios y nebulosos cielos, que imprimen y sancionan el *spleen*. Ademas de una inmensa y variadísima coleccion de todas las plantas tropicales, clasificadas y cuidadas con la más exquisita inteligencia y buen gusto, de los pequeños edificios destinados á las especies que lo requieren y deliciosos acuarios, han conseguido allí tambien implantar y desarrollar muchos ejemplares de plantas de Europa.

Convenientemente distribuidos en aquel vasto y hermosísimo jardin, se hallan caprichosos kioskos y jaulas destinadas á las fieras y toda especie de animales. Llamó mi atencion, principalmente, la de los *monos*, subdividida en diferentes departamentos con las classes más raras, como un *orangutang* que media próximamente cinco piés de altura. Su pelo era de color de ocre, casi encarnado, con brazos larguísimos y manos que colocaba con las palmas hácia arriba al apoyarlas en el suelo, el hocico poco prolongado, la cabeza muy redonda y pelada, reuniendo cierta semejanza con algunos chinos. Otro, enteramente blanco como la nieve, de pelo muy largo y sedoso, con cara negra, cual ébano, y dos enteramente negros, con la cara blanca. Ademas se distinguian los tigres, una buena pareja de grandes leopardos, elefantes, hienas, el curiosísimo oso del sol de la Malaya, de largas lanas azuladas, otros muchos cuadrúpedos y una bellísima coleccion de aves, entre las que descollaba el enorme *casawery* de Sumatra, del tamaño del avestruz, los dorados faisanes de cresta azul y encarnada, las tórtolas con plumajes de todos los colores imaginables y los muchos falcones y águilas de aquella region.

Por la tarde visité la iglesia católica de los chinos cristianos, templo de muy escasa importancia, adornada interiormente con extrema sencillez, pero en donde hallé dos esculturas de tamaño natural representando á la Vírgen y San Ignacio de Loyola, de un mérito muy extraordinario, y quizás lo mejor que en aquel género recordaba haber visto nunca. El autor era hijo del país, cuyas obras llamaban la atencion en Lóndres.

La noche del mismo dia la dedicamos varios compañeros de viaje á concurrir al concierto que debia tener lugar en el hotel de Europa, el cual se nos habia anunciado con pomposas tarjetas, repartidas á bordo.

Creo que los ingleses son alguna vez bobos, ó por lo ménos carecen de la formalidad de que hacen tanto alarde.

Figúrense ustedes un magnífico salon, alumbrado con profusion de luces, en donde se ven sentadas con la mayor gravedad unas cuantas estatuas vivientes con enormes patillas, y otras estatuas sin patillas, pero con sombreros enciclopédicos, escuchando en el mayor silencio, y completamente extasiados, los disonantes acordes de cinco ó seis musiquillos callejeros que destrozan el tímpano ménos delicado, sin consideracion alguna á los nervios y á la sensibilidad individual.

Nos acompañaron algunas señoras, y observando que allí todos tomaban algo, tratamos de complacerlas y di la voz usual de alarma, gritando: ¡*Garcon*! Los ingleses clavaron su fria mirada en nosotros, y su más tierna en las españolas, á que tan locamente aficionados se muestran.

Pedí *helados* para ellas, y el mozo nos dijo que no los habia, pero que podrian tomar ponche de *brandy*. Le repetí que si no se podian proporcionar helados, que á lo ménos sirviesen á las señoras algun refresco ó dulces, á lo cual contestó que tampoco tenian, pero que en cambio podrian tomar cualquier clase de vino, Champagne, Oporto, naranja, Chipre, ó bien una copa de licor de Jamaica, wisky, cognac, rosa, etc., etc.

Como puede comprenderse, nuestras compatriotas empezaron á reir con la mejor gana, visto el apuro en que me hallaba con tales ofrecimientos, y por último, despues de infinitas explicaciones y esfuerzos pudieron presentar para las susodichas algunos *sandwiches* cargados de mostaza, bizcochos de *ginger* que tambien pican, y unas cuantas pastas á cual más feroces, de todo lo que hicieron ellas completa y oportuna abstraccion, contentándose con un vaso de agua fresca, ciñéndose á sufrir un rato la horrible murga y vernos á nosotros tragar difícilmente algunos sorbos de *pale-ale* y ron de 140 grados, tomando todo el suceso á broma, con la gracia peculiar de nuestras alegres compatriotas.

Abandonamos por fin el *Music-hall* enmedio de la más pronunciada estupefaccion inglesa, que bajando la vista á nuestro paso, la fijaban insistente en los diminutos piés de las españolas, encerrados en ligeros zapatitos escotados, que parecen no tocar el suelo si se comparan con los soberbios navíos acorazados donde encierran las hijas de Albion esa parte del cuerpo humano.

Volvimos pues á subir en los carruajes y nos retiramos. Ellas, alegres y satisfechas; nosotros, entre idem y avergonzados.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Como al dia siguiente á las doce debíamos salir, procuré aprovechar el tiempo, y me hice conducir de nuevo á la ciudad para ver la *Pagoda-indica*, grandioso y tosco edificio, dedicado al culto de *Brahama*. Formaba este templo la figura de un inmenso paralelógramo, cuyos cuatro frentes terminaban en gruesas cornisas, descansando sobre las mismas enormes y bastas esculturas, simbolizando distintos detalles de aquella religion. Del mismo modo remataban las pesadas columnas que sostenian la bóveda interior, casi chata. En uno de los extremos existia la capilla de *Brahama*, y otras efigies con enormes orejas, cuernos y mostachos.

Una preciosa niña de trece ó catorce años, de color casi negro, facciones muy regulares, hermosos y grandes ojos rasgados, con largas y sedosas pesta-

ñas que imprimian á su mirada la mayor dulzura, sencillamente vestida con una túnica encarnada sujeta á la cintura por medio de un cinturon de otro color, y cuyos pliegues realzaban sus graciosas formas, me condujo cariñosa y solícita, siempre sonriendo, hasta la alta reja de hierro que separaba la capilla del resto del templo, y donde para penetrar me obligó á quitarme los zapatos. Llegóse hasta el altar, donde hizo distintas contorsiones y señales con la mano, descolgando á una de aquellas raras imágenes una corona de flores que puso alegre en mi cabeza, diciéndome que me la regalaba, y que yo acepté gustoso. Despues sacó un plato con ceniza muy blanca y fina, y tomando un poco de ella entre sus pequeños dedos, me dibujó dos rayas en la frente.

Apénas podíamos entendernos en inglés, único idioma de que yo pude echar mano; pero aseguro á ustedes que guardé por mucho tiempo memoria de aquella pobre niña sacerdotisa y de su extraña ceremonia conmigo. En el patio exterior vi una porcion de carros triunfales que servian para conducir las imágenes en las procesiones que se verifican en las épocas que marca el rito; y por último, me despedí de aquella criatura, que me agradeció mucho los dos chelines con que gratifiqué su amabilidad y su buen oficio de *cicerone*.

Antes habíame vuelto á poner las botas, como es de suponer, y acto seguido me dirigí á la Mezquita de los malayos.

Era ésta otro templo de dimensiones semejantes á las de la Pagoda, y compuesto de dos cuerpos principales, bastante bajos de techo, sostenido por 24 columnas lisas y simétricamente establecidas entre las dos salas, á su vez separadas por una galería de arcos morunos. Nada revelaba la más insignificante escultura ó adornos, apareciendo sólo en el fondo la especie de nicho destinado al *sheriff*, ó prelado, punto hasta donde no se permitia llegar á los profanos.

Innumerables lámparas de todas especies, y enteramente iguales muchas de ellas á las de uso co-

mun en las casas, colgaban del techo, así como varios *globos* al estilo de Manila.

Nada ofrecia aquello de verdaderamente curioso, y con otro *shiling* que entregué al portero ó guardian malayo, cuya casa se parecia mucho á la del orangutan del Jardin zoológico, estuve al cabo de la calle.

Ya era tiempo, pues me hallaba léjos del puerto, y el *Cádiz* debia partir pronto.

Cuando llegué á bordo, reinaba sobre la cubierta grande confusion y algazara, producida por el pasaje y los indios, que vendian con prisa sus géneros y efectos.

Por mi parte adquirí bastantes de los que consideré más útiles ó curiosos para llevar á España, entre ellos un *champan* ó barco chino de marfil, algunos pañuelos grandes y pequeños, un álbum de papel *tinsin* con dibujos de costumbres japonesas, castillos de *bombay*, varias cañas para bastones excesivamente baratas, hermosos ejemplares de conchología, preciosos abanicos en realce de seda, y otras menudencias.

Antes de pasar más adelante, me veo obligado á manifestar algo respecto á la colonizacion inglesa, sobre la que hay formada una idea bastante errónea.

La especie de que los ingleses tratan á los *naturales* como esclavos y con refinada crueldad, es enteramente incierta, pues gozan bajo su dominio, por el contrario, de la libertad más amplia en todos sus actos, religion y costumbres, obligándoles tan sólo á respetar severamente las leyes de órden y gobierno.

El fanatismo, que no puede ménos de reinar en estas numerosas razas, que representan 180 millones de almas entre la poblacion del mundo, les conduce alguna vez hacia la rebelion en determinadas localidades, y entónces sufren todo el cruelísimo rigor de un castigo y ejemplo precisamente necesario, pues de otro modo fuera imposible la dominacion de aquel inmenso pueblo. El indígena no estima en general á los ingleses, por dañarles el marcado desprecio con que les tratan; pero no pueden

ménos de sujetarse á las reglas de estricta justicia que les impone el ejemplo moral que en ellos reina, sobre todo en el ramo del trabajo y sus productos, que una vez conocidos, les saca de su natural postracion é inercia.

Las vías de la instruccion se hallan abiertas para todos, pero sin imposicion de ningun género, y las Misiones religiosas sólo hacen uso de la predicacion, ajenas por completo á todo auxilio de fuerza material. La propaganda del Evangelio produce, sin embargo, inmensos resultados y conversiones.

El comercio es absolutamente libre en todo el interior, así como la exportacion, una vez pagados los derechos de embarque, que producen al Erario sumas fabulosas. La vagancia es activamente perseguida, y las atenciones locales, obras públicas y demas cargas de municipio se llevan á cabo cediendo siempre, sin reparar en los gastos, en favor de licitadores, á quienes se conceden derechos ó privilegios especiales, y eligiendo al que presenta, no las proposiciones más baratas, sino al que ofrece mayores garantías y lo ejecute mejor.

La administracion del Tesoro forma como un fondo comun, y se halla simplificada hasta el último extremo, evitando obligaciones al Estado y sosteniendo un reducidísimo personal de empleados.

Los ingleses ejercen el sistema completamente opuesto al de los españoles, y la verdad es que, aunque el nuestro no puede dudarse de que es peor, segun los resultados que produce, ambos tienen sus notables defectos. Nosotros, porque desgraciadamente no estudiamos nunca las condiciones y carácter de los pueblos que dominamos, porque permitimos que se impongan los intereses particulares ántes que los generales, olvidando hasta la imprescindible y fuerte necesidad de sostener á todo trance muy elevado el nombre español, que muchas veces parece que nuestras propias autoridades se complacen en desacreditar y humillar. Ellos, porque ejercen con exceso el principio del egoismo británico, mirándolo siempre todo bajo el prisma principal del negocio.

¡Cuánto recordé en aquellos dias el acertado término medio de los ilustrados holandeses, y de que ya he hablado en la primera parte de este libro!

La ley del trabajo, estricta justicia y dulzura á un tiempo con todos los indígenas, honrar el honor del pabellon de la patria como el primordial deber de la administracion, y libertad sin licencia, para todos y cada uno; resultando de aquí el respeto que merece la fuerza cuando es indulgente, el cariño al protector y el beneficio racional y legítimo de los intereses de la nacion.

Fáltame citar dos detalles del dominio inglés en Singapoor, y que servirán por sí solos para formar juicio en cierto sentido, que apénas los españoles podemos comprender.

En esa capital de 300.000 almas, la fuerza pública se reduce á dos compañías de europeos y otras dos de cipayos, un pequeño destacamento de artillería y otra pequeña seccion de policía, vendiéndose en todas las tiendas de los *malayos* numerosas armas modernas de distintas clases y abundantes municiones, con completa libertad.

La policía indígena y pequeñas autoridades de igual procedencia, no tienen derecho ninguno á imbuirse en lo más mínimo de la conducta pública ó privada de cualquier inglés, á lo cual sólo tienen derecho la autoridad de su nacion y sus delegados, siendo á la vez los ingleses todos autoridad de los naturales.

## IV

*Singapoor* goza del clima más caluroso de la tierra, pues, próxima al Ecuador, ocupa la siguiente situacion: 110° 4' de longitud y 1° 16' latitud N.

Cercanas á este punto se agrupan una porcion de islas pequeñas, así como la costa de Sumatra, dando lugar á que durante todo un dia navegásemos como por un ancho canal, contemplando bellísimos y variados panoramas. La vegetacion, aunque parece inferior á la de Java y áun á la de Mindanao,

en Filipinas, es, sin embargo, poderosa. La tierra que observé en los alrededores se componia mayormente de ocho partes en esta proporcion:

| | |
|---|---|
| Aluminia.......... | 3 |
| Hierro............ | 1 |
| Sílice............ | 2 |
| Cal............... | 1[2 |
| Magnesia.......... | 1[2 |
| Manganeso......... | 1 |
| Total........ | 8 |

El dia 1.° de Febrero salíamos del estrecho y entrábamos en plena mar, surcando el gran golfo de Bengala, que aunque nos anunciaron que debíamos encontrarlo en calma, resultó despues que sus aguas andaban retozonas y sin cumplir los deberes que les debia imponer la *monzon* reinante.

Los marineros aseguraban, sin embargo, que aquello no tenía importancia alguna, y que no existia la menor contradiccion; sin que bastara para desmentirles nuestras ansias y penosas sensaciones del mareo.

Algunas horas despues de la salida del estrecho, habíase confirmado el pronóstico, restableciéndose la quietud de las olas, y reapareciendo á bordo el buen humor y el bienestar de las señoras y resto del pasaje.

## El Indico.

### I

Por segunda vez me veia obligado á atravesar el dilatado Océano Indico; ántes por su larga extension del Sur, y despues por la del Norte.

Nos dirigíamos desde aquel momento hacia *Aden*, y se nos dijo, con harto sentimiento mio al escucharlo, que no haríamos estacion en *Punta de Gales*,

con lo cual se nos obligaba á recorrer la larguísima distancia de 4.230 millas, que representaban quince ó diez y seis dias de continuo flote y sin el grato placer de poner pié en tierra.

Los dias se hacian largos y monotonos, sin que las distracciones posibles de á bordopudieran llenar aquel prolongado vacío.

Formábamos un grupo de viajeros entre los que reinaba la más plácida y perfecta armonía, dando lugar la mútua y agradable confianza, así como el deseo de distraer los ánimos, á muchas conversaciones del tenor siguiente:

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

—Vamos á ver,—decia D. J. (arrellanándose en su butaca mecedora y despidiendo densas nubes de tabaco por boca y nariz),—D. M..., usted que allá en su juventud se pintaba solo para estas cosas, vamos á ver cómo arregla usted aquí, que no le faltan buenos elementos, una compañía dramática y se ensaya alguna cosita sencilla, como, por ejemplo, el *Sí de las niñas* ó *Guzman el Bueno*.

—¿Yo?... ¿Está usted loco? D. J.?

—No señor, nada de eso; y por el contrario creo que no nos hará usted un desaire en el asunto.

—Sí, sí; eso es,—repetian las señoritas y los pollos (que siempre han de ser impertinentes y monos de repeticion).

—Bien, bien, caballeros; basta que lo pidan las damas para no poder rehusar ese favor, que no lo es, pero que aunque no lo sea, tiene sin embargo para mí, que puesto que se... En fin, lo primero que se requiere es saber qué personas van á tomar parte en la obra que se elija, y cuál ha de ser ésta.

—Aquí tiene usted una porcion de señoritas donde elegir los papeles del sexo,—exclamaba D. Pancracio, empleado muy obeso de carabineros, y sin embargo cesante;—en cuanto á galanes...

—Comprendo, sí, señores, tienen ustedes mucha razon, y vamos á empezar desde luégo por elegir la comedia. Yo traigo en la maleta un magnífico drama de costumbres en tagalo; lo podemos traducir y...

—Sí, sí, eso es; lo traduciremos y lo representaremos,—repetian todos.

—No tiene más que diez y nueve personajes y comparsas; pero quiere decir que si no nos queda público, tomaremos todos parte en la funcion y no nos expondremos á sus muestras de desagrado, caso de que no lo hiciéramos bien, lo cual creo absolutamente imposible, dadas las especiales dotes que nos adornan...

—¡Bravo, bravo!—gritaron los pollos.

Sólo una señora dijo que ella no podia tomar parte en la ejecucion *porque nunca las habia visto más gordas*. (Histórico.)

La funcion debia componerse además de unas playeras cantadas por mi amigo C., de algunos juegos de manos, cuadros plásticos y un solo de cornetin, con acompañamiento de guitarra, en el cual fuí invitado con insistencia á que luciera mi habilidad.

Tomáronse todas las medidas necesarias, repartiéronse los papeles, escribiéronse los programas y nada se olvidó, si se exceptúa el no haber contado con el genio caprichoso del Océano, que con unos cuantos tumbos formales aguó por completo todos los proyectos y planes dramáticos.

Á los tres dias el tiempo habia mejorado; pero la comedia fué relegada al olvido, suscitándose una nueva idea, que consistia nada ménos que en la fundacion de un periódico.

Como me consideraban literato (que es llegar al límite de la consideracion), fuí espontáneamente nombrado director; y lo más raro del caso es que yo acepté con orgullo aquel honroso cargo, aunque impuse la condicion de que no habíamos de carecer de *fiscal de imprenta*, y que éste precisamente habia de ser mi querido amigo Andrés, con lo que me prometia la seguridad de un trueno ó algo muy entretenido.

Repartí, pues, el trabajo entre las distintas eminencias, y me puse á redactar el primer artículo de fondo que debia aparecer en *El Acuático*, y que decia, poco más ó ménos, algo por este estilo:

«¿Conque se trata de un artículo de fondo, es

decir, profundo, en un periódico acuático, es decir, líquido? ¿Saldré con bien de este apuro salitroso? Veremos. Escribir artículos de fondo, precisamente sobre el fondo del mar, no puede ofrecer mayor dificultad, por aquello de la similitud, lados homólogos, ó dime con quién andas y te diré quién eres.

»Sondearemos, pues, el impenetrable abismo de oxígeno é hidrógeno que nos sirve yo no sé cómo de punto de apoyo, y si no con caña ó *calabrote*, á lo ménos con la pluma, veremos lo que se pesca.

»¡El mar! ¡Ah, el mar! Mas todavía, ¡el fondo del mar! ¡Los misteriosos abismos sub-acuáticos del mar!... ¡Oh!...

»La historia antigua y moderna del confuso albergue que ocupa toda la familia de nadaderas, entre la que descuella eternamente una brillante iriada de sirenas que cantan con la boca llena de agua salada. Esa soberbia muestra del bello sexo compuesto de ligeros gases condensados, y de cuya existencia real han tenido algunos (afortunadamente muy pocos y sin autoridad para el objeto) el atrevimiento de establecer dudas importunas.

»¿Os gustan los cuentos? Oidme:

»Allá sobre una hermosa y suave colina de coral, de color encendido cual rubor de virginal doncella, rodeado de frondosas algas y rompientes espumosas que besaban su pié, se levantaba aéreo y majestuoso el olímpico castillo de las Ostras.

»Allí habitaba desde remotas singladuras el conde Escalario de las Tortugas, persona de muchas conchas, con su noble esposa doña Almeja de *Caracoles*, que por sus prendas y carácter era una verdadera *lapa*. Este matrimonio de estirpe *molusca* produjo por uno de esos fenómenos de las caprichosas *rompientes* é inesperados *escollos* de la naturaleza un divino resultado; esto es, una hija encantadora que debia enorgullecer á sus papás. La niña, que á la sazon contaba quince primaveras *equinocciales* y lo ménos mil de belleza y hermosura, era una *náyade* que no habia más que pedir. Sus *escamas* eran brillantes, sus ojos cual de *foca* y negros como las borrascas del Océano; sus cabellos dorados cual las *on-*

*das* de los *Trópicos* iluminadas por el Sol; su boca sonriente y perfumada como el *ámbar* de *Osman*, y todas sus formas causaran envidia á la más hermosa *delfina* ó á la más coqueta de las graciosas *doncellas*.

»Esta *babay* del *Indico* tuvo á bien aprisionar su tiernísimo corazon entre las redes amorosas de un jóven príncipe llamado *Balate de las Playas*, muchacho que nunca se pegaba á las rocas, sino siempre á lo que más le convenia.

»Ahora bien, este pez tenía un padre á quien titulaban por mal nombre el *Langostin*, enemigo acérrimo y declarado del conde de *Escalario*, á causa de la posesion mejor ó peor adquirida de unas *perlas sílices*, y cuyo pleito *cetáceo* daba lugar á continuas batallas submarinas entre aquellos dos hijos aristocráticos de *Neptuno*, en donde las *rayas*, *tiburones*, *tintoreras*, *kaimanes* y *serpientes* descomunales convertian un mar de agua en un mar de sangre, haciéndose la guerra á *carta geográfica*.

»Era una deliciosa tarde *austral*, cuando ligera y esbelta *nave* cruzaba el plácido y trasparente *golfo de Bengala*: mecíase cual tenue y vaporosa nube á impulsos de la delicada brisa, y silenciosa y sensible cual el ósculo amoroso que arranca dolientes y callados suspiros del alma en las soledades del desierto.

»¿Creeis posible que fuera uno de esos prosaicos edificios flotantes de madera ó hierro, pobre y mísera invencion de la distinguida raza *bípedo-mamífera* racional?

»No; aquella artística *gabela* es de blanquísima espuma que se revuelve dibujando ideales contornos sobre una fina y dorada *esponja*, reflejando fantásticamente brillantísimos rayos de luz solar que se quiebran en mil variados colores sobre la sonrosada bruma que la rodea, y que se engalana por todas partes con caprichosas fajas de *perlas, topacios* y *esmeraldas*.

»Cien *sirenas*, cual *céfiros* y más suaves que un guante, prestan voluptuosas, en diversos grupos fascinadores, sus encantos al *amariscado* palacio que

se desliza sutil por la superficie de las aguas, arrastrado por el poderoso impulso de otras cien *ballenas*, despidiendo altas columnas del elemento en que flotan.

»En la cúspide elevada de aquel magnífico *aquarium* veíase seductoramente recostada á la imponderable y lindísima *Copiña*, la *náyade* del castillo de *Las Ostras*, que hacía las delicias de Balate. El calor era sofocante, y cuatro esbeltos *salmones* abanicaban aquel primor femenil con sus relucientes colas.

»Copiña sonreía, agitaba las largas hebras de sus cabellos de oro, y todo el fuego de su fascinadora mirada se fijaba constantemente en el límpido horizonte, en donde á poco apareció su amante embarcado en un inmenso *Taclobo*.

»Sus ojos se encontraron en la corriente magnética de la pasion, y poco despues, reunidos aquellos dos séres casi etéreos, formaron esa divina aglomeracion de encantos que sólo comprenden aquellos que la experimentan.

»El Océano fué testigo mudo de un inolvidable secreto; muchos peces sacaron su cabeza al aire para mirar al soslayo y zambullirse despues, con objeto de que no escasearan tampoco en sus regiones desconocidas los cuentos y chismes de vecino.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

»Como consecuencia natural de aquella entrevista inesperada, verificábase al poco tiempo el regio enlace de la inapreciable *Copiña* y simpático *Balate*.

»Olvidáronse todos los rencores, y doña Almeja regaló en dote á su hija un magnífico y vasto palacio de fuego, que aún sigue habitando en el fondo de estos mares.

»¿Han comprendido ustedes ahora el motivo de esas brillantes fosforescencias que tanto nos llaman la atencion en la superficie del golfo que atravesamos?

»Pues eso son ligeros reflejos del palacio de Copiña.

El Director.»

II

El dia 4 del mismo mes y á las ocho de la mañana, nos hallábamos frente á la costa de Ceylan, y lo bastante próximos para distinguir la mayor parte de sus magníficos detalles, entre los que sobresalia la ciudad, y que, segun los informes que adquirí por los oficiales del *Cádiz*, tiene como tal escasa importancia. Veíase una blanca y elevada torre, que dijéronme pertenecia al templo católico, fundado por el célebre P. Martin, misionero de la Orden de Benedictinos, y el cual hacía muchos años ya se habia establecido en dicho punto, honrando con sus preclaras virtudes el nombre español.

El aspecto de aquellas fertilísimas costas, que formaban una masa compacta de riqueza forestal y gigantesco desarrollo, revelaba la justa fama que en tal concepto disfruta la isla, y donde por tal motivo, sin duda, llegaron á suponer algunos la existencia del Paraiso terrenal.

La brisa provenia entónces de aquellas playas, y no dejamos de notar que llegaba hasta nosotros, perfumada por las emanaciones olorosas que con tanta fuerza se desprenden de aquella privilegiada vegetacion. Aquel agradable aroma, tan peculiar y delicado, lo producen la inmensa abundancia de los árboles de canela y alcanfor, el ilang-ilang é infinidad de plantas aromáticas de mayor ó menor tamaño.

En aquella notable isla se encuentran numerosas piedras preciosas, diamantes, esmeraldas, perlas y otras inferiores, que pueden adquirirse á precios relativamente ínfimos.

A las tres horas doblamos el cabo que se denomina *Punta de Gales*, penetrando inmediatamente despues en el golfo de Osman, ó más propiamente hablando, en el mar de Arabia, cuyas aguas hallé más agitadas de lo que convenia á mi débil espíritu marino.

En aquel mismo dia tuvo que ser arrojado al

agua, en la forma que se acostumbra en los buques, un pobre artillero que regresaba enfermo á su patria y que habia fallecido la tarde anterior, á consecuencia de los efectos de una pertinaz disenteria contraida en la campaña de Joló, defendiendo el derecho de la Nacion.

Horrible y triste acontecimiento para su pobre y cariñosa madre, que sin duda aguardaria anhelante al hijo querido para prodigarle con afan sus tiernos cuidados de sin igual amor, esperando restituir con aquel medicamento radical é imponderable las fuerzas vitales que en remotos climas habia perdido el trozo más querido de sus entrañas.

Aquella separacion del órden natural en la existencia del hombre, arrojado á la tumba del Océano, en donde inmediatamente despues debe ser pasto de los fieros tiburones, causa una irremediable sensacion, extraña y glacial, semejante al frio de la muerte.

## Africa.

### I

Navegábamos con suma rapidez, y las distancias disminuian á merced del vapor, de esa benemérita palanca del siglo de las luces, que empuja á las generaciones con irresistible impulso hacia la eterna ley del progreso.

El dia 13 dimos vista á las islas de *Socomora*, las cuales forman un pequeño archipiélago completamente deshabitado, y que sólo sirve algunas veces de refugio á los piratas. Se hallan situadas en la embocadura del golfo de *Aden*, y casi enfrente del cabo de *Guardafui*, el cual debíamos remontar durante la noche con mar ya tranquila, y convertida en una superficie fija y trasparente, alumbrada por la luna, que supo contribuir con su clara luz á evitar los peligros que ofrece el internarse en aquel estrecho sembrado de *bajos* y *escollos*.

No hacía mucho tiempo que un vapor de las *Mensajerías francesas* hubo de chocar y embarrancar

sobre aquellos temibles bancos ó arrecifes, perdiéndose por completo el buque con su cargamento, y salvándose afortunadamente la tripulacion y pasajeros, no sin grandes sinsabores y penas, pues que en tales casos se ven expuestos á sufrir cualquier agresion de los árabes. Sólo les contiene bastante, aunque no siempre, el tratado que tienen establecido con los ingleses, y por el que se obligan á dar proteccion y amparo á los náufragos.

De todos modos, las horribles molestias que tuvieron que sufrir los desgraciados pasajeros del *Maikong* en el desembarco, recorriendo el largo trayecto que por sendas áridas y difíciles debia conducirles al lugar más próximo de refugio, y abrasados por el fuerte sol del desierto durante dos largas jornadas, dió por resultado la muerte de tres ó cuatro de ellos.

## II

El 14 teníamos ya cerca la costa de *Abisinia*, que trajo á mi memoria la de Marruecos, y sobre todo las de Melilla y Chafarinas, por su configuracion y por su aspecto triste y desolado.

En ella pude observar, separadas por largas distancias, algunas torres blancas y circulares, que oí anunciar como casas ó viviendas de los habitantes de aquel continente, y las cuales hube de comprender pronto que no eran otra cosa que atalayas ó *miradores* por su forma, elevacion y situacion.

Durante aquella época del viaje, ocurrióseme la idea de que existen muchas veces grandes motivos y puntos de semejanza entre objetos completamente diferentes y distintos.

Por ejemplo: entre la máquina del *Cádiz* y mi buen amigo Andres.

Fijemos, pues, la comparacion citada, y veremos que miéntras aquélla con su poderosa fuerza de 500 caballos nos empujaba siempre con el mejor deseo (dado que lo tuviera) hacia al fin de tan largo viaje, Andres, vertiendo un continuo raudal de chistes, que solian herir alguna vez un poco el delicado sis-

tema nervioso de las niñas, acortaba tambien, en combinacion con la máquina, lo largo de nuestro fastidio y aburrimiento.

Ambos formaban, digámoslo así, las propiedades semejantes de una figura imaginaria.

Andres, á quien de seguro conocen todos mis lectores militares, es el mejor de los amigos, y aunque goza con razon de la fama de tener muy mala lengua, jamas, sin embargo, daña ni ofende, por aquello que se dice de *cosas de Andres*.

Los términos y modos con que se expresa son siempre originales, exclusivamente suyos y únicos en la especie. Su carácter, su corazon y todas sus cualidades morales se hallan al descubierto, sin que para nadie quede oculto el más mínimo detalle á los pocos momentos de tratarle.

Su crítica chispeante de los hombres, de las mujeres sobre todo y de las cosas, es muy ingeniosa, careciendo de toda clase de pretensiones, que él no conoce, pero que muchas veces obedece al principio de un criterio ilustrado, al que cuidadosamente sabe no dar importancia alguna.

Expondré alguna muestra de las originalidades de mi querido amigo.

—¡Manolito!—me dijo una mañana, llamando mi atencion.—Escucha cómo se expresa el eminente *Balzac*, que ha visitado España, respecto de nuestro idioma y costumbres. Lee lo que dice aquí (y me enseñaba la página 90 del libro de aquel autor que lleva por título *Vautrin*).

Tendí mi vista sobre los renglones que me indicaba con el dedo, y efectivamente encontré que, segun el literato frances, *D. Inijo Jan Varaco Cardaval de los Amoangos las Frescas y Peral... noble aragones, contrajo relaciones con doña Mendez, amiga del general Cruslamiante*.

Dobló despues algunas hojas y me hizo ver que, segun Balzac, el título del marqués de la *Ensenada* significaba *En, si, nada*, afirmando esta libre traduccion.

—¿Por qué no habrá fiscales de imprenta para estas cosas?—exclamaba irritado Andres.

Hablando de nuestros novelistas, decia de Escrich que todas sus obras eran un compuesto preciso de *un inglés excéntrico*, *una Biblia*, *las brevas de Guanabacoa*, *un naufragio*, *el almacen de Arenas*, *la caza de la perdiz*, y otros varios factores comunes á todas ellas.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El 22 hacia el mediodía, nos encontramos delante de la costa de Arabia, donde se halla situado Aden.

Conforme nos fuimos acercando y se dibujaban los accidentes de ella, destacóse un promontorio oscuro, descarnado y casi fatídico. Allí ondeaba la bandera inglesa, desafiando por el interes colonial los efectos de un clima mortífero, la carencia absoluta de agua y todas las necesidades inherentes al europeo.



Aquel promontorio, á la vez que elevado, se presenta en la forma de un abanico abierto extendido sobre la superficie del mar, y adherido al continente por el mango ó varillas. Está admirablemente fortificado en todos sus extremos ó salientes, pudiendo cruzarse por todas partes los fuegos de sus baterías, y el conjunto garantiza sin duda alguna la seguridad y refugio de cualquier escuadra que puede fondear en su excelente bahía. Su posicion topográfica lo constituye tambien como el centinela perpetuo de la entrada del mar Rojo; y por consiguiente, tiene la mayor importancia bajo el punto de vista militar.

He observado que los ingleses demuestran siempre en sus conquistas una marcada predileccion á los picos del mapa. El *Cabo de Buena-Esperanza*, la *Península Malacca*, el *Indostan*, etc.; y tambien que estos *picos* saben convertirlos pronto en respetables *cantidades*.

III

*Aden* es un gran depósito del comercio inglés de las Indias y Australia, sobre todo bajo el punto de vista de recursos para la marina.

La poblacion europea, situada en un árido declive, y á 100 ó 150 piés sobre el nivel del mar, se

compone, próximamente, de algo más de un centenar de casas, de buena construccion, y rodeadas en general de galerías completamente al estilo árabe, tal cual se observan muchas en el interior de aquel país, y todas con azoteas que permiten aprovechar las aguas pluviales, tan precisas y necesarias. Existen magníficos cuarteles, buena casa-gobierno y numerosos almacenes de carbon, víveres y efectos navales.

Tres millas distante de este punto, y al otro lado de la colina, se encuentra la ciudad indígena, cuya poblacion se compone mayormente de *árabes* y *abisinios*. Los primeros, aunque de color bronceado bastante oscuro, muestran mucha regularidad en sus facciones, asemejándose á las del hombre del Norte. Tienen el pelo muy áspero y rizado, el cual llevan casi todos teñido con un fuerte color rojo, que elaboran con barro calizo especial de aquel suelo. Los segundos son verdaderos africanos, de labio grueso, nariz achatada y de piel enteramente negra como los cafres. Existe tambien en *Aden* un respetable número de indios.

Al recorrer aquella poblacion, penetré con Mr. Williams, pasajero inglés del *Cádiz,* en una casa donde se nos ofreció el más exquisito café que he saboreado en mi vida. Su aroma era delicioso y formaba los encantos del verdadero aficionado á este rico brebaje.

Servíanlo en tazas bastante pequeñas y rodeadas como de un envoltorio de paja, no sólo con el objeto de conservar perfectamente su calórico, sino que para poderlas coger con comodidad.

Los árabes fumaban con placer cigarrillos de papel, y me convencí de que esta invencion española se extiende cada dia más por el mundo.

Allí visité tambien la pequeña Capilla católica, donde reposaron algunos años los restos de los generales *Mackron* y *Salcedo*, ambos víctimas de los fogosos calores del *mar Rojo;* muriendo el primero al dirigirse á Manila, y el segundo al regresar á España.

Lo más notable de Aden, son las famosas cisternas ó depósitos de las aguas, cuya fundacion se re-

monta hasta la historia antigua, y que los ingleses han sabido aprovechar y perfeccionar de una manera realmente prodigiosa, con notables trabajos que forman una magnífica cadena descendente de obras subterráneas, curiosas y de indiscutible mérito.

En Aden, como en todas las colonias inglesas, los oficiales del ejército disfrutan de lujosos pabellones en los cuarteles, y de otros privilegios que les da mucha fuerza moral y prestigio entre los naturales, á quienes las insignias de aquéllos les causan el más profundo respeto.

La guarnicion se compone de dos regimientos de infantería, uno de artillería, una ó dos compañías de ingenieros, obreros y alguna caballería.

El aspecto general de aquel sitio es, como dije al principio, sumamente triste, y hay algo que conmueve en la contemplacion de aquellos negros peñascos desnudos de toda vegetacion, y sobre los cuales descansan aquí y allá imponentes baterías dispuestas á sembrar la muerte por el extenso y árido desierto que por todas partes las rodea.

Como consecuencia natural, el clima es insano y reinan constantemente fiebres perniciosas que causan numerosas víctimas entre los ingleses, apesar de todas las medidas higiénicas que tienen establecidas, incluso un grandioso y magnífico ponton-hospital, situado sobre las aguas del mar, bastante alejado de la costa y perfectamente sujeto para evitar los peligros de las olas.

A las nueve horas de permanencia en aquel puerto salimos en direccion de Suez, 1.480 millas distante, penetrando en el *mar Rojo* por el estrecho de *Bab-el-mandeb*, que significa *Puerta de las lágrimas*.

## El mar Rojo.

### I

En las primeras horas divisábamos las dos costas de Asia y Africa.

La de *Arabia*, mostrando extensas y arenosas playas en primer término, despues dilatados desier-

tos con ligeras alteraciones, y en el fondo el límite formado por azuladas cordilleras, cuyas cúspides se confundian en el horizonte con un cielo nebuloso, triste y pálido.

La de *Abisinia*, presentándose formada por un archipiélago sucesivo de pequeños islotes y arrecifes, entre los que se internaba el mar, describiendo tortuosas canales, y constituyendo aquel paraje un adecuado refugio de la antigua piratería, que tantos estragos hizo ántes en aquella parte del globo.

Aunque nada pude percibir con la vista, ni con la poderosa ayuda de unos excelentes *gémelos*, adiviné en dónde se asentaba la ciudad de *Moka*, que me señalaban los oficiales del vapor, siempre complacientes y deseosos de serme algun tanto útiles en la redaccion de mis apuntes.

Los marinos, cuando no se les importuna con pretensiones ridículas como hacen muchos viajeros, son siempre generosos y amantes de practicar el bien en todos conceptos.

Moka se halla encerrada entre ruinosas murallas circulares, sobresaliendo en la parte Norte un gran fuerte, casi desmantelado y en forma de asa, lo cual ha dado lugar á encontrarle mucha semejanza con la figura de una taza.

Rodean á esta poblacion multitud de verdes palmeras y extensos cafetales, donde se produce el fruto tan famoso, y con cuyo nombre se reconoce el superior del mundo, lo cual es absurdo, pues tanto el de Filipinas como el de Java, si no de superior calidad, son por lo ménos tan buenos como aquél.

En esto sucede lo mismo que con la suposicion que existe respecto á las ventajas del café llamado de *caracolillo*, que sólo consiste en granos que se arrugan más ó ménos por la accion del sol, y que pertenecen á la misma planta de donde se extraen los demas.

Conveniencias estudiadas del comercio.

El dia 16 volvíamos á hallarnos con el grandioso pero cansado espectáculo de agua y cielo, pues se habia fijado el rumbo por el centro del mar Rojo y perdimos de vista las costas de ambos lados.

El *mar Rojo* recibe sin duda este nombre de las capas de polvillo de color rojizo que lanza algunas veces sobre sus aguas el *Simoun* del desierto, lo cual, cuando acontece, es sólo durante una breve permanencia. Por lo demas, ni sus fondos ni ningun otro detalle exterior ó próximo motivan suposiciones sobre el indicado nombre.

Para cruzar este importante y peligroso mar, llevábamos á bordo un práctico árabe con su magnífico turbante de tres colores y larga *chilaba* blanca, traje que realzaba su buena presencia y desarrollada estatura. Este personaje, que tenía autorizacion del capitan á bordo para pedir y comer cuanto quisiera, se ceñia exclusivamente á tomar dos gallinas cocidas, una por la mañana y otra por la tarde, sin que los esfuerzos de muchos de nosotros llegaran jamas á hacer posible que alterase en lo más mínimo el régimen que se habia impuesto, en todo conforme con las prescripciones de su religion, que prohibe hacer uso de la grasa ó carne de cerdo, así como del vino.

Era aquel moro un buen mahometano, y completamente distinto de algunos que yo he conocido en nuestras colonias de Africa, que distinguíamos por los nombres de *Pata-gorda*, *Mombiel*, *Mal-diablo*, etc., y que, sin embargo, tomaban *turcas* con la misma facilidad que se toma dinero ó cosa que lo valga.

## II

La suspension de incidentes ó novedades que pudieran entretener al pasaje reanudó de nuevo el tresillo, el piano, la lotería y las bromas de Andrés, á las que ya se habia acostumbrado tanto todo el mundo, que nadie sabía pasar sin ellas.

Hoy recuerdo que una de las tales consistió en hacer creer mi amigo á las señoritas que habia escuchado y oido una larga conversacion de las mismas oculto cerca de su camarote, conversacion que él relató con el tono propio y grave de la verdad, y en que decia que las expresadas señoritas criticaron y

pusieron á su modo de relieve todos los defectos, prendas de carácter, condiciones y garantías de que disfrutaba individualmente el sexo feo de á bordo; y era de ver cómo alborotaron las niñas, y con razon, para defenderse de aquel injusto cargo, y cómo Andres, enmedio de estrepitosas carcajadas, afirmaba su aserto, exclamando repetidas veces:

—¡Cuando se alborotan ustedes tanto, es la mejor prueba de que digo la pura verdad!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El tiempo habia empeorado un poco, observándose en direccion de la proa el cielo denso y negro, que titulan los marinos *cerrazon*.

Mis continuos temores en el mar no habian disminuido, pues si nos veíamos ya libres de los *vaguios* del mar de China y de los *tornados* del Indico, que se desarrollan con el encuentro de los vientos ecuatoriales y polares, podíamos en cambio experimentar alguna *borrasca* de las que fácilmente se forman en los golfos ó mares largos, estrechos y de poco fondo, cual relativamente acontecia con el *mar Rojo*, espanto de los antiguos historiadores Estrabon y Artemidoro.

El desierto, que pude adivinar á larguísima distancia durante corto espacio de tiempo, presentaba en el horizonte un color gris oscuro de mal agüero.

Teníamos el oleaje y el viento de proa, lo cual no sólo producia el inconveniente de bruscos balances que tanto malestar causan, sino que ademas retardaba nuestra marcha notablemente; pues apénas podíamos hacer más de 6 ó 7 millas por hora, cuando la velocidad ordinaria del *Cádiz* era por lo ménos de 10.

Afortunadamente para mí más que para nadie, no hubo consecuencias, y me tuve que contentar con la opinion del capitan, que me decia: *Nada, hombre, nada; un poco de viento fresco.*

El mar es mi manía, y hubiera deseado pagar mi tributo á la naturaleza allá para los tiempos en que la abundancia de globos, túneles, puentes aéreos,

canales y ferrocarriles de todas especies, hayan dado fin á la necesidad de navegar.

Los mares pertenecen de derecho á los peces, y es una tontería empeñarse en privar á esos animalitos de su legítima independencia, asustándoles con las palas de los hélices, anclas, cañonazos y otros ruidos que deben causarles continuada molestia.

*Mecca*, capital de la Arabia, adonde se dirigen las caravanas de peregrinos musulmanes en crecido número para visitar el sepulcro de Mahoma, se hallaba al poco tiempo á nuestra altura, pero invisible.

Ya habrán oido ustedes referir que dicho sepulcro se sostiene en el aire apesar de sus grandes dimensiones, y que el milagro se lo cuelgan á las propiedades del iman.

Hay cosas que requieren, para conocerse bien, emplear el sistema de aquel santo: *ver y creer*.

## El Canal.

### I

A los cuatro dias de nuestra salida de Aden penetrábamos en la estrechez que forma el mar Rojo en su parte norte, y que pudiéramos denominar el Canal natural.

Al N-E. y á la altura del golfo de Akaba, contemplé el monte Sinaí, desde donde Moises dió á la sociedad las leyes que habian de engrandecerla y moralizarla.

Los naturales del país no convienen en reconocer aquel monte como el de Sinaí, sino otro que se halla mucho más al interior.

Aquella noche, á las diez de ella, fondeamos en la pintoresca bahía de Suez, cuya elegante perspectiva no pudimos admirar hasta el dia siguiente.

Suez, poblacion mixta del Asia y Europa, donde se confunden las costumbres de la molicie oriental con el movimiento y actividad de la civilizacion,

ofrece campo curioso de estudio y muy digno de la atencion del viajero. El número de habitantes que la pueblan pasa de 50.000. Forman la bahía de este pueblo, importante hoy, cinco ensenadas, hallándose establecido en las orillas extremas de una de ellas. No carece de buenos muelles de carga y descarga, algunos edificios bastante notables pertenecientes á los europeos, en general franceses é italianos, grandes almacenes, diques, muelles portátiles para trasladar de un punto á otro, dragas, pequeños vapores en gran número, y cuanto constituye un verdadero centro de vida comercial.

El puerto se halla situado en la misma entrada del Canal, y por todas partes se revelan los grandiosos trabajos de la obra inmortal de Lesseps, cuyo busto, de gran tamaño, artísticamente colocado sobre un esbelto pedestal, en la orilla opuesta de la embocadura, parece revelar al mundo que allí confluye á cuánto alcanza el hombre con los poderosos auxiliares de la ciencia y el genio.

¡Gloria á Lesseps, cuyo nombre será tan duradero como el trascurso de los siglos en la historia venidera de los tiempos!

A las nueve de la mañana penetramos en el famoso Canal, y embebido en su contemplacion me sentí orgulloso de ser hombre y poder admirar hasta dónde alcanza su inteligencia, creando verdaderos milagros que obedecen sin embargo al estudio, al cálculo matemático y á la razon.

Comprendí los esfuerzos é infinitas obras de importancia que debieron llevarse á cabo, como *diques*, *puentes provisionales*, *desagües*, *grandiosas presas*, etc., para dar feliz término á las actuales.

Los vaporcitos ligeros que con vertiginosa rapidez cruzaban en diversas direcciones, aquel confuso pero admirable cuadro que componian las máquinas de los descargaderos y las dragas, el estridente piston de las calderas, el prolongado ruido y movimiento de innumerables cadenas, la algarabía de los árabes con sus gritos, los judíos, africanos, franceses, ingleses, italianos y otros de distintas nacionalidades hablando todos los idiomas, y por último, las mil banderas de distintos países que, flotando por

todas partes, parecian saludar unánimes al genio colosal del progreso, me produjo una de las sensaciones más gratas que jamas haya sentido.

Poco despues navegábamos entre los enormes desmontes de finísima arena, cuyo fácil desprendimiento tanto dificulta los trabajos por ambos lados del desierto.

Las exclamaciones que proferian de continuo las personas del pasaje, iban fijando mi atencion en los objetos que se presentaban á la vista.

¡Qué preciosa casita! decia uno. No señor, es una estacion de parada, decia otro. Están ustedes equivocados, exclamaba un tercero; eso está destinado á los guardas. ¿Ven ustedes por allí aquella caravana? Mirar, mirar los camellos. ¿Cómo camellos? Son dromedarios, lo cual no es lo mismo; reparen ustedes, si gustan, el tamaño y las jorobas, sin que esto sea alusion, doña Manolita, y usted perdone. Por aquí vienen muchos turcos y soldados egipcios. ¡Qué sucios van! Hombre, hay que tener presente que es muy temprano, que acaban de salir de su servicio de noche en el Canal, y que aún no se han hecho la *toilette*. ¿Pero y esos caballos tan flacos, y esos sables tan largos metidos en una funda de tela? Pero amigo D. J..., ¿cree usted que va á encontrar estos carabineros como los húsares de Madrid? Sea usted razonable. Lo que yo digo es que les falta mucha policía, y la policía es la base fundamental del ejército, porque cuando yo mandé el batallon de francos de... Yo prefiero mandarlos de pesetas, dijo un cesante de Hacienda pública. Pues repito que allá en Conchinchina tuve que... ¡Ay D. J., no nos cuente usted esa campaña, porque nos quita enteramente las ganas de almorzar! ¡Pero Dios mio, cuánta draga y cuanta gente trabajando! Esto es un infierno. ¿De qué son aquellos revestimientos? ¿Pues no lo ve usted? De piedra. ¡Pues eche usted piedras! Toma, toma, ya irá usted viendo... etc., etc.

De este modo preocupábanse todos de lo que veian desde la cubierta, hasta que la sonora campana de popa nos llamaba á cumplir con los deberes que impone el estómago.

## II

¿Comprendeis, amables lectores, la belleza del desierto?

Esa belleza existe, os lo aseguro, y si quisiérais convenceros y admirarla, poneos en camino y atravesadle por esa magnífica vía que ha sabido ofreceros el gran Lesseps.

Las ondulaciones casi movibles de suaves rampas y colinas que se asientan sobre las arenas, produciendo extrañas sombras, hacen que la vista lo indague todo, porque se extiende sobre un campo ilimitado, cuyos horizontes diáfanos parecen tambien poderse penetrar, y que están en muchas partes formados por los montes de *La Luna* ó las sagradas cordilleras de Palestina.

Cada objeto, por insignificante que sea, se destaca y muestra claros y detallados sus contornos, pues de cualquier especie que sea, parece como que reviste más esbeltez que en otro lugar.

Luégo el pensamiento, cuando la vista señala algo indescifrable, adivina el oásis y contempla dormida sobre las hermosas pieles de tigre la delicada musulmana á quien su apasionado amante acaricia bajo el ambiente delicioso que se forma entre la frescura de la fuente tan deseada y las palmeras que se inclinan para aspirar ansiosas el perfumado aliento de la hija de los sultanes.

Leed á Shakspeare, á Byron, á Espronceda, y os formareis idea de lo que yo no sé explicar.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

La proximidad de un vapor inglés á quien correspondia continuar su marcha, nos obligó á hacer alto en una estacion destinada al efecto, cual es la costumbre, soltando *calabrotes* que condujo un bote á la orilla para hacer amarras en los postes destinados al efecto.

Quise pisar el suelo del desierto y bajé al bote con mi jóven amigo Mr. Williams, siempre dispues-

to como buen inglés á probar y observarlo todo; teniendo el gusto poco despues de andar por aquellas arenas movedizas, donde se hundian nuestros piés, y ayudar á los marineros en su faena tirando de las pesadas maromas. Mr. Williams, excesivamente contento, gritaba: *¡Splendid, splendid!* (¡Magnífico, magnífico!)

Al segundo dia cruzamos muy temprano los extensos *Lagos amargos*, nombre debido á sus aguas saladas, cosa que no puede ménos de ser así, porque su formacion procede de filtraciones subterráneas del mar Rojo, como igualmente sucede con las diferentes lagunas, más ó ménos grandes, que se encuentran próximas á las orillas del Canal.

Notábase una inmensa actividad en los trabajos que lleva constantemente á cabo la compañía explotadora, la cual tiene empleado un personal numerosísimo; y esto, unido á las innumerables dragas en perpetuo movimiento, los muelles de hierro portátiles para descargarlas, los vapores, las diferentes embarcaciones menores, las estaciones, casetas, pantalanes y su conservacion, las cisternas, el telégrafo aéreo y el eléctrico, constituyen un mundo industrial que el pasajero no puede ménos de extrañar y admirar, sobre todo si procede de Filipinas.

Al mediodía alcanzamos *Ismail*, poblacion enteramente nueva, situada casi al centro del Canal y llamada á ser de mucha importancia en breve término.

Sobre una pequeña altura y próxima á la ciudad vimos la hermosa casa-palacio de Lesseps, cuya construccion moderna es del mejor gusto, descollando tambien próximo el edificio, actualmente abandonado, que se destinó para alojamiento del virey de Egipto durante la inauguracion de las obras.

Continuamos experimentando enojosos retardos para dejar libre el paso á otros vapores que habian penetrado en el Canal ántes que nosotros, y que, por consiguiente, ejercian su derecho. Entre ellos pasó un majestuoso trasporte inglés, que cuando ménos

mediria de cinco á seis mil toneladas, conduciendo el completo del relevo de las fuerzas militares de Aden y otros puntos de menor importancia que posee Inglaterra en la costa de Arabia.

Durante la noche hacíamos alto, como está mandado, hasta el amanecer que volvíamos á proseguir el viaje sin sufrir interrupciones, pues aconteció que, por la misma razon que tengo expuesta, les correspondió á otros dejarnos libre el camino.

En la madrugada de aquel dia, que, segun mi costumbre, me hallaba ya sobre la cubierta observando las maniobras del buque y cuanto acontecia á mi alrededor, tuve la fortuna de ver muy próxima á la orilla, parándose algunos momentos, una fiera del desierto. Segun el capitan del *Cádiz*, que se encontraba conversando conmigo, era un lobo de grandes dimensiones, y segun mi pobre y humilde opinion, un magnífico ejemplar del *perro africano* del desierto, enteramente igual á los que tengo vistos y designados de este modo en el Jardin Zoológico de Lóndres.

El color era negro, el hocico grueso y muy prolongado, enseñando algo sus afilados colmillos, la cola larga y estrecha, sus orejas muy cortas y empinadas, las piernas finas con abultadas uñas y el pelo corto y encrespado.

Tambien ví entónces varias águilas de regular tamaño, negras ó pardas, con collar blanco. Algunas nos miraban impasibles desde los pequeños promontorios donde se posaban, moviendo sólo su elegante y flexible cuello.

Conforme recorríamos el Canal, iba yo adquiriendo el convencimiento de que con el tiempo aquella gran obra artificial llegaría á ser completamente natural, pues pude hacer dos observaciones que creo merecen tenerse muy en cuenta.

La primera es que en muchos puntos los cortes de las arenas empiezan á petrificarse ó endurecerse por la constante accion de las aguas, muy especialmente en las porciones que deja la marea al descubierto cuando baja; y la segunda es que en otras partes y en los mismos cortes se han plantado mu-

chos arbustos de la especie raquítica del desierto, que, disfrutando la sombra de la concavidad que forma el Canal, la frescura y humedad de las aguas, han comenzado á tomar creciente desarrollo, vigorizando sus raíces y troncos, sirviendo un dia, como hoy acontece en algunos trechos, del mejor revestimiento para sujetar las tierras.

Ya cerca de Port-Said se notan muchos trabajos en este sentido, combinando la piedra comun y blanda de aquella region con cal hidráulica, y formando largos muros allí donde más lo exigen las circunstancias.

El dia 24 á las nueve de la mañana desembocábamos del Canal y penetrábamos en el puerto de *Port-Said,* adonde el pasaje tenía grandes deseos de llegar, con objeto de proporcionarse ropa de abrigo, que empezaba á hacer muchísima falta.

Esta ciudad, una de las más importantes del Egipto, se halla situada en la última costa que forman las aguas del Mediterráneo, y constituye un lugar preferente á los intereses que representa el Canal.

Visité aceleradamente aquella ciudad, porque apénas contaba con tiempo para ello, observando que existia una numerosa poblacion europea, compuesta en su mayor parte de italianos, franceses y algunos ingleses, que tienen acaparado su creciente comercio. Sus calles son anchas y rectas, con algunas plazas bastante buenas construidas al estilo de Europa, como la llamada plaza de Egipto, en cuyo centro se habia formado un gran jardin; notándose por todos lados, así como en los muelles, tráfico continuo.

Penetré con mi amigo Andres en algunos establecimientos bastante buenos, y donde adquirimos ropa de paño extraordinariamente barata, y alguna para uso interior muy cara.

¡Nunca olvidaré que en Port-Said pagué por una botella de cerveza siete francos!

Mucho malo hablan en general los extranjeros de los españoles, pero yo quisiera que me dijesen, specialmente los grandes legistas ingleses, si no

es altamente inmoral la tolerancia de permitir robar y saquear á los viajeros de un modo que en España ni se hace ni se tolera.

En la bahía veíanse anclados numerosos y grandes vapores, particularmente los que pertenecen á las compañías inglesas de la India, la Peninsular, las Mensajerías francesas, la Compañía austriaca, la Española y los muchos dedicados á la carga para distintos puntos de Africa y Asia.

A las pocas horas abandonamos Port-Said haciendo rumbo á Malta.

El Mediterráneo se presentaba tranquilo y sosegaco, lo cual era una gran fortuna en aquella época del año.

Al surcar sus aguas parecia como que penetrábamos en un mundo nuevo para nosotros y de condiciones completamente distintas á aquel en que habíamos vivido muchos años léjos de la Patria, pero con su recuerdo siempre fijo en el corazon.

## Malta.

### I

A los tres dias entramos en el magnífico puerto de Malta, cruzando por entre una poderosa escuadra de guerra de la Gran Bretaña, compuesta de veinte navíos y fragatas acorazadas.

Quedéme asombrado del aspecto que ofrecia aquel punto, fortificado con arreglo á los últimos adelantos, y erizado de piezas de gran calibre por todas partes.

El puerto, que se ensancha hacia el interior, forma luégo otros menores con profundos fondos y donde pueden anclar cómodamente los buques mayores del mundo, perfectamente abrigados de todos los vientos, y defendidos por aquel invencible aparato de guerra que se presenta por todos lados.

La lucha de Oriente, en la que tanto interes mostraba la nacion inglesa, ó por lo ménos su go-

bierno, daba lugar entónces á que se nos dijera, aunque yo no pude notarlo, que aquellos buques de guerra mantenian constantemente encendidas sus calderas de vapor, dispuestos á dirigirse á Constantinopla al primer aviso.

Próximos á uno de los excelentes muelles que rodean la bahía, dimos fondo, y una vez requisado el vapor por los delegados de sanidad, nos dirigimos algunos en un bote á la ciudad, mediante el pago de un *shilling* por persona.

Habia yo averiguado ya con anticipacion en qué debíamos emplear el tiempo que teníamos disponible, y montando en un buen carruaje de alquiler, nos hicimos conducir al Palacio del gobierno, recorriendo largas calles que formaban empinadas cuestas y que parecia imposible subieran los caballos con facilidad.

El edificio mencionado era un grandioso castillo antiguo que las restauraciones modernas habian convertido en una obra de la más bella apariencia y situado en la soberbia plaza, llamada *Goverment place*. La fachada principal conservaba mucho de la arquitectura del Renacimiento.

Penetramos bajo el elevado arco que daba entrada al Palacio, donde se paseaban con la mayor gravedad dos centinelas de un regimiento escoces de *Highlanders*, luciendo sus casaquillas encarnadas, su falda corta de cuadros, sus fornidas piernas desnudas hasta debajo de la rodilla, sus medias de igual dibujo que las faldillas, zapato con grandes hebillas y casco ligero blanco, que completaba el lujoso equipo de aquellos hombres altos, bien formados y rubios, cuyas atléticas formas y valor recuerdan, á la par que sus famosas montañas de Escocia, los cuadros de *Watterlóo*.

En cuanto nos hallamos en el patio interior adornado con precioso jardin, y vieron que éramos extranjeros, se presentó un inglés, ya anciano, ofreciéndose á servirnos de guía, ofrecimiento que no vacilamos en aceptar.

Nos condujo, pues, por una espaciosa y elegante escalera de mármol blanco en forma espiral, que re-

cuerda las de aquella construccion en los tiempos feudales, á la galería del piso principal, ancha y esbelta, á cuyos costados se veian ordenada y simétricamente colocadas sobre pedestales una porcion de figuras con armadura antigua. La bóveda estaba bastante bien pintada al fresco.

De allí pasamos al salon del Consejo, que era en todos sus detalles una verdadera obra de arte y de riqueza, especialmente en magníficos mosaicos romanos y cuadros históricos, así como en las hermosas ensambladuras y tallados del techo y paredes. Encontré alguna semejanza entre aquel palacio y nuestro alcázar restaurado de Toledo.

Despues de haber cruzado varios salones notables, pasamos á la Armería, digna en todos conceptos del amante de la historia, la cual encerraba gran valor en toda clase de armas pertenecientes á distintas épocas, y así como curiosísimos y ricos objetos.

Allí encontré un fusil de los llamados de viento, cuya fabricacion se remontaba al año 1270, y el cual tenía adherido á su recámara un recipiente esférico de hierro que contenia el aire oprimido, que pasaba al cañon para expeler el proyectil por medio de un mecanismo bastante ingenioso. De fecha algo más reciente examinamos un cañon turco, formado de un cilindro de metal fino, trabado fuertemente alrededor con cordelaje grueso de seda embreada. Un mortero de hierro de grandes dimensiones con preciosos cincelados y resaltes, fundido en 1606; una larga culebrina giratoria, varios mosquetes de diferentes modelos, casi todos del siglo XIV; un magnífico fusil del año 1580 cargado por la recámara, é inmensa profusion de toda clase de armas blancas.

El cetro y riquísima armadura milanesa perteneciente al gran maestre de la Orden de les Templarios, Vinancourt, que fué quemado en Paris por los enemigos de aquella comunion religiosa-militar en tiempo de Felipe el Hermoso.

La pesadísima armadura del caballero Perelló, aragones, que se hizo célebre por sus gigantescas fuerzas y valor temerario. El casco, que era de hierro, apénas pude sostenerlo con las dos manos.

El alfange de Drajat, trofeo victorioso del año 1565.

La bula de Paschal y protectorado de los hospitalarios de Jerusalen, primera base de la Orden del Temple, documento ó pergamino autógrafo del año 1113.

La lujosa armadura de Verdelin, gran maestre que fué desde 1590 hasta 1623, que murió.

La carroza del mismo, llena de dorados é incrustaciones de nácar, de figura parecida á un palanquin de gran tamaño, con forros y almohadones de terciopelo verde, montada sobre el rodaje por medio de fuertes correas ó tirantes de cuero en lugar de muelles, todo perfectamente cuidado y conservado.

Del Palacio-gobierno nos dirigimos, despues de gratificar con un par de duros al guía, á la antigua *Iglesia Católica de la Órden*, templo admirable en todos conceptos, el cual encierra una riqueza que muestra claramente el poder de que se halló revestida en aquellos tiempos la célebre Órden de los Templarios.

Su fachada é interior, todo grandioso é imponente, guardaba las bellas proporciones de la arquitectura bizantina. Componian la iglesia una hermosa nave central con dos órdenes laterales de grandes capillas, hasta el espacio ocupado por el altar mayor, á su vez cubierto por una soberbia cúpula en forma de media naranja.

Las pinturas del techo eran muy sobresalientes y debidas al pincel de *Matías Preti*, que murió el año 1699, poco despues de terminar su obra, siendo enterrado en una de aquellas capillas, donde hoy se lee su nombre esculpido sobre una gran lápida de mármol.

El presbiterio del altar mayor se halla separado por medio de una verja de plata maciza, cuyo valor no hubiera sido fácil calcular.

En el costado izquierdo de la rotonda que forma el tras-coro, atrae inmediatamente la mirada de los inteligentes el magnífico cuadro de gran tamaño, que representa á San Jerónimo, obra del inmortal *Michel-Angelo*, ademas de otros muchos, debidos tambien á insignes pintores.

Existen numerosos sepulcros de primorosa escultura en mármol y bronce, todos obras monumentales de extraordinario mérito, leyéndose entre los epitafios nombres españoles que se hicieron célebres en aquella época, como los de *Cottoner*, y sobre todo *Gregorio Carrafa*, lumbrera de valor y ciencia.

Abundaban los mosaicos de Italia, y muchas otras curiosidades notables. El piso del templo formaba por sí sólo una obra artística de primer órden.

Una especie de sacristan que nos acompañaba, y nos referia en muy mal español cosas que yo veia claramente desmentidas en inglés y frances á su propia vista, y el cual aparentaba mucha prisa para que concluyéramos nuestro detenido exámen por todos los ámbitos del templo, tuvo el descaro, al darle un duro de gratificacion, de decirme que era poco; y por aquello de la honrilla nacional, perdonamos su refinada é hipócrita especulacion, dándole dos duros más, que parecieron dejarle tan sólo medio satisfecho, pues nos negó hasta el saludo natural de despedida. ¡Qué fino, qué atento! etc.

Cuando salimos era ya tarde, y la precision en que nos veíamos de hacer algunas compras me privó de visitar el Museo, lo cual deseaba vivamente.

Durante aquella expedicion, Andres se divirtió mucho con mis exclamaciones y frases de admiracion por cosas que con frecuencia no merecian quizá la pena, y que comprendo motivasen sus graciosas censuras. Mi carácter impresionable hacíame, como vulgarmente se dice, *perder los estribos*.

Malta es una ciudad por todos conceptos notable, que contiene próximamente 60.000 habitantes, y capital de la isla, cuya poblacion excede poco de 100.000, constituida por una gran roca calcárea de 20 kilómetros en su mayor longitud y 12 de anchura.

La plaza, que bajo el punto de vista militar es seguramente una de las primeras del mundo, se divide en cinco partes importantes, y fortificada cada cual de modo que puedan ser defendidas sucesivamente, obedeciendo todas hoy al mejor sistema de fortificacion moderna, constituida generalmente por

baluartes incrustados en los peñascos cortados á pico y abundantes baterías acasamatadas.

La isla fué cedida por Cárlos V á la órden de San Juan de Jerusalen, despues de la toma de Rodas por los turcos. Los franceses la tomaron en 1798 y los ingleses en 1800. Su posicion es ventajosísima como punto protector de la marina de guerra, siendo al propio tiempo la verdadera llave del Mediterráneo, situada entre Corfú y Gibraltar.

## II

Tambien en aquel punto tuvimos gran concurrencia á bordo de vendedores ambulantes, los cuales expendian principalmente aderezos de lava, trabajos de filigrana de plata y otros de finísimo coral. Al anochecer desaparecieron todos, y fuimos agradablemente sorprendidos por los acordes de una pequeña pero afinadísima orquesta de malteses.

Inmediatamente subimos sobre la cubierta, en donde se improvisó una *soirée* muy agradable, lanzándose las niñas y los pollos al placer del baile. Repartiéronse dulces y refrescos entre los asistentes, algunos de los cuales procedian de la poblacion, haciendo presentar al vapor un cuadro muy alegre y animado.

Aquella fiesta duró hasta las diez de la noche, llamando mucho la atencion de la gente del muelle y barcos más inmediatos, que formarian seguramente del carácter español el buen juicio que en tal concepto merecemos.

Acordóse un *guante* para los músicos, lo que debió dejarles muy satisfechos, pues recogieron una cantidad respetable de dinero, que acaso no esperaban tan crecida, dando lugar á que nos mostrasen su agradecimiento de mil modos.

La noche era plácida y deliciosa; la luna reflejaba rielando su luz sobre las ondas tranquilas, en tanto que la barca de los músicos las surcaba pausadamente, marcando el lánguido compas de una *barquerola* con sus remos, que al chocar en el agua

producian destellos de plateada espuma. Oíamosles con encanto alejarse entonando ecos llenos de dulzura, acompañados de sus instrumentos armoniosos, y vertiendo las bellísimas notas de la *Barchetta de Donizetti*; aquella lánguida, sencilla y sublime composicion que dice...

«Una barchetta in mar solcando va;
vi son due sposi un non-no,
e un marinar;
Se nel cammin burrasca in sorgerá
che mai si salverá
del naufragar.»

. . . . . . . . . . . . . . .

Inclinados sobre la banda del vapor permanecimos largo rato oyendo extasiados aquella música de divina inspiracion, que conmovia mi alma y me hacía estrechar con inexplicable mezcla de dicha y sentimiento la mano de mi esposa querida, que retenia entre las mias.

¡Italia! Sólo llegué á conocer entónces algo de tu grandeza artística, pues pude adivinarla oyendo la pequeña parte que poseian de ella algunos de tus más humildes hijos.

## España.

Cuatro dias despues se divisó el cabo de Gata, en la querida costa de España, y con un fuertísimo viento duro, que afortunadamente era de popa, penetramos de noche en el estrecho de Gibraltar, término del antiguo mundo, donde estableció Hércules sus columnas del *Non plus ultra.*

La noche fué borrascosa, y sufrí durante toda ella la más honda inquietud.

Me parecia ridículo un percance desgraciado, precisamente la víspera de nuestra llegada al suelo natal, y despues de una navegacion tan larga.

Al amanecer vimos Tarifa, cuyas antiguas murallas históricas batian las olas encrespadas, y desde las cuales álguien nos miraria con un ojo, dada

la circunstancia de que en aquel pueblo todos son tuertos.

Algunas horas despues, los graciosos gaditanos empezaron á sacarme lindamente el dinero á chorros, segun su costumbre, obligándome á acelerar mi partida para Madrid, donde llegué ocho años más viejo que habia salido, un poco *chiflado* y con el color amarillento de Asia impreso sobre mi rostro.

Si no les ha gustado á ustedes mi libro, vuelvan ustedes á empezar á leerlo de nuevo, y estoy seguro que le hallarán algun mérito, quizá olvidado, ó tan escondido, que le fuera muy difícil encontrarlo al mismo autor.

FIN.

---

ERRATA

En la página 81, línea 12, donde dice *francesa*, léase *mestiza*.

# ÍNDICE

## PRIMERA PARTE



## SEGUNDA PARTE

Páginas.



## TERCERA PARTE

